El amor tiene banda sonora



Mónica de la O


El amor
tiene
banda sonora

Mónica de la O

© Mónica de la O Callejo Cortés, 2020
Titulo original: El amor tiene banda sonora
Autora: Mónica de la O Callejo Cortés

Primera edición: mayo 2020
Segunda edición con modificaciones y contenido extra: noviembre 2025

Diseño de cubierta: Janmi Pace @janmipace

Maquetación: Mónica de la O Callejo Cortés

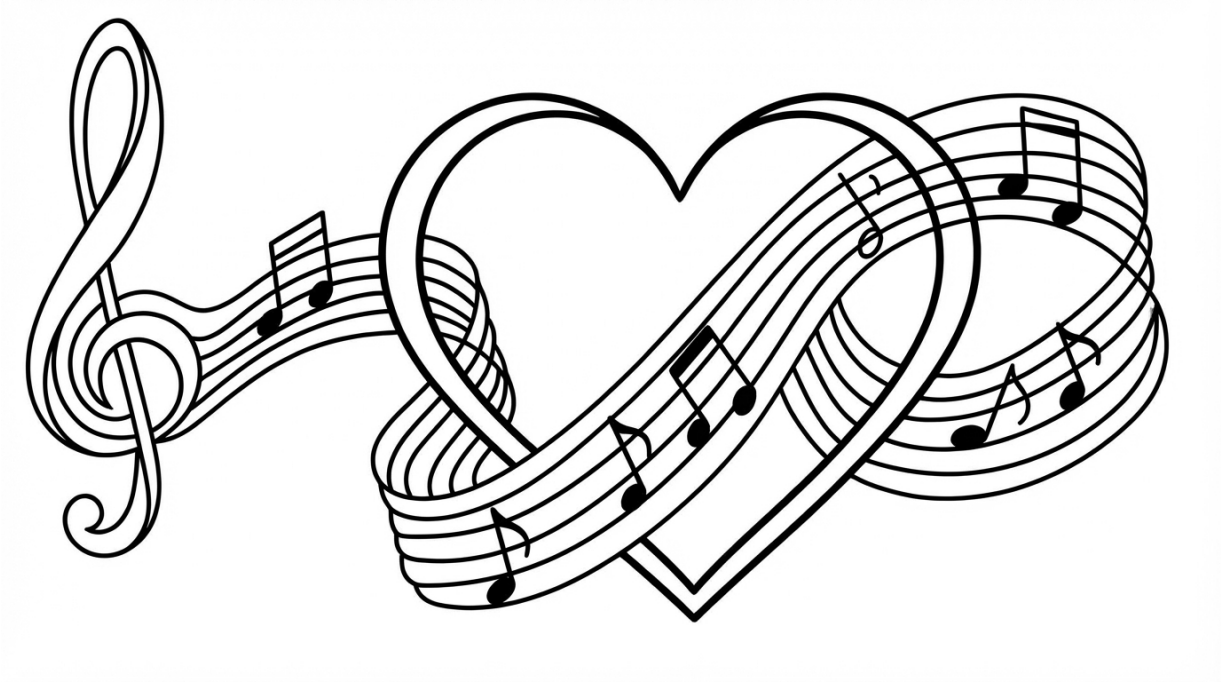


Descárgate la lista completa de canciones de la novela.

El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parciamente, sin el previo permiso escrito de su autora.
Todos los derechos reservados. @monicadelao_

Cuando las palabras fallan,
la música habla
Hans Christian Andersen

A mis ratones,



Capítulo 1

Se nos rompió el amor, de tanto usarlo

Hoy se alinean todos los astros en mi contra: es lunes, hace frío porque es enero y tengo sueño… la mejor manera de empezar la semana. Acaba de sonar la segunda alarma del despertador y me temo que no puedo demorarlo más; si no, aparecerá mi madre gritando por la puerta como cuando tenía quince años.

Abro los ojos y hago un par de estiramientos que me enseñó mi fisioterapeuta para la musculatura de la espalda, aunque tengo que reconocer que casi nunca los hago. Miro a mi alrededor y pienso: *¿cómo no va a parecer que tengo quince años si estoy durmiendo en mi habitación de adolescente?* Aunque está algo actualizada —mi madre ha cambiado las cortinas por estores y el edredón por uno nórdico de IKEA—, sigue teniendo la misma luz, y yo la misma sensación de no saber qué va a ser de mi vida, igual que entonces.

Me levanto de la cama, deslizo las puertas abatibles del armario y, en una de ellas, todavía permanece un póster de Leonardo DiCaprio en *Titanic* que pegué tan a conciencia que mi madre no se ha atrevido a retirarlo. Quizá porque por fin ganó un Óscar o porque no quiere dejar las marcas de celofán amarillento en el mueble.

En la otra puerta hay un espejo. Me miro de reojo y descubro que mi aspecto es terrible. Mi pelo cobrizo y ondulado ha perdido brillo y está demasiado largo; las ojeras grises bajo mis ojos apagan su color verde y se mezclan con mis pecas. Estoy más flaca; luzco una delgadez fea, mis pómulos están muy marcados y, además, creo que he perdido tetas. En un intento de hacer psicoterapia conmigo misma, me digo: *Vamos, Berta, a por el lunes. Tú puedes.*

¿Y cuál es el motivo de mi lamentable estado? Con solo treinta y cinco años, tengo dos hijos pequeños —de cinco y tres años— y estoy en pleno proceso de separación. Sé lo que estaréis pensando: unos dirán que no es para tanto y otros que soy una auténtica *loser*. Mis amigas solían decirme que tenía todo: un buen trabajo, unos hijos, un marido estupendo y una casa maravillosa. Parecía un cuento de princesas Disney o una película de sobremesa. Lo que no sabían era la infelicidad que se escondía detrás y que, aunque lo parezca, no soy Mérida, la protagonista de *Brave*.

Mi matrimonio no sobrevivió a tanta perfección, ni a la rutina, ni a las dificultades de la conciliación familiar. Nada distinto a lo que les ocurre a tantas parejas. Ni siquiera pasó nada grave: no hubo terceras personas ni historias truculentas que alimentasen el chisme. Como diría la más grande, se nos rompió el amor de tanto usarlo.

Mi exmarido, Mateo, es tres años mayor que yo. Físicamente es un tío diez: alto, delgado, rubio, con algunas canas en las sienes que lo hacen aún más sexy. Está bueno, muy bueno, y los *jeans* le quedarían mejor que a David Beckham. Lo malo es que nunca se pone vaqueros: siempre lleva trajes tristes para trabajar. Es serio, responsable y adicto al trabajo; siempre tiene una videoconferencia, un viaje o una reunión importante en la que no puede coger el

teléfono. Mi hermano, que tiene su edad y es amigo suyo, dice que es un *viejoven* de manual.

En nuestra relación apenas teníamos tiempo para nosotros o, si lo teníamos, lo usábamos para ver la televisión, engancharnos al móvil o discutir por quién hacía o no las tareas de la casa. Ya no nos acurrucábamos para ver una película aunque la postura fuera imposible; cuando veíamos una serie en Netflix, alguno de los dos se dormía y, al día siguiente, el otro tenía que hacer un resumen antes de ver el siguiente capítulo. Ya no planeábamos escapadas ni actividades para estar solos; no nos dedicábamos detalles de amor ni hacíamos cosas espontáneas.

En la cama también era todo rutinario: sin besos, sin caricias, sin preliminares. Sexo a oscuras, un polvo rápido y, en cuanto terminábamos, caíamos dormidos. ¡Cómo añoro cuando nos perseguíamos por la casa, nos metíamos mano a escondidas o nos duchábamos juntos!

Os había dicho que no hubo nada importante que desencadenara la ruptura, pero contándolo así lo veo más negro. En fin, no merece la pena darle más vueltas; se terminó, fue bonito mientras duró y, ahora, a otra cosa, mariposa. Qué sencillo suena así escrito, pero la realidad es más dura.

Mateo es un padre excelente, eso no se puede discutir, y nuestra casa era un hogar maravilloso para criar a dos niños pequeños, con todas las comodidades. Por eso decidimos de mutuo acuerdo que la custodia compartida sería lo mejor para ellos y que quienes nos moveríamos seríamos nosotros cada dos semanas, para que los niños no tuviesen que dejar su hogar.

Otra de las condiciones que acordamos al separarnos es que podríamos ir a casa siempre que quisiéramos y pasar allí tanto tiempo como deseáramos. Somos unos padres separados muy civilizados y nos organizamos genial con los peques. Solo existe una única restricción: si conocemos a alguien, no podemos llevarlo a casa. Nada de desfiles de ligues como si fuera la Pasarela Cibeles. Aunque, conociéndonos, eso es poco probable; ambos somos

prudentes y respetuosos. Además, siendo Mateo un *workaholic* y sumando el cuidado de los niños, dudo que le quede tiempo para tener *follamigas*.

Mateo vive en el piso de sus padres en Carabanchel, vacío desde que se jubilaron y se trasladaron a su pueblo en Segovia. De momento lo usaba solo su hermano pequeño como picadero en el período entre novia y novia, ya que tiene la habilidad de acoplarse a vivir en casa de sus parejas cuando lleva menos de un mes con ellas.

Yo me he trasladado a casa de mis padres. Es un plan horrible, lo sé, pero está muy cerca de mi casa —o mi media casa, o, mejor dicho, la casa de mis hijos— y así mantengo la misma ruta para ir al trabajo. De nuevo estoy en casa de mis padres como una quinceañera, así que intento forzar todos los planes posibles para pasar allí el menor tiempo.

Mis hijos han entendido muy bien la situación, todo lo bien que pueden entenderla unos niños. Nos ven a diario, su vida no ha cambiado mucho y, siendo tan pequeños, no estaban al tanto de la vida amorosa de sus padres, así que su rutina se ha visto alterada lo mínimo, con la única diferencia de que algunos días no dormimos en casa.

Capítulo 2

Pero una gran vida social

Al contrario que la canción, mi vida social desde la ruptura está siendo un auténtico desastre. A veces es tan triste que, por desesperación, me pego a los planes de mi exmarido con los niños los fines de semana que están con él.

Terminamos en la Warner o en Faunia o cenando en algún sitio con parque de bolas. Después, por pereza, me quedo a dormir con ellos. Lo más patético es que incluso nos acostamos juntos, llegando incluso a tener sexo, por lo que todo el mundo piensa que vamos a volver. No me extraña, porque hasta yo a veces estoy convencida.

Un domingo por la tarde, mientras los niños dormían la siesta, decidimos aclarar la situación.

—Berta, esto no puede seguir así —empezó Mateo—. ¿No será mejor que volvamos a estar juntos?

Con esa pregunta ya me lo había dicho todo.

—Mateo, no quiero que volvamos por rutina. Si la vida nos vuelve a juntar, tendrá que ser por otro motivo y, la verdad, tú sigues igual; no has cambiado nada de lo que nos hizo separarnos.

—Estamos bien, llevamos tiempo sin discutir, pasamos los findes juntos, te quedas a dormir…

—Pero ¿es que no lo ves, Mateo? Parecemos compañeros de piso, casi como hermanos, y esto así no funciona. Tú lo que quieres es volver a la rutina y no devanarte mucho los sesos. Pero tienes razón: esto no puede seguir así. De ahora en adelante, los fines de semana que no me toque estar con los niños no los pasaré con vosotros; haré mis propios planes —sentencié—.

Después de esta breve pero aclaratoria conversación, intenté retomar mi vida social. En estos casos suele ser cuando los amigos

se decantan por un bando, pero no ha sido así en nuestro caso. Pese a que compartimos el mismo grupo de amigos, como la ruptura ha sido pacífica, siempre nos incluyen a ambos en los planes, probablemente porque tienen en mente que vamos a volver. Pero estos amigos comunes son otras parejas con hijos, y salir con los amigos y sus hijos el fin de semana que no te toca con los niños es bastante patético, la verdad. Así que este plan queda descartado.

La otra opción son los planes de chicas. Todas tienen mi edad, en una horquilla de tres años arriba y abajo. Somos cinco, pero las más inseparables somos Elisa, Elena y yo. De las tres, las únicas que tenemos pareja estable y niños somos Elisa y yo.

Cuando estaba casada y salía con ellas me parecía divertido, la verdad. Era como sentirme de nuevo soltera y despreocupada, aunque al día siguiente ellas durmieran hasta la hora de la comida y yo pasara la resaca viendo *Peppa Pig* —esto es duro, os lo aseguro —. En cambio, cuando me separé, me sentía rara: era como llevar una falda grande que te baila alrededor de la cadera, se gira y acabas con la cremallera en un sitio que no corresponde…

En ese momento no me apetecían este tipo de planes, ni sentirme obligada a salir de fiesta, flirtear, beber y pasármelo bien de manera forzada. Lo que sí me apetecía era disfrutar de mi soledad; así que los primeros planes como mujer de nuevo soltera los quería tener conmigo misma y aprender a quererme y mimarme como tan solo lo sé hacer yo.

Lo primero que necesitaba era un cambio interior y exterior; así que empecé con el exterior, pues era lo más fácil y, para ello, iba a ponerme en las mejores manos: las de mi amiga Elisa, propietaria de un centro de belleza.

Mi amiga Elisa es una preciosa rubia con pelo largo, ojos azules intensos y que siempre esboza una amplia sonrisa. Es pizpireta, habladora, un verdadero cascabel y siempre tiene buenos consejos. La verdad es que las peluqueras son las psicólogas de los pobres. Somos amigas de toda la vida, pero en la peluquería es donde

tenemos más tiempo para hablar y desahogarnos, y además me pongo al día de la actualidad con las revistas del corazón.

Pedí cita para un "completo", como yo lo llamo, que consiste en peluquería, limpieza facial, manicura, pedicura y, para entrar con buen pie de nuevo en la soltería, un extra: el masaje de piedras calientes. Iba a tirar la casa por la ventana; menos mal que tengo precio especial allí.

—¡Berta, por dios, qué pelos! Me habías dicho que andaba la cosa mal, pero tanto… —me regañó Elisa.

—¡Qué exagerada! Bueno, es verdad… Por eso me lo voy a cortar, y así lo saneo y los rizos volverán a su sitio.

—Anda, antigua, hay otros métodos para dar vida a este pelo sin cortar. Como te lo corte, parecerás una coliflor. Tú déjalo en mis manos y, mientras, suelta por esa boquita… ¿Cómo estás? ¿Cómo lo estás llevando?

—En fin, si te soy sincera, regular. Mateo y yo no estábamos bien, pero me siento insegura sin él. Es como si estuviese coja, como si me faltase algo. Llevábamos quince años juntos y nos teníamos las medidas cogidas. Pero, por otro lado, estoy segura de lo que estoy haciendo; me mantengo firme, aunque estos primeros días he cedido con él de vez en cuando. Casi volvemos por rutina y miedo al cambio, y esto me ha generado confusión.

Dios, cómo me apetecía echarlo fuera; con ella no tenía secretos. Le conté mis nuevos planes: que necesitaba encontrarme, estar sola en casa, disfrutar de una peli en pijama comiendo palomitas y bebiendo una Coca-Cola Zero. Leer un buen libro tirada en el sillón con unas velas aromáticas. Ver películas y series atrasadas e incluso ponerme al día en las redes. Lo que yo denominé disfrutar de mi soledad. "Mi soledad y yo", como dice Alejandro Sanz en su canción. Y ya después me incorporaría a mi vida social, pero poco a poco. Elisa, al escucharme, sufrió un ataque de pánico.

—¡¡¡Mi soledad y yo!!! Estás chiflada. Te vas a deprimir. Está bien que te relajes, que te encuentres y esas cosas, pero al final te vas a perder. Chica, tú lo que necesitas es salir, reír y descojonarte

de la vida. Incluso pillarte un pedo. Hoy vas a salir de aquí más guapa que Charlize Theron. Bueno, esa no es pelirroja, pero da igual: ha llevado el pelo de todos los colores y todo le queda bien. Te vamos a dejar espectacular y te vas a comer el mundo, como yo me llamo Elisa.

Me encanta la psicología de rulos y secador. No pude negarme a la proposición. El completo empezó a las diez de la mañana con el masaje, con el cual casi pierdo el conocimiento, y siguió con la limpieza facial. Después hicimos una parada técnica para comer; nos fuimos al bar de enfrente y nos pusimos finas a tapas: ensaladilla rusa, patatas bravas, croquetas y unas cuantas cañas… tanto que volvimos un poco perjudicadas a la peluquería y temí ciertamente por mi pelo. Menos mal que Elisa es la mejor peluquera que conozco, incluso un poco achispada.

Me hicieron la manicura y la pedicura y terminé con mi pelo en las maravillosas manos de Elisa, que después se ofreció a maquillarme para rematar la faena. El completo finalizó a las siete de la tarde y con una gran propuesta de mi gran amiga.

—Preciosa, tan mona como estás, no te irás a casa a ver una película. ¿Te apetece ir a tomar unos vinitos a La Latina?

—Venga, no me puedo negar; parece que salgo del programa *Cámbiame* —acepté muy animada.

—Vamos a casa, me arreglo, lo apaño con el niño y mi chico y nos vemos en un par de horas en la estación. ¡Qué bien! Los planes improvisados son los mejores.

Y tanto que son los mejores. Esa noche fue estupenda: nos reímos a carcajadas, probamos varios tipos de vinos con sus tapas correspondientes, nos contamos todas las mierdas, recordamos momentos memorables de épocas pasadas y, para variar, hicimos un poco el tonto con nuestro lema… Total, si nadie nos conoce… Terminamos a las cuatro de la mañana compartiendo un taxi para volver a casa y, aunque el domingo estuve arrastrándome por la resaca y el sueño, mereció la pena.

Capítulo 3

Cita a ciegas

Siempre que alguien se queda soltera o se separa, todos los amigos, conocidos y compañeros conocen a alguien ideal que te quieren presentar. Esos "alguien" pueden ser solteros más jóvenes, solterones, separados o divorciados.

Mi amiga Elena, también soltera, tiene la teoría de que si está soltero con más de treinta y cinco años por algo será… y siempre añade: "tiene tara". Dice que lo afirma por experiencia propia, porque ella va a cumplir treinta y ocho y reúne todas las rarezas del mundo. Todo le molesta y no le gusta compartir ni esforzarse para que triunfe ninguna relación. Ella es lo que denominamos SLD, Soltera de Larga Duración. Según Elena, si el SLD es además varón hetero, estará muy salido y es mejor salir corriendo.

Y Elena, pese a que es especialista en toda clase de solteros, la muy cabrona insistió en presentarme a un compañero de trabajo de su misma especie, SLD, y organizarme una cita. Fue tan pesada que tuve que aceptar porque me tenía quemadas todas las vías de contacto: SMS, WhatsApp, Instagram, Facebook… tanto, que a punto estuve de bloquearla. Me mandaba fotos y pantallazos del pobre muchacho, que por cierto tenía muy buen aspecto, al menos en foto.

—Tía, es muy majo. Sal a cenar con él. Está soltero, no tiene hijos, es muy normal. Tiene trabajo, vive solo, hace deporte… solo una cena… venga, Berta… hazlo por mí.

A mí este "por mí" me sonaba a que se lo quería quitar ella de encima. Pero finalmente accedí. Le pasó mi número de teléfono y hablamos por WhatsApp un par de días, de manera cordial y, la verdad, ambos muy cortados por la encerrona de nuestra amiga, hasta que concretamos quedar un sábado para cenar en una cadena

de restaurantes italianos con decoración retro, carta variada y precio asequible.

Llegué cinco minutos tarde a la cita. No me arreglé mucho, no fuera que pensara que iba desesperada. No me vestí muy sexy, por la teoría de que podría estar salido. Me puse un vaquero pitillo, una blusa de plumeti negra y unos zapatos de salón del mismo color; me abrigué con una cazadora negra tipo biker, ya que era marzo y aún refrescaba.

—Hola, soy Berta, ¿qué tal? —saludé al reconocerlo en la puerta del local.

—Hola, yo Pablo. Llegas tarde —me contestó cortante.

¡Venga! Acabo de llegar y me suelta un zasca. Y lo soltó con media sonrisa, como quien escribe una bordería en un chat y añade un emoticono guiñando un ojo.

Pablo era muy mono; las fotos que había visto, filtradas por Elena, eran fieles a la realidad. Tenía el pelo castaño —quizá rubio de pequeño— y ya le clareaba alguna cana sexy; los ojos castaños claros y vestía desenfadado con camisa por fuera, vaqueros estrechos y deportivas nuevas. Pablo pidió risotto y yo un tartar de salmón, y me dio confianza que propusiera compartir una ensalada de entrante y un tiramisú de postre.

La verdad es que Pablo era atractivo y él lo sabía. Tenía buen cuerpo y también lo sabía. Al principio la conversación fue cordial; luego pasó a ser tediosa cuando empezó a enumerar todos los deportes que practicaba: montaña, surf, pádel, snowboard, fútbol… hasta pesca. Gastaba todos sus días libres en hacer deporte y, como no le cabía todo el material en su trastero, había tenido que alquilar el del vecino. Me agotaba y me producían agujetas solo de escucharlo.

Cuando me tocó hablar a mí, ya íbamos por el postre. Como estaba un poco cansada, le hice un breve resumen de mis aficiones: cine, teatro, leer, viajar. Comprobé que no teníamos ninguna en común. Pablo solo viajaba con el fin de practicar alguno de sus deportes. Me imaginé a nosotros dos juntos en una playa de Cádiz:

yo tomando el sol relajada, leyendo un libro, y él practicando kitesurf o algo similar. Después desperté de mi ensoñación para volver a la realidad y pagar la cuenta a medias. Me sorprendió que propusiera ir a tomar una copa; con más compromiso que interés acepté, esperando encontrar algo más interesante en este hombre que, hasta ahora, había logrado aburrirme más que los deportes del telediario.

Me llevó a un pub tranquilo, de esos que preparan cócteles. Ambos pedimos un mojito anodino, con más azúcar que lima y un ron mediocre. Mientras sorbía mi copa, con música machacona de fondo, empezó a coquetear y a hacerme preguntas más íntimas, subiendo el tono de manera forzada.

—Me ha contado Elena que eres separada, ¿hace mucho que duermes sola?

¿En serio? ¿Así, del tirón? Qué básico. Este me quiere llevar al catre para marcar una muesca más en su revólver. Entonces desenfundé mi arma secreta: el tema ahuyenta-folladores.

—¿Sabes que tengo dos hijos?

—Algo me ha contado Elena —respondió sin mucho interés, y añadió—: Pues estás muy bien para haber tenido dos hijos.

La respuesta me remató.

Pero ¿este qué se ha creído? ¿Que cuando tenemos hijos las mujeres nos convertimos en un despojo humano? ¿Que se nos borra el clítoris, nos dejan un solo orificio, llevamos las tetas en carretilla y vamos por la calle con rulos, bata y zapatillas de cuadros? Menudo idiota. Me provocó tanto que seguí forzando el tema de los niños para bajarle la libido a los tobillos. Tomé el móvil del bolso y abrí la galería de fotos.

—Mira qué ricos están en esta foto —le enseñé la pantalla—. La mayor ya sabe leer y al pequeño le gustan las raquetas… podrías llevarlo al pádel contigo.

En mi mente resonó una carcajada maléfica. Tras terminarnos la copa, ambos alegamos excusas absurdas para irnos a casa por

separado y no vernos otro día.

Al día siguiente me llamó Elena.

—¿Qué tal, amore?

—¿Qué tal? ¿Qué tal? Celestina de los huevos, ¿de dónde has sacado a este tío? Un egocéntrico, narcisista, vividor, follador. Espero que no me llame más; de hecho, lo voy a bloquear.

En fin. Mis amigas, de buena fe, intentaron liarme con alguna cita más con especímenes del tipo solteros de larga duración —la mayoría compañeros, amigos de sus ligues, primos y supongo que algún ex amante—, pero yo, hábilmente, fui rechazándolas con mi mejor sonrisa y alguna que otra mentirijilla.

No me gustan las citas a ciegas tan forzadas y antinaturales, y no estaba desesperada por echar un polvo. Aunque mi vida social era como un pan sin sal, seguía manteniendo que la soledad también era algo de lo que quería disfrutar.

Capítulo 4

¿Bailas, mi amol?

Un fin de semana, Clara, una de mis compañeras del trabajo, me convenció para salir a bailar con ella; lo que no me dijo es que llevaba meses acudiendo a clases de bachata y otros ritmos latinos que implican mover la cadera.

Me llevó a una sala donde todos se movían mejor que Patrick Swayze en *Dirty Dancing*… y con un estilo bien *dirty* y bien *hot*.

Como no sabía dónde iba, opté por un modelito básico: un *little black dress*, es decir, un vestido negro de fondo de armario, unos zapatos de salón estampados de leopardo que había encontrado en rebajas y un bolso a juego.

El local era una auténtica reliquia de los setenta reconvertida para bailes de salón. Aunque habían cambiado el letrero de la entrada, por dentro seguía igual: una pista circular de tarima, una bola de espejos brillando en el techo y sillones de terciopelo color vino, cuya limpieza preferí no analizar, acompañados de mesitas de cristal orientadas a la pista.

Y en uno de esos sillones estaba yo, bebiendo a sorbitos un gin-tonic flojito y con mi "cadera de escayola", sin atreverme a dar un

paso para no hacer el ridículo.

—Joder, Clarita, te mato —le dije apretando los dientes.

—Es mi nuevo *hobby* desde que lo dejé con Adrián; me encanta bailar. Además, se conoce a mogollón de gente —añadió presumida.

—Clara, madre mía… ¿por qué a todos los recién solteros les da por aprender bachata? Me habías dicho "salir a bailar".

—Y estamos bailando; bueno, todos menos tú —me respondió, pestañeando para lucir sus nuevas extensiones.

—Me siento ridícula, aquí la gente se lo toma muy en serio. Yo soy más de mover un poco la cadera cuando ya llevo un par de copas —refunfuñé.

—Eso se arregla con unas rondas de chupitos en la barra —propuso ella, emocionada, dando un brinco.

—¡Chupitos no! Hace siglos que no tomo uno —me quejé—. Luego me pongo mala, ¿no sabes que no hay que mezclar bebidas?

—Berta, no sabía que te habías vuelto tan sosa, tan carca. Tan, tan, tan petarda…

Clara no iba a parar hasta que no me tomara los dos chupitos de tequila que tenía delante. ¡Puaj, qué asco! Después, para quitarme el sabor, pedí otra copa. Error. Desde allí me animé a moverme un poquito al ritmo de la música. Sonaba un clásico: "El canto de la sirena", de Dama.

—No te mueves mal —dijo Clara—; podrías venir conmigo a clase.

—Ni de coña. Separada que se apunta a bachata… demasiado tópico —corté.

Pero viendo a la gente tan entregada, añadí:

—Qué sensual… Si se mueven así, ¿cómo harán lo otro? —me reí.

Justo entonces noté un toque suave en mi hombro. Me giré y un morenazo con acento caribeño me preguntó:

—¿Bailas, mi *amol?* —extendiendo su mano.

—Eh… um… yo no sé —balbuceé.

—Yo te llevo, déjate guiar…

No pude decir que no. Bailé la canción completa con él y, para mi sorpresa, parecía que hasta sabía lo que hacía. Claro que era él quien marcaba los pasos. Cuando empezó un tema más lento y sensual, me zafé como pude para terminar mi copa y mirar mal a Clara, que estaba descojonándose en la barra.

—Te mato, Clarita; mañana no me muevo —bufé.

Esa fue mi experiencia "bailonga" de por vida. Desde entonces, Clara mete el "mi amol" en todas las conversaciones del trabajo, aunque no venga a cuento: *¿Quieres café, mi amol?, ¡Buenos días, mi amol! Hay reunión en la sala de juntas, mi amol!*

Menos mal que nadie más sabe la historia… porque como se enteren, me hacen bailar en la próxima cena de empresa.

Capítulo 5

Lo ves, lo ves

Mi grupo de amigos —parejas, papis, mamis— también intentó emparejarme. Estos fueron más sutiles y usaron la táctica de la encerrona. Quedaba con ellos para nuestras veladas y cenas en casa y añadían a un invitado más que, ¡oh!, casualmente, estaba divorciado o separado. Algunos ya los conocía de cuando todavía tenían pareja y venían a esas mismas reuniones; otros eran cuñados, compañeros de trabajo o amigos de alguien. A veces ellos también estaban metidos en la encerrona sin saberlo.

Así coincidí con Sergio. Divorciado, con dos hijos, cinco años mayor que yo y con más experiencia que yo en esto de ser padre separado. Trabajaba con el marido de mi amiga Inés; ambos son informáticos. Tiene esa madurez tranquila de los cuarenta, pero es un tío tremendamente atractivo, con unos ojos verdes preciosos. Castaño, alto, deportista sin obsesiones —al contrario que mi anterior cita— y muy cuidadoso con su estilo. Su punto débil, por llamarlo así, era que tenía bastante "papitis": la relación con su ex no es fluida y no ve a sus hijos tanto como le gustaría.

Ya nos conocíamos de vista de otras reuniones, en las que él había ido solo o acompañado de alguna amiga o novia puntual, y yo seguía casada con Mateo. Siempre nos caímos bien, aunque nunca hubo mucha confianza. Me resultó muy simpático y dicharachero; y si no recordaba mal, cordobés. Él sí sabía que la cena era una encerrona y, tiempo después, me confesó entre bromas que, cuando Inés le contó lo de mi ruptura, dijo que iría "para echar el currículum". Puede que ahora no os haga gracia, pero ya entenderéis la broma más adelante, cuando os cuente a que me dedico.

Esa noche lo pasamos genial. Hacía tiempo que no disfrutaba de una cena divertida y relajada entre amigos. Yo iba algo achispada, de ese modo natural en el que el vino y las risas se combinan tan

bien que pierdes la cuenta de las copas que te van rellenando. Sergio, en cambio, no había bebido ni una gota porque al día siguiente tenía un evento deportivo. Muy cortés, se ofreció a llevarme a casa.

Conducía un coche semideportivo híbrido, bastante nuevo, y al arrancar sonaba una canción que adoro de Alejandro Sanz: «Y a que no me dejas. A que te enamoro una vez más antes de que llegues a la puerta…».

—Bueno, bueno —dije achispada—, ¿es la radio o un CD?

—Ja, ja, ja —se rio con su carcajada enorme—. Estás anticuada, los coches nuevos ya no traen lector de CD. Es una playlist de mis canciones favoritas de Alejandro Sanz.

—¡Ah! A mí también me gusta. ¿Puedo cotillear tu súper radio para ver qué tienes?

—Vale, pero me da vergüenza… igual te parezco un poco moñas.

Fui leyendo en la pantalla táctil: "Un zombi a la intemperie", "Quisiera ser", "Deja que te bese", "Mi marciana", "Amiga mía", "¿Lo ves?", "Mi persona favorita", "Capitán Tapón"… Buena selección. Puse mi favorita: "¿Lo ves?".

—Joder, es la típica canción de ruptura —dijo tan serio que me entró la risa.

—Sí, es como para encerrarme en mi cuarto, con las gafas sucias y una tarrina de helado, cantando como Bridget Jones.

Sergio se rio a carcajadas.

—Estás un poco loca, pero me caes bien. Aunque te confieso que nunca he leído ni visto nada de Bridget Jones. Pero me encantaría verte en pijama, con gafas sucias y helado. Creo que voy a soñar con eso esta noche.

Parecía provocador, pero lo dijo con una sonrisa tan dulce que no sonó así.

Llegamos a la casa de mis padres. Nos despedimos con dos besos y quedamos en hablar otro día. Ya teníamos los números,

pero nunca habíamos hablado.

Mientras me desmaquillaba, el móvil vibró. Era Sergio.

🗨️ Sergio
Hi, Bridget. ¿Qué te parece un maratón de las pelis en mi casa un día de estos?

🗨️ Berta
Buena idea, así decides si eres *team* Mark o *team* Daniel.

🗨️ Sergio
Me estás generando mucha curiosidad, no me hagas spoilers.

🗨️ Berta
No me creo que no hayas visto ni un tráiler.

🗨️ Sergio
Te lo prometo. Miro el calendario de cuándo me tocan los niños y concretamos.

🗨️ Berta
De acuerdo, yo tengo las tres películas.

🗨️ Sergio
¿Tres? 😳 Habrá que quedar desde por la mañana.

🗨️ Berta
Oye, que no es *El Señor de los Anillos*, son más cortas.

🗨️ Sergio
Entonces yo pongo casa y merienda-cena.

🗨️ Berta
Ok, yo llevo los helados. Prometo no llevar las gafas… o no llevarlas sucias.

🗨️ Sergio
Por favor, no me hagas eso. Me encantaría verte con esas gafas.
Toda una sex symbol.

🗨️ Berta
Ja, ja, ja. Buenas noches.

🗨️ **Sergio**
Buenas noches, Bridget.

Capítulo 6

Noche Bridget

Hay una frase de Bridget Jones que dice que «nunca debes salir con alguien si se te ocurren tres razones para no hacerlo». A mí no se me ocurría ninguna excusa de peso para no quedar con Sergio. Así que cuando concretamos ir a su casa, me pareció un buen plan. Además, yo no llevaba intenciones ni románticas ni subidas de tono; simplemente su compañía era agradable. Sergio era un hombre amable, simpático y divertido. Me hacía reír; ¿por qué esperar algo más?

Llegué a su piso a las siete; previamente me había enviado su ubicación porque nunca había estado allí. Siempre nos habíamos visto en cenas en casa de Inés, pues solo ella y su marido eran quienes teníamos en común.

Me vestí cómoda: vaqueros pitillo elásticos, camiseta con una imagen de Frida Kahlo, Converse blancas y un blazer azul marino primaveral. Quería ir preparada para estar en el sofá viendo las películas y, ni por asomo, había pensado en cruzar ninguna línea.

Al llegar, me enseñó la casa. Un ático grande, luminoso, con una terraza que rodeaba toda la vivienda. Tenía tres habitaciones y un amplio salón unido a la cocina. No había muchos muebles, pero sí muchas fotos y recuerdos de los niños.

A pesar de que la casa era bonita, estaba desaprovechada… Vamos, que le redecoraba el piso en un abrir y cerrar de ojos si él me dejase. ¡Con lo que me gustan los programas de los gemelos canadienses que reforman casas!

En el salón donde íbamos a ver las películas había un gran chaise longue y una enorme televisión colgada directamente en la pared.

—¡Genial! —exclamé—. Vamos a ver a tamaño real las famosas bragas de Bridget.

—¡Eh! Te dije que nada de *spoilers*.

—Venga, ¿cómo organizamos el maratón?

—Son tres películas y ya son las siete y media. Podemos ver la primera, hacer una pausa para cenar y continuar: la segunda con el postre y la tercera con… algo para picar —propuso Sergio.

—Perfecto, pero sin copas, que tengo que conducir.

—De acuerdo, señora responsable.

Me encantó que no soltara un desafortunado "si bebes te puedes quedar a dormir", porque habría sido la primera razón de Bridget para no salir con él.

Durante la primera película preparó palomitas. Yo estaba algo tensa por lo novedoso de la situación: estar con otro hombre —que no es mi marido— viendo una película en un sofá. Eso me mantuvo alerta, pendiente de si intentaría acercarse o ponerse cariñoso. ¡Uf! Menos mal que me sé los diálogos de memoria, porque apenas presté atención.

Me alegré de equivocarme: vio la película sin ningún gesto romántico y fue un alivio. Al terminar, mientras recogíamos, comentamos la película.

—¿Te ha gustado? —pregunté.

—Sí, me ha generado curiosidad. Tengo que ver la segunda. Y me ha gustado mucho la banda sonora. Y, la verdad, no me considero ni Mark ni Daniel.

—Bueno, a lo mejor eres como Jack. Pero para saberlo tienes que ver la tercera.

—Pues venga, vamos a cenar. A ver si te gusta lo que he preparado.

Sergio hizo una ensalada de canónigos con pasas, tomates cherry y parmesano y una tosta de salmón con aguacate. Comida

fría, ligera y deliciosa. No era un cocinero experto, pero tampoco un pretencioso.

—Qué rico todo, sencillo pero buenísimo —dije.

—No sabía lo que te gustaba y pensé en algo ligero. Hay que dejar hueco para el postre.

—Genial, has acertado. Además, hay que ponerse cerdos comiendo helado con la cuchara sopera.

La conversación fluía: nada de exparejas, niños o penas. Solo aficiones, películas, series, música, trabajo. Teníamos muchas cosas en común y de ahí surgieron ideas para futuros planes.

Después de cenar, mientras preparaba la segunda película, escuché desde la cocina:

—Berta, ¿espero que te guste el chocolate?

Apareció con dos coulants de chocolate acompañados del helado de vainilla con nueces de macadamia que yo había llevado.

—Adiós operación bikini, hola bañador reductor de cuello vuelto —dije mientras él se reía.

Vimos la segunda del tirón. Mientras disfrutaba el postre —me faltó lamer el plato— pensé que habría sido demasiado sugerente hacerlo en una primera cita.

Al terminar eran las doce y estaba cansada, así que decidí sincerarme.

—Sergio, es tarde para la tercera. Creo que me voy. No me apasiona conducir de noche. ¿Te enfadas si te dejo la película y descubres tú quién es Jack?

—Lo entiendo. Solo espero que lo hayas pasado bien y quieras volver a quedar.

—Me lo he pasado muy bien, claro que sí. Ya sabes, solapamos agendas y hacemos algo.

Me acompañó al coche. Nos despedimos con dos besos, pero luego nos miramos y reaccionamos igual: nos dimos un abrazo largo. Qué bien olía, qué bien se sentía. Estábamos en la misma vibración.

—Me he sentido muy a gusto —susurró—. Quiero seguir conociéndote. No me digas "ya te llamaré" y que sea mentira.

—Yo nunca miento. Si te digo que vamos a quedar, vamos a quedar. Además, tengo que enseñarte las gafas sucias.

Reímos y me fui.

Sergio
¿Todo bien? ¿Has podido conducir sin las gafas?

Berta
Ya he llegado. Ja, ja, ja. Sí, no me he saltado ni un semáforo.

Sergio
Me alegro. Y de haber pasado la tarde contigo también.
Por cierto, estoy viendo la tercera en pijama y ya conozco a Jack;
me cae bien.

Berta
No has podido aguantar a mañana.

Sergio
No, me reconcomía la curiosidad.

Berta
La curiosidad mató al gato.

Sergio
Miau.

Berta
Buenas noches, Jack.

Sergio
Buenas noches, Bridget.

A veces me pregunto por qué no le besé. Supongo que no era el momento… Pero también por qué él no me besó. Aunque quizá fue más bonito así: ir despacio, algo a lo que ya casi no estamos acostumbrados.

Dicen —lo dijo Elsa Punset— que un abrazo de más de seis segundos crea una conexión emocional. Y aquel abrazo… aquel

abrazo nos colocó en la misma frecuencia. Ese abrazo removió nuestras emociones.

Capítulo 7

Amante o amigo

Esa primavera pasé mucho tiempo con Sergio. Íbamos al cine, al teatro, hacíamos turismo gastronómico y también hacíamos rutas de senderismo. Todo continuó en el plano de amigo; como se dice ahora, lo mantenía en la *friendzone*.

Durante ese tiempo no se me insinuó ni intentó besarme. Aunque sí era detallista; le gustaba coquetear, decirme que estaba guapa o que le gustaba lo que llevaba puesto. A veces sus comentarios me descolocaban, pero le tenía por un buen amigo, además de confidente y buen consejero. Y como él no intentaba ir más allá, pensé que también se sentía conmigo en una zona de confort. Siempre he creído que existe la amistad entre hombres y mujeres, aunque existan anticuados que digan que eso es imposible.

Pasábamos mucho tiempo en su casa; incluso, en alguna ocasión, si se hacía tarde, me quedaba allí a dormir para no coger el coche. Como es obvio, no dormíamos juntos: yo lo hacía en la cama de su hija mayor, Alejandra. Incluso hacíamos planes con sus hijos, porque ambos pensábamos que nuestros hijos son parte de nuestra vida. Las parejas nos separamos, pero no lo hacemos de los hijos y, por lo tanto, no los podemos dejar aparte tras la separación. Aunque también era cierto que Sergio aún no conocía a mis hijos. Los míos, al ser más pequeños, necesitaban más tiempo para conocer a personas nuevas en mi vida. Tal vez que yo no le hubiese presentado a mis hijos tendría algún significado más, pero él no dijo nada y yo no le di más vueltas.

Sus hijos me caían genial. Su hija mayor cumpliría once años esa primavera, y me parecía muy divertido que me preguntara por mi ropa, mi pelo o mi maquillaje. Una noche en la que llegamos tarde del cine, me quedé en su casa. Como siempre, empezamos a preparar la cama nido en la habitación de Alejandra, cuando me

preguntó de golpe, con esa lógica aplastante que solo tienen los niños:

—¿Por qué no duermes con papá?

La pregunta me dejó blanca; un sudor frío me recorrió la espalda. Enmudecí; no sabía cómo reaccionar.

—Si mi padre y tú sois novios, no sé por qué tienes que dormir conmigo. Yo soy mayor y ya duermo sola —continuó cuestionando la decisión de dormir juntas.

—Ale, no somos novios, por eso no dormimos juntos. Pensé que sería divertido dormir juntas, así podemos hablar de nuestras cosas, como en una fiesta de pijamas. ¿No te parece guay? —intenté hacerme la amiga con ella. Más tarde mis amigas me bautizaron como la madrastra *happy*.

—Vale, eso sí mola, pero me da pena que no seas la novia de mi padre —resolvió con voz tristona, y yo de nuevo no supe qué contestar, así que lo dejé pasar.

Nos fuimos a la cama y yo no paraba de rumiar sus palabras. "¿Le habría dicho Sergio algo a sus hijos? ¿Parecíamos desde fuera más que amigos? ¿Había usado Sergio a su hija para ponerme en un aprieto? No, eso último seguro que no: Sergio respetaba mucho a sus hijos como para hacer algo así. Y ahora… ¿qué hago? ¿Le cuento la conversación? ¿Lo dejo pasar? Igual eso es peor porque se lo cuenta su hija primero". Todos esos pensamientos me robaron unas horas de sueño, hasta que caí rendida.

A la mañana siguiente me fui a casa sin poder hablar con Sergio del tema, porque, con los niños por medio, no encontré el momento. Pero, como coartada por si Alejandra le decía algo, le insinué que tenía que contarle una cosa, que no se asustase, pues no era grave. Quedamos en que me recogería al día siguiente al salir del trabajo.

Por cierto, me encanta que me vayan a recoger al trabajo; mi marido jamás hizo eso por mí. Lo admito: me da envidia cuando veo a novios o novias que esperan a su pareja en la puerta del trabajo o de la estación. Esos que se besan al verse y hacen el camino de

vuelta hablando de sus preocupaciones diarias. A mi marido le parecía una pérdida de tiempo. Cómo no: Mateo, siempre aprovechando las horas del día en cosas prácticas y exento de romanticismo.

En cambio, esa tarde, allí estaba Sergio esperándome en un banco en la puerta de mi oficina. Iba tan mono con sus chinos beige y su camisa azul celeste.

—Hola, Bridget —me saludó sonriendo y haciendo brillar más sus ojos—. ¿Qué tal el día? ¿Puto lunes o lunes a secas?

Le respondí con una sonrisa, para destensar, y para que no pensara que lo que quería hablar era algo malo para los dos. Soy consciente de que la frase "tenemos que hablar" puede sentirse como una guillotina sobre el cuello.

—¡Jo! Mi padre complicándose y buscando un nombre poco visto para que me lo cambies tú ahora, y encima pronuncies Bridget con acento cordobés.

—Vaya tela… —solía usar esta expresión cuando era respondona con él—. Tienes respuesta para todo —me dijo, mordiéndose el labio inferior.

Hicimos el camino contándonos el día de trabajo, como yo había imaginado a otras parejas a las que envidiaba, y hablando de una futura ruta a la sierra antes de que hiciera más calor y de en qué fecha abrían la piscina de su urbanización. Fui posponiendo el momento hasta que me armé de valor y le conté la conversación con su hija.

Se sorprendió mucho, así que comprendí que ella no le había contado nada, y me quedó claro que no era un plan urdido por él. Se disculpó por la indiscreción inocente de su hija y, bromeando, me dijo:

—Imagínate tú y yo juntos, como pareja, y los cuatro niños. Como sacado de la serie Los Serrano.

Me quedé callada. No dije nada. Pobre Sergio: por sus palabras noté que, en el fondo, estaba deseando volver a tener una familia

tradicional, y yo aún no estaba preparada. Quería seguir disfrutando de mi soledad, mi espacio, mi tiempo y de tener un amigo afín a mí. Pero, a la vez, me invadieron unas ganas enormes de que sintiera que sí teníamos algo, aunque no tuviese aún nombre. Entonces le besé en los labios. Fue apenas un pico, casto, sin lengua, y puse uno de mis dedos sobre sus labios en señal de silencio, diciéndole:

—Estamos bien así. No corras. Somos amigos.

Se quedó mudo; sus ojos entristecieron y, resignado, suspiró:

—Sí, claro… amigos. Buenos amigos.

Lo sé. Fui una puta bruja. No pude evitar besarle; no debí hacerlo. Fue un impulso, fue por ternura, para acolchar el golpe de las palabras posteriores, y su cara lo reflejó todo.

Supongo que esa noche, en su casa, Sergio tendría tres opciones: maldecirme con las palabras más feas que se le ocurrieran con acento cordobés, o tocarse pensando en mí, o una tercera opción: las dos cosas simultáneamente.

Estaba convencida de que, después de eso, no me volvería a llamar, y tuve miedo. Mucho miedo. Porque cada día me sentía mejor junto a él y, aunque había sido un beso casto, me había gustado sentir sus labios; no me hubiese importado que ese beso hubiese alcanzado mayor intensidad.

Pero, nada más lejos de mis inseguridades, seguimos viéndonos como amigos, sin hacer mención a ese beso. No sé si era resignación o constancia por su parte, pero yo me sentía egoísta con él, como si estuviera dañando sus sentimientos o aprovechándome. No sé si esa sensación venía de nuevo por la falsa concepción que esta sociedad nos impone: que un hombre y una mujer no pueden ser solo amigos.

Sea lo que fuese, cada día estaba más claro que Sergio y yo caminábamos hacia algo que ninguno de los dos se atrevía aún a nombrar.

Capítulo 8

Chico nuevo en la oficina

No tengo perdón: después de siete capítulos en los que os he contado mil intimidades, aún no os he hablado de mi trabajo. Pues soy psicóloga. ¿Os lo imaginabais?

Trabajo en el Departamento de Recursos Humanos de una multinacional desde hace siete años. Como es lógico, no voy a nombrarla. Mi oficina está en una de las torres que dibujan el *skyline* de Madrid y, justo frente a mi mesa, hay un ventanal que me muestra una bonita vista a la sierra… eso cuando no hay niebla, no llueve o no hay boina de contaminación; o sea, muy pocos días al año.

Mi oficina es compartida con tres personas más: Clara (de la que ya os he hablado), Carol, que ha sido mamá recientemente, y Hugo. Me llevo muy bien con los tres y también con el jefe, que tiene despacho propio y es bastante mayor que nosotros.

Es un buen trabajo, aunque resulte a veces monótono. Y tiene lo que yo llamo "las tres estrellas Michelin del empleo": buen horario, buen sueldo y buen ambiente. El horario es compatible con mi vida familiar (algo insólito hoy en día) y, además, me permite trabajar desde casa con conexión a la intranet de la empresa. Es más, como parte del equipo de Recursos Humanos, estoy desarrollando un proyecto para que más personas puedan acogerse a esta forma de trabajar: lo que se llama trabajar por objetivos.

Esta forma de teletrabajo tiene muchas ventajas tanto para la empresa como para los trabajadores. Aumenta la productividad y, simultáneamente, el trabajador se siente dueño de su tiempo. Mejora su motivación, se siente valorado, relajado y, por supuesto, puede conciliar su vida personal y laboral sin renunciar a ninguna de

ellas. Se basa en uno de los principios que llevo por bandera en mi vida: "calidad más que cantidad".

La verdad es que me está costando llevar a cabo el proyecto, porque las mentes más cerradas, e incluso yo diría carcas, siguen empeñadas en la máquina de fichar. Estoy harta de observar a los empleados en el hall de salida, media hora antes de irse, con el abrigo puesto y la tarjeta de fichar en la mano, esperando a que dé la hora. También es habitual ver a compañeros que terminan su trabajo y, como no es la hora de irse, se ponen a buscar vacaciones en internet o a comprar entradas para el cine.

Cambiando ligeramente de tema —aunque me cuesta, porque me apasiona mi proyecto "calidad vs. cantidad"—, cada día voy a la oficina en tren. Es una línea directa desde mi casa, así que aprovecho para leer, escuchar música o ver capítulos de Netflix descargados en el móvil.

Leer me apasiona; no me importa el qué: varío mucho el género de los libros. Tengo el Kindle desgastado. Lo que más me apasiona es la novela de ficción histórica; *La catedral del mar* es una de mis favoritas. Me gusta jugar a poner caras a los personajes; a veces son personas conocidas, como actores o personajes de la televisión o del papel couché. Cuando adaptan una novela al cine o a la televisión y no coincide con lo que yo me imaginé, o es más floja que el libro, me mosqueo bastante, como si el guionista o el director de reparto me fuera a escuchar.

Esto que os voy a narrar, sucedió un lunes. Yo tenía bastante sueño, como consecuencia de una siesta de domingo que me desveló esa noche. Como no había empezado ninguna novela, iba escuchando una *playlist* y, justo en mi estación, sonó Jorge Drexler, casi como en un susurro, cantando "Al otro lado del río".

Al llegar a mi edificio, coincidí con un chico esperando al ascensor. No le había visto antes: alto, vestido como un niño pijo, con camisa y pantalones chinos, barba de tres días bien arreglada, pelo recién cortado y con un gracioso remolino que parecía

indomable. Tenía unos bonitos ojos color miel enmarcados por pestañas negras y espesas; la verdad, llamaba la atención.

Nos dimos los buenos días. Siempre nos saludamos en el edificio, aunque no nos conozcamos. Curioso: pulsa el piso veinticuatro, mi misma planta. Nos bajamos a la vez, pero nos separamos en dos direcciones: yo, directa a fichar y a mi oficina.

—Hola, gente —saludo a mis colegas.

—¿Qué tal, Berta? ¿Qué has hecho el finde? —preguntó Carol.

—El sábado subí a La Pedriza con Sergio y comimos en Manzanares el Real. Como siga así, no llego a la operación bikini. Ayer domingo no me quité el pijama.

—Uy, uy, uy… al final caes en los brazos de Sergio y vamos de boda —soltó Clara con risa socarrona.

Al abrir mi ordenador, había mil emails; casi todo eran currículums. Ahora entendéis mejor la broma "echar el currículum" y hacer perfiles para clasificar a los solteros. Se me da bien, la verdad: me gusta tratar con la gente, entrevistar, hacer que puedan desempeñar todo su potencial. Aunque pueda sonar utópico.

Lo que más me gusta es hacer entrevistas de grupo, pero no vayáis a pensar que les someto al método *Grönholm* —es una película española interesante que tiene unos añitos, con unas formas curiosas de seleccionar personal—. Me encanta organizar las reuniones y convivencias anuales de los empleados: esto es divertidísimo. En la última les preparé un *escape room*.

Volviendo a los emails, entre todos destacaba uno con máxima prioridad: "Reunión urgente lunes". Era de nuestro jefe, cariñosamente apodado el Patriarca.

—¡Mierda! ¿Habéis leído lo de la reunión? ¿Cuándo lo ha mandado? —me exalté.

—Lo mandó el viernes a las seis, antes de irse. El Patriarca no tiene vida. Es a las diez en la sala de juntas. No te preocupes, ahora vamos. Estamos todos convocados —me explicó Hugo.

"¿Qué será?", pensé. Menos mal que, a pesar del sueño, me había arreglado un poco: pantalón y camiseta negra, blazer *oversize* de príncipe de Gales y zapatos rojos con poco tacón. Aunque era junio, por la mañana aún refrescaba. Como tenía una cara horrible, me maquillé suave, subiendo el tono con polvos bronceadores y pintando los labios de color frambuesa. El viejo truco de destacar más los labios para disimular las ojeras.

A las diez, los cuatro jinetes del Departamento de Recursos Humanos nos presentamos en la sala de juntas. La verdad es que podíamos haber hecho la reunión en nuestro despacho, pero al Patriarca le encantaba reunirse allí para darle más enjundia al asunto. Cuando estábamos esperando impacientes, apareció nuestro jefe acompañado del chico guapo del ascensor.

—Buenos días a todos. Lo primero de todo, no os asustéis. Os he reunido para contaros varios cambios en vuestro departamento y presentaros a Darío. Berta —se dirigió hacia mí—, creo que tú ya le conoces; habéis colaborado en alguna ocasión, ¿me equivoco?

Y justo en ese momento me vino a la mente: "¡Ah, claro, Darío! El otro psicólogo de Recursos Humanos de la Delegación de Sevilla". Es cierto: nos habíamos escrito varios emails sobre candidatos o traslados de personal. Me entró la risa floja, que traté de contener, porque cada vez que leía un email suyo lo hacía con acento argentino. Le había puesto cara y acento como si fuera un personaje de novela, dado que nunca habíamos hablado por teléfono.

El Patriarca, tras ver que asentía, continuó:

—Darío se incorpora para reforzar el departamento, dado que a partir de ahora vamos a integrar en Madrid los Recursos Humanos de las delegaciones de Castilla-La Mancha y Castilla y León. También vamos a contratar a un auxiliar administrativo más —hizo una pausa —. Estaba pensando en el chico que hizo la baja maternal de Carol, si os parece adecuado y está disponible, y si Berta da el visto bueno. —yo asentí y el patriarca continuó—Ahora vamos con las presentaciones. Berta, nuestra psicóloga, ya la conoces y sabes sus funciones. Hugo, Carol y Clara, los auxiliares administrativos, se

encargan de control horario, bajas, nóminas, contratos, Seguridad Social, etc. Ellos te pondrán al día de cómo se reparten las tareas y… bueno, preséntate tú mismo.

—Hola, soy Darío. Soy psicólogo y no soy argentino.

Me había leído la mente. Y tal como lo dijo, con su media sonrisa y en un perfecto acento neutro, nos entró la risa. Ya se había ganado nuestra simpatía.

Nos fuimos a la oficina y, al llegar y cerrar la puerta, Clara se puso a canturrear una vieja canción de un anuncio:

—Tenemos chico nuevo en la oficina, se llama Darío y es divino…

—Jolín, Clarita, qué ochentera te has puesto. Ahora solo falta "¿Tú pasas el Pronto y yo el paño?" o "¿Tu primera colonia es Chispas?".

Intenté vacilarla, pero es imposible: a ella le encanta quedar por encima.

—Estoy *in love* con Darío —dijo, haciendo un corazón con los dedos—. ¿Esto es más actual, mi amol?

—*Touché* —me derrumbé, pero resurgí—. Venga, a currar. Da ejemplo. Ponte las gafas de profesora de primaria, que el nuevo compi va a entrar por la puerta en tres, dos y uno…

Al día siguiente tuvimos una mini reunión: el Patriarca, Darío y yo. Y, como no podía ser de otra forma, en la sala de juntas.

—Darío, Berta —hizo una pausa—, confío en que hagáis un buen equipo. Confío en vuestra juventud, pero con amplia experiencia.

Esto me recordó a un antiguo lema publicitario que decía "JASP: jóvenes, aunque sobradamente preparados". Si no recuerdo mal, era de una marca de coches, de la época de la generación X.

El Patriarca siguió su exposición:

—Hasta ahora estabais solos, cada uno en una provincia; ahora compartiréis responsabilidades. Esto puede ser bueno porque podéis apoyaros, pero también puede convertirse en una lucha de egos.

Espero que sea la primera opción. Como os he dicho, confío en vosotros.

Nos explicó motivos estadísticos y empresariales para unificar los departamentos. Detalles, volumen, optimización… lo de siempre.

Luego soltó lo importante:

—Ya os imagináis —porque sois inteligentes— que esto implicará viajar a otras provincias cuando se abran procesos de selección. Supongo que no os supondrá un problema, ¿no?

—Eh… yo… —balbuceé.

—Tranquila, Berta, ya estoy al tanto de tu situación personal. Ajustaremos las fechas a tu disponibilidad.

—Gracias —contesté más relajada.

—No van a ser muchos viajes —continuó—, solo cuando haya procesos de selección grupales. Es más barato que os desplacéis dos que traer a cien leoneses a Madrid. Es lógico, ¿verdad?

—Sí, claro —afirmó Darío.

Después de algunos detalles más, nos despidió para que Darío empezara a ponerse al día. Lo primero que hice fue explicarle nuestro día a día en la oficina: la división del trabajo, los filtros en los currículums, los procesos de selección abiertos. Le hablé también de nuestro horario flexible y de que nosotros cuatro éramos los primeros conejillos de indias de mi proyecto "calidad vs. cantidad". Como me entusiasmaba, me explayé bastante.

Darío permaneció callado hasta que, con cierto temor, le pregunté:

—¿Qué te parece? —crucé los dedos.

—Bien, bien. Me gusta. Es muy escandinavo. Leí algo sobre esto, pero veo que eres toda una experta. Estoy deseando saber más e implicarme personalmente —me contestó con una amplia y bonita sonrisa.

—No es ironía, ¿verdad? Es que no todo el mundo lo entiende a la primera.

—Yo nunca miento. La sinceridad es mi fuerte —dijo serio.

Punto para el equipo de Darío. Y, con una sonrisa por dentro y por fuera, le dije:

—Genial, estamos en la misma onda.

Pero él continuó:

—"Ser sincero es ser potente; de desnuda que está, brilla la estrella". Tranquila, no es mía. Es de Rubén Darío —aclaró.

Y me lo imaginé diciendo la frase con acento argentino, como un diálogo de Ricardo Darín en una película. No pude evitar reírme.

—Sonreír te favorece —concluyó Darío.

¡Boom! ¿De dónde había salido este hombre? Guapo, inteligente, con sentido del humor. Por favor, destino… no me descoloques más.

Capítulo 9

Me tiré a la piscina y no debía bañarme

Era viernes, la hora del café —o del té, para mí—, cuando me llamó Mateo. Él nunca solía escribir por WhatsApp, llamaba directamente, aunque era breve en las llamadas:

—Hola, nena… Perdón, Berta —rectificó, porque unos días antes le había dejado claro que evitara usar esos apelativos. No es que me molestara la palabra; sé que lo decía cariñosamente, pero si era una ruptura firme, había que dejarlo claro en todos los aspectos, y ese tipo de cosas hacían que me confundiera.

—Hola, ¿qué tal?

—Estaba pensando que este fin de semana podríamos preparar el jardín, montar la piscina para los niños y… hacerlo entre los dos… o sea… juntos —explicó nervioso, tanto que no parecía Mateo.

—Sí, sí, claro. ¿A qué hora me paso por allí mañana?

—¿Sobre las once? Luego te quedas a pasar el día si no tienes planes, claro —de nuevo sonaba inquieto.

—Perfecto, no tengo planes y me apetece mucho, además tengo allí los bañadores —confirmé. Breve, conciso y efectivo: Mateo es así para todo, pero esta vez más inseguro de lo que solía aparentar.

Al día siguiente, tal y como habíamos quedado, me pasé por allí a la hora acordada. Me puse crema solar y un bikini para aprovechar y tomar el sol mientras limpiábamos las hamacas, la mesa y montábamos y llenábamos la piscina. Entre tanto, los peques correteaban como locos por el jardín, evidentemente por la alegría que les producía que estuviéramos los cuatro juntos de nuevo.

A la hora de comer, ya teníamos todo limpio y organizado, y Mateo nos había preparado una estupenda ensalada de pasta de esas que llevan de todo: piña, mango, aguacate, tomates cherry,

gambas, salmón, queso y pasta de colores. Comimos en familia, tal y como habíamos hecho el año pasado en estas fechas. Fui consciente de cuánto añoraba estas situaciones en familia, a pesar de todo: los cuatro juntos, riendo, divirtiéndonos. Estaba siendo tan duro estar separados.

Tras comer, los peques estaban agotados, así que los llevamos a su cama a echarse la siesta, con la promesa de que al despertarse los cuatro nos bañaríamos en la piscina y jugaríamos con las pistolas de agua.

Mientras los niños dormían, nosotros nos sentamos a ver la televisión y también a descansar. Mateo estaba más nervioso de lo habitual: inquieto, dubitativo. Noté que tenía que contarme algo, pero no se atrevía, hasta que yo le insistí.

—Mateo, ¿hay algo que te preocupe? Te noto diferente, ¿todo en orden?

—No, no, qué va —contestó rápidamente—, no pasa nada. —Hizo una breve pausa—. Bueno, sí, querría saber algo —se atrevió al fin.

—Venga, pregunta lo que quieras.

—¿Sergio y tú salís juntos? —y, como si fuera un disparo, esa frase salió de su boca. No pude evitar que se me escapara la risa. No sé por qué, quizá porque no podía definir lo que había entre Sergio y yo. Porque no había nada, pero había muchas cosas a la vez. Y, sobre todo, porque no me esperaba que Mateo me lo preguntara.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Quién te lo ha contado? —le provoqué.

—Ya sabes que tenemos amigos en común y… que la gente comenta, que os ven mucho juntos… —rumió, un poco avergonzado. Me puso un poco de mala leche, la verdad.

—La gente habla mucho; por lo visto tiene mucho tiempo libre en sus vidas y son muy cotillas. Pues sí, salimos juntos, somos amigos, pero no somos lo que las malas lenguas quieren insinuar. No

nos acostamos juntos. Y, además, si lo hiciéramos, ¿qué más te da? —contesté airada. Mateo, al escuchar esto, se relajó y también trató de relajarme a mí.

—Tienes razón, puedes hacer lo que te dé la gana. Es cierto que la gente se mete donde no les llaman y les encanta tener algo que comentar. Pero, si te soy sincero, me alivia. Admito que estaba muy celoso. Además, creo que Sergio y tú no pegáis nada, es muy mayor para ti —concluyó.

¡¡¡Ay, mi madre!!! ¡¡¡Mateo celoso!!! Eso sí que no me lo esperaba, me dije a mí misma.

—Mateo, no te pega nada lo de ser el ex celoso. Qué tontería… Sergio no es tan mayor: solo es dos años mayor que tú. Vamos a cambiar de tema, que los niños se van a despertar en breve —dije sin darle opción a seguir la conversación. No me apetecía lo más mínimo seguir hablando de Sergio con Mateo. Estaba cansada de que todos opinasen sobre mi relación con él.

Surgió efecto, porque pasamos el resto de la tarde tranquilos, jugando con los niños en la piscina hasta que atardeció. Después los duchamos entre los dos y pedimos unas pizzas. Al terminar de cenar, cayeron rendidos. Yo estaba dispuesta a irme, pero no me apetecía volver a casa de mis padres sin antes darme una ducha y cambiarme de ropa. Se lo comenté a Mateo y entré al que otrora era nuestro baño compartido en el dormitorio de matrimonio.

Cuando estaba en el aseo, frente al espejo, a punto de quitarme el bikini, Mateo entró desnudo y, ante mi sorpresa, me abrazó por detrás y me besó el cuello. En un principio me giré sorprendida, pero le sonreí dándole mi aprobación. Entonces él me cogió a horcajadas, sentándome sobre el mármol del lavabo y besándome de manera muy apasionada.

No tardé en notar su erección, y no me gustó: me encantó. Hacía tiempo que no me besaba así, con esos besos tan intensos que te hacen estremecer. Fue entonces cuando me dejé llevar totalmente por él y sus caricias. Mateo, hábilmente, tiró de los cordones de mi bikini y, cuando estábamos totalmente desnudos y

muy calientes, me preguntó si estaba segura. Lo estaba, pero quería saber algo antes.

—Yo te he confesado que no he tenido nada con Sergio en este tiempo; necesito saber si tú has estado con alguien —. Según lo pregunté, me di cuenta de que era una estupidez, porque no estábamos juntos y no tenía derecho a hacer esa pregunta. Pero admito que me encantó su respuesta, y me encendió aún más.

—¡No! Tú has sido la última y la única desde que te conocí —me dijo casi ofendido, pero reanudando con más pasión lo que habíamos empezado.

Y mientras él besaba cada poro de mi piel, yo rumiaba esas últimas palabras: "la única desde que te conocí". Justo en ese momento se agolparon en mi mente todos los recuerdos de los dos juntos: cuando lo hacíamos en el coche cuando éramos universitarios; nuestras primeras vacaciones juntos, en las que no salimos apenas del dormitorio y perdimos varios kilos; las estancias con amigos en una casa rural, en las que me tapaba la boca para silenciar mis gemidos; o cuando empezamos a vivir juntos y decidimos que ducharnos juntos era una buena manera de ahorrar agua.

Entre esos recuerdos y su habilidad para ponerme los ojos en blanco con cada caricia y cada empujón, no tardamos mucho en irnos juntos, y muy satisfechos. Nos duchamos juntos y, mientras nos enjabonábamos el uno al otro, seguimos comiéndonos a besos mientras el agua nos resbalaba por el cuerpo, y dimos por hecho que esa noche dormiríamos juntos.

Cuando nos acostamos, Mateo se durmió rápido, mientras me abrazaba por detrás haciendo "el cuarenta y cuatro", que es así como yo llamo a hacer la cucharita. Como era habitual, no me podía dormir a pesar del cansancio. No es que no me hubiera gustado la sesión de sexo con Mateo; todo lo contrario: había sido el mejor polvo desde hacía años. Es que tenía la sensación de que había hecho el amor con los recuerdos, de haberme acostado con el Mateo de hace unos años. Ese chico apasionado, voraz y cariñoso. Sentía

que ese cambio en Mateo podía haber sido ocasionado por los celos, y eso no me parecía sano.

Conseguí dormir por puro agotamiento, lo cual me hizo levantarme con un dolor de cabeza infernal: notaba como si me tiraran del pelo o me clavaran alfileres por todo el cráneo.

Capítulo 10

No sé qué guardas ahí dentro

Después de lo que pasó, estuve unos días muy rara, cabizbaja; todo lo centré en casa, trabajo y niños. No me apetecía nada. No me apetecía hablar con nadie. No me apetecía reír. No me apetecía escuchar música. No me apetecía hacer nada. Estaba completamente apática.

Si me llamaban por teléfono, respondía escuetamente; si alguien me escribía, también era cortante. En el trabajo disimulé con la excusa del nuevo compañero. En casa, con los niños, trataba de que no se me notara, pero cuando fui a casa de mis padres en mi quincena, ya no quería disimular y me encerraba en la habitación.

Sergio me escribía con algún plan y yo le ponía excusas inverosímiles; me sentía mal, como si le hubiese sido desleal con Mateo. Mateo, extrañamente, también me escribía, dado que no le cogía el teléfono y me tenía que decir cosas de los niños, pero además me preguntaba cómo estaba, que teníamos que hablar del otro día, que si nos íbamos de vacaciones juntos… Todo ese caos en mi interior me estaba destrozando.

Hay una canción de Jarabe de Palo, "Grita", que dice:
«Hace días que te observo, y he contado con los dedos cuántas veces te has reído; una mano me ha valido. Hace días que me fijo, no sé qué guardas ahí dentro; a juzgar por lo que veo, nada bueno, nada bueno».

Un día mi padre entró en la habitación, me vio tirada de mala manera, como una adolescente deprimida y rabiosa con todo lo que le rodea, y él, que es de pocas palabras, me dijo algo parecido a lo que dice la canción y añadió su frase favorita para arreglar todo:

—Berta, no hay que preocuparse, hay que ocuparse.

Y sí, tenía razón, como siempre. Tenía que tirar para adelante, subirme al ring y enfrentarme a lo sucedido, aunque fuera poco a poco y de uno en uno.

Capítulo 11

Round 1 — Mateo vs Berta

Cuatro días después de mi sesión de sexo con Mateo, yo me encontraba en la oficina. Habíamos estado reunidos con el comité de empresa para debatir sobre el proyecto *"calidad vs cantidad"* y se habían aprobado algunos puntos.

Darío, además de apoyar el proyecto incondicionalmente como si fuera suyo, lo defendía como un león. Era empático, pero también tenaz, con una impresionante habilidad para la expresión oral. Elegía las palabras con elegancia, respaldaba con argumentos de manera magistral y, para rematar, lo hacía con una media sonrisa irresistible. A veces usaba alguna frase redicha que resonaba en mi cabeza con acento argentino, y tenía que intentar no reírme.

Salimos de la reunión muy contentos, directos al despacho para comentarlo con el resto del equipo que no había estado en la reunión. Esa sensación de victoria fue la necesaria para armarme de valor y escribir a Mateo.

Berta

Hola, me gustaría que nos viéramos, ¿cuál es tu disponibilidad?

Mateo

¿Hola, te puedo llamar? Ya sabes que no me gustan los mensajes escritos.

Berta

No puedo hablar, estoy en la oficina y no puedo salir ahora.

Mateo

Ok, pues esta tarde viene mi hermano mayor y mi cuñada con los niños, ¿te parece que les deje de canguros y nos vemos?

Berta

Perfecto. ¿Sobre qué hora?

Mateo

¿A las seis?

Berta

Muy bien, te paso a recoger por casa.

Mateo

Tengo ganas de verte.

Berta

Nos vemos luego, tenemos que hablar.

Había estado ensimismada con el móvil mientras hablaban mis compañeros, muy alegres por las buenas noticias, y Hugo tuvo que llamar mi atención.

—¡Berta! Estás como ausente, que si te vienes a celebrarlo.

—Perdón —contesté con cara de boba—, no sé de qué estáis hablando, dime.

—Estamos comentando ir a comer juntos y después a un *afterwork* que conoce Charlie para celebrar que Darío y tú habéis ganado la primera batalla —explicó Clara.

—Ya, ya, pero es que hoy no puedo… Tengo que ir a resolver unos asuntos personales —dije, usando adrede esa frase para que dejaran de insistir.

A las seis de la tarde ya estaba en casa, la casa que una vez compartí con Mateo y que fue nuestro hogar. Pasé a saludar a los niños, aunque me apetecía cero ver a mi cuñada, pero sí a mis hijos y mis sobrinos gemelos, que eran un amor. Al verme, salieron todos corriendo y se me tiraron encima.

—¿Vienes a bañarte con nosotros?

—¿Has traído bañador?

—Yo tengo unos manguitos de Frozen…

Entre todos me bombardearon, y estaba tan confusa que no sabía quién decía qué.

—No, chicos, lo siento. He venido a buscar a papá, que me tiene que acompañar a un sitio.

—Eso es que vas al médico, porque yo cuando voy al médico voy con papá o mamá —dijo uno de mis sobrinos.

—Más o menos —respondí, saludando a mis cuñados. A mi cuñada le devolví su mirada seca, y a mi cuñado lo saludé con cariño, como siempre.

—Nos vamos —interrumpió Mateo—, para que no se nos haga tarde, que tendréis que volver a casa.

—No hay prisa, haced lo que tengáis que hacer —añadió mi cuñada, siempre amable como un cactus.

—¿Dónde vamos? —preguntó Mateo.

—He pensado ir a la crepería que hay en el centro. Es un sitio tranquilo donde podemos hablar… y hacen unos *crêpes* de Nutella deliciosos.

—Joder… Si me vas a untar Nutella para que me entre mejor, es que es chungo lo que me vas a contar —refunfuñó, haciendo un mohín.

Cuando llegamos, nos sentamos al fondo, pedimos unos *frapuccinos* y nuestros *crêpes*. Mateo estaba impaciente. Intentó ser cariñoso.

—Dime, no lo demores más, nena…

—No te pongas dulzón, que me cuesta más —respondí—. Lo del otro día estuvo bien, muy bien. Pero habíamos dicho que no se repetiría. Surgió, somos adultos, pero…

—Ay… los "peros" me dan miedo —se quejó.

—Mateo, no podemos seguir así. No podemos organizar las vacaciones juntos, por ejemplo. Estamos separados. Tenemos que darnos tiempo y pensar en lo que queremos. Tal vez pasar el verano separados sea ideal para ver qué sentimos.

Él, aunque de pocas palabras, no estaba dispuesto a acabar ahí.

—Berta, estuvo más que bien… Y no solo el sexo. También pasar el día juntos, dormir abrazados… Podemos volver a intentarlo. Nos

hemos querido y nos queremos. ¿Por qué no darnos otra oportunidad?

Su argumento era válido. Pero yo seguía rayada. Había despertado otra Berta. Y quería saber hasta dónde podía llegar.

—Es cierto que sigue habiendo algo fuerte entre nosotros —concedí—, pero necesito más tiempo. Y creo que tú también. Nos agarramos a lo fácil, a lo conocido. Pero eso es simplista. Por favor, démonos un tiempo razonable.

Mateo suspiró, derrotado.

—Te quiero, Berta. Y quiero que salga bien. Respetaré tu espacio y tu tiempo.

Capítulo 12

Round 2 — Berta VS Sergio

Pasé una semana rara, pensando en Mateo, en su proposición de volver juntos y en mi decisión de esperar más y sopesar las cosas. Por mi cabeza pasaba también la idea de aclarar lo que sentía por Sergio.

En el trabajo comenzábamos el horario de verano; todo era más ligero porque muchos empleados iniciaban vacaciones. Después de tres semanas desaparecida para la vida social y para la vida de Sergio, fui yo quien le escribió.

Berta :

Hola, soy Bridget. Como soy un desastre me he metido en un lío y por eso he estado ausente. ¿Cómo estás?

No me contestó en toda la mañana; supuse que estaba bastante enfadado, porque me había dejado en visto. Ahí estaban los dos tics azules del chat, haciéndome burla.

Al salir de la oficina, Sergio estaba sentado en el banco de enfrente esperándome. Me quedé anonadada, no sabía qué decir, pero me apetecía darle un abrazo enorme y pedirle perdón por mi desaparición espontánea. Como estábamos en la puerta del trabajo y no quería testigos inoportunos, me acerqué y le susurré al oído:

—No sabes lo que me alegro de verte. No me tiro a tu cuello por el lugar donde estamos, espero que lo entiendas. Tengo muchas cosas que contarte. Perdóname.

Y todo era absolutamente verdad: me moría de ganas de abrazarle, de olerle e incluso de repetir el beso.

—Venga, vamos al tren. Me invitas a cenar para que te perdone y listo. Aunque te advierto que te voy a salir caro: tengo mucho

hambre, estoy en ayunas desde que recibí tu WhatsApp —y me regaló su gran sonrisa.

En el tren fuimos hablando de cosas más triviales para destensar; no quise ahondar en intimidades hasta que estuviésemos solos. Caminamos desde la estación hasta un restaurante oriental donde podíamos hartarnos a sushi, ya que era buffet a la carta. En cada mesa había una tablet donde pedías y te servían en la mesa. Pedimos una botella de vino blanco aprovechando que no teníamos que conducir, y me autoinvité a su casa para tomar la última copa.

—Te voy a preparar un cóctel que he aprendido —me dijo animado.

—¿No será un Manhattan? Eso es muy de *Sexo en Nueva York*.

—No me acuerdo del nombre, y ya me estás liando con series que no he visto. Por cierto, como me tenías abandonado, ya he empezado *Homeland* para ponerme al día contigo y luego seguir juntos.

Antes de desaparecer le había hablado de esa serie. Desde luego, tiempo había tenido para ver tres temporadas. No se merecía mi silencio, pero yo estaba hecha un lío. Con los cócteles en la mano salimos a la terraza. Estaba muy rico, pero llevaba de todo; preveía que se me iba a subir a la cabeza junto con el vino, así que tenía que sincerarme cuanto antes.

Le conté lo mal que había estado esos días. Le repetí que no era por él, que me había aislado del mundo y no estaba contestando a nadie. Por último le conté el motivo: Mateo, su proposición… y que me había acostado con él. Evité los detalles; solo dije que había pasado. Me sinceré como con un amigo y confidente, pero me sentí fatal al ver su cara, como si le doliera el estómago. Le acababa de dar una patada.

—Sergio, dime algo, por favor —supliqué.

—Yo… ¿qué quieres que diga? No soy nadie para…

—Sí, eres mi amigo. Puedes opinar.

—Pero ¿qué quieres que te diga? Estoy en shock, pero si queréis volver… no sé. Eso lo tienes que decidir tú, o sea, vosotros.

Sergio siempre tan prudente. Yo necesitaba otra respuesta.

—Es que no quiero volver —zanjé. Y le conté la conversación de la crepería. De un trago me terminé el cóctel, me armé de valor y confesé lo que llevaba semanas intentando digerir—. ¿Sabes lo peor? Que cuando pasó lo de Mateo, sentí que te estaba engañando. Como si te pusiera los cuernos con él.

Su mirada cambió, pero siguió callado.

—No te quedes en silencio. Dime lo que sientes, aunque me mandes a la mierda.

—Sí, sí, te he entendido, pero me dejas más descolocado aún. Estoy a punto de cantarte *Amiga mía* —sonrió.

Yo no sabía si reír, llorar o comérmelo a besos. Y creo que él estaba igual, pero ya no se quedó en silencio.

—Venga, vamos a calmarnos y déjame asimilar todo. Yo solo sé que quiero que sigas en mi vida, porque ya eres parte de ella. Estas semanas han sido una mierda. ¿Qué papel vas a tener? No lo sé, pero no te alejes más de mí, joder —me suplicó.

No nos besamos. En cambio, nos dimos un abrazo de los nuestros. Luego me propuso acompañarme a casa andando. Dos kilómetros: lo suficiente para rebajar la tensión sexual… o no. Al menos para bajar la cena.

¿Por qué no me he lanzado a sus brazos? Estoy deseando que me bese y me arranque la ropa, y él también. ¿Por qué no lo hace? ¿Quién pone los límites? ¿Es por Mateo? ¿Soy yo…?

Capítulo 13

Mini vacaciones

Comenzaba el mes de julio, me encanta este mes a pesar del calor. Los días son más largos, puedes salir a pasear por las noches y en el trabajo se nota que hay mucha gente de vacaciones, por lo que puedo hacer jornadas enteras de teletrabajo en casa. Según lo acordado con Mateo, este verano me toca vacaciones con los niños la segunda quincena de julio y la segunda de agosto, casualmente igual que Sergio.

Era martes y estaba trabajando desde casa, Sergio tenía jornada intensiva y habíamos quedado para comer en su casa y pasar la tarde en su piscina. La verdad es que podría haberle invitado yo a comer en mi casa, pero aunque no estaban los niños, me sentía rara invitándole a casa y el ático de Sergio siempre fue terreno neutral. Al llegar, me recibió con su mejor traje: su sonrisa, sus ojos brillantes y su gracia andaluza.

—Hola Brid... Berta, ¿qué tal te ha sentado hoy trabajar en pijama?

—Pero qué mala es la envidia… Pues para que rabies más, que sepas que no ha sido en pijama, sino en bañador. De hecho, para venir aquí solo me he tenido que poner el vestido encima.

¿Quería provocarle diciéndole que llevaba todo el día casi sin ropa? Creo que sí.

—Tienes razón, soy un envidioso. Estoy deseando que en mi empresa tomen ejemplo de la tuya, pero me alegro tanto por ti. Vamos, pasa, que tengo hambre y hoy vas a saber lo que es un buen salmorejo cordobés con la receta de mi madre.

"¿Tengo hambre?" Me está provocando también, me quiere comer… Mi mente se está calentando. Será el verano. Nunca había

puesto una connotación sexual en las palabras que nos decíamos, hasta ahora. Si solo somos amigos…

Comimos en la terraza, en una zona a la sombra, y nos echamos en las hamacas a charlar un poco.

—¿Sabes que dentro de unos días es mi cumple? Cumplo cuarenta y un años, flipas, hace nada tenía treinta. El año pasado fue divertido porque me organizaron una fiesta sorpresa en Córdoba, pero este año ya pasa inadvertido. Encima mis niños están en Mallorca con mi exmujer.

Sergio se apagaba cuando sus hijos estaban lejos de él en momentos especiales. Tenía que hacer algo por animarle. ¿Me tumbo a su lado en la hamaca? Otra vez no, Berta…

—Pues yo sí estoy aquí, así que este será también un cumple diferente porque el año pasado no éramos amigos especiales… Quiero decir, no éramos amigos, solo conocidos.

Intenté arreglar el lapsus.

—Ya que dices esto, hace días que me ronda una idea. Bueno, más bien una propuesta. Pero me da miedo que la rechaces. He preparado hasta una playlist para ello. ¿Confías en mí?

—Me das miedo, pero venga, dale. Viniendo de ti no puede ser nada malo, ¿no?

—Alexa, reproduce la playlist Bridget…

Casi me caigo de la risa. Comenzó a sonar All by myself de Céline Dion y Sergio se empezó a justificar.

—Creo que esta canción es la de comer helado depre… Supongo que se han ordenado aleatoriamente. Bueno, te explico. He hecho una playlist con todas las canciones de las tres películas de Bridget Jones para proponerte que… si te escaparías a Londres conmigo por mi cumpleaños.

—¿Qué? Estoy flipando, pero me encanta la idea. Ya conozco Londres, pero fui hace mil años y no me importaría volver.

Contesté demasiado rápido, casi sin pensar. Me arrepentí al momento de mi ímpetu.

—Lo único es que no sé si en el trabajo me dejarán coger algunos días libres. Tendré que hablar con mi jefe y ya te digo.

Sabía perfectamente que no tendría impedimentos, pero quería ser prudente.

—Por favor —me suplicó—, será solo una escapada. Nos vamos el jueves al salir de trabajar y volvemos el lunes. Después vamos a estar separados dos semanas, y de verdad que me deprime mucho pasar mi cumpleaños solo.

La playlist continuó sonando mientras lo planeábamos. Mañana pediría los días libres. Miramos vuelos, hoteles, qué ver en tan pocos días. No podía negarme; Sergio era tan dulce y paciente conmigo. No podía dejarle tirado en su cumpleaños.

La tarde siguiente, ya con los días confirmados, volvimos a vernos. Me presenté en su casa con el iPad debajo del brazo para planificar las primeras mini vacaciones juntos. Eran también mis primeras vacaciones sola, sin niños y con otra persona que no fuera mi marido, por lo que me apetecía que esa escapada fuera diferente: menos organizada y cuadriculada que con Mateo. Menos turismo al uso y más disfrutar de los momentos, saborear la ciudad. Ambos conocíamos Londres, pero este viaje sería diferente y especial.

Ese mismo día conseguimos unos vuelos a un precio apañado, saliendo muy temprano el viernes y volviendo la noche del lunes. Reservamos un hotel de tres estrellas cerca de Trafalgar Square y Charing Cross. Dado el precio de los hoteles en Londres y los pocos días de anticipación, fue lo mejor que pudimos conseguir.

Sergio insistió en pagar el hotel porque era su invitación de cumpleaños y solo me dejó costear mi vuelo. Sobre el resto de la planificación, concretamos en reservar un free tour en español y el resto improvisarlo allí.

Solo quedaba decírselo a Mateo para que supiera dónde iba a estar esos días, no porque me importara su opinión —tenía claro que

no iba a ser positiva—. Nada me iba a apagar la ilusión que me hacía este viaje, y además me sentía completamente contagiada del entusiasmo de Sergio.

Mientras preparábamos el viaje, seguía sonando la banda sonora de Bridget Jones. Lo de hacer la lista de canciones había sido un punto a su favor; me encantan ese tipo de detalles. Sergio es un romántico.

En un momento álgido de alegría por el viaje, justo sonó *Thinking out loud* de Ed Sheeran. Nos miramos. Era nuestro momento. Me tomó de la nuca, me aproximó a él, cerré los ojos y nos besamos. Esta vez sí fue un beso de amor, un beso de película, largo e intenso. Adoré su sabor y su calor. Al terminar no dijimos nada, solo nos miramos, y con eso bastó.

La verdad es que estuve muy nerviosa los días previos al viaje. El beso no ayudó, y no hablar de ello en los días posteriores fue inquietante. Fue raro: seguimos viéndonos, programando el viaje, y no sacamos el tema. Lo más extraño es que no se repitiera.

El jueves pedí a mi jefe terminar el trabajo desde casa para hacer la maleta. Solo cuatro días, pero… ¿qué me llevo? Londres puede ser muy inestable, pero es julio; cuando estuve la otra vez llovía a mares y no me quité las botas de agua en toda la semana.

Miré la página de la agencia de meteorología y las temperaturas oscilaban entre veinte y veintiún grados por el día y bajaban a quince por las noches. Cielos despejados, sin lluvia. Eso significaba que botas fuera, pero chubasquero de bolsillo dentro, porque Londres es Londres.

Hice la maleta con unos vaqueros, varias camisetas, la chaqueta vaquera, un vestido de flores casual, un mono estilo militar, mis Converse blancas y un par de vestidos por si salíamos por la noche con unas sandalias altas. Añadí ropa interior y un neceser básico con productos en formato pequeño, ya que no íbamos a facturar.

Después de cerrar la maleta y sentarme encima como manda la tradición… ¡oh, tragedia! ¡No he metido pijama! Me suele pasar muy a menudo en los viajes y lo solventaba durmiendo con una camiseta

de Mateo, pero esta vez tenía que ser más recatada. Abrí de nuevo la maleta y añadí un pijama dos piezas corto de Barbie que había comprado el verano pasado en Primark.

Por fin, conseguido. Sergio vino a buscarme sobre las ocho de la tarde para cenar y dormir en su casa, dado que saldríamos temprano al aeropuerto y dejaríamos su coche en un parking de larga estancia.

Cuando llegó y cogió mi maleta para meterla en el coche, se echó a reír.

—Cómo pesa. Hace tiempo que no viajaba con una chica y se me había olvidado cómo comprimís medio armario en una maleta de mano.

—Es una habilidad digna de incluir en una selección de personal. Me has dado una idea estupenda para poner en práctica con futuros solicitantes de empleo.

Sin querer, me había dado mucha información: no hacía un viaje en pareja hacía mucho, así que estábamos en el mismo punto.

—Venga, tira, cuentista. Hay que acostarse pronto. Mañana sale el vuelo a las siete.

Esa sonrisa me mataba. Cada vez que la esbozaba tenía ganas de volver a besarlo.

Cenamos de nuevo en la terraza. Cada vez me gustaba más esa casa, sobre todo la intimidad del ático, aunque aún pensaba en redecorarla. Esa noche le preparé mi "sándwich vegetal especial lleno de todo" y después de cenar terminamos de preparar las cosas del viaje y nos fuimos a la cama por separado: él a su cama y yo a la de su hija.

No podía dormir. Estaba dando mil vueltas, como siempre me pasa cuando tengo obligación de madrugar. Pero también por los nervios de viajar con Sergio y por el beso. No entendía por qué no lo habíamos repetido.

Me levanté sigilosamente y me fui al salón. Me acurruqué en el sillón y encendí la televisión con el volumen bajito. Estaba zapeando

cuando apareció Sergio, con un pantalón corto suelto, caminando como un zombi.

—Lo siento, ¿te he despertado?

—Qué va, tengo el sueño ligero y he escuchado el murmullo de la tele. ¿Qué haces?

—No me puedo dormir y esto me ayuda.

Sergio se tumbó en la zona *chaislonge* y colocó un cojín en sus piernas, invitándome a recostarme. Podía alcanzar mi cabeza con sus manos. Pusimos La Sexta: los jueves hay Pesadilla en la cocina.

—Uf, si se prueba Chicote el sándwich que me has preparado esta noche…

—Pero si estaba buenísimo. No seas falso.

Sergio siempre usaba el humor para destensar, y esa cualidad me encantaba.

Después de bromear, nos quedamos callados. Sergio comenzó a tocarme el pelo, enroscando sus dedos suavemente entre mis rizos. Adoro que me toquen el pelo; desde pequeña me induce al sueño.

—Me encanta tu pelo y cómo huele. Cuando te vas de casa y me apoyo en estos cojines, huelen a ti.

¿En serio? Se iba a poner romántico ahora que me estaba quedando dormida.

—¿Sí? Gracias —fue lo único que pude pronunciar.

Me quedé dormida enseguida, ayudada por la "hipnosis televisiva" y el masaje. Me desvelé solo un poco cuando Sergio me llevaba en brazos a la cama, a la de su hija, claro.

Capítulo 14

Hello London!

—¡Buenos días, dormilona!

—Joder, las cuatro y media, qué dura es la vida del turista; necesito un café o un té en vena —me quejé.

—No da tiempo, salimos en diez minutos. Es viernes y podemos coger atasco para llegar al aeropuerto de Barajas; ahora desayunamos relajados en la zona de embarque —ordenó.

Como Sergio predijo, había un ligero atasco, clásico de la M-40 de Madrid, pero llegamos con tiempo al aeropuerto, dejamos el coche en el parking de larga estancia y fuimos directos al control de seguridad con las maletas de mano, ya que habíamos hecho el *check-in online* el día anterior. Una vez en la zona de embarque, me recompuse tomando café y un muffin de chocolate.

—Ay, desayunar me da la vida, ¿a que ahora tengo mejor cara? —bromeé.

—Sí, por supuesto, las pecas han mutado de arena a purpurina —me vaciló.

—¿Algún problema con mis pecas? Son una herencia de mi abuela materna, al igual que el pelo.

—Ambas cosas me gustan, pero tengo una curiosidad… ¿te has contado alguna vez las pecas? —preguntó divertido.

La verdad es que, cuando escuché la palabra "curiosidad" junto a "pelo" y "pecas", me di un gran susto. Me recordó a un compañero de la universidad que me tiraba los tejos y, el muy bruto, me dijo que quería saber si las pelirrojas tenemos el pelo púbico también pelirrojo… Se llevó una buena por la preguntita.

Con el desayuno y la charla, rápido llegó la hora de embarcar. Teníamos los asientos de ventanilla y central. Una vez acomodados y

después de recibir las instrucciones de seguridad de la auxiliar de vuelo, el avión empezó a circular por la pista y Sergio me tomó la mano.

—Da buena suerte para volar… —me aconsejó.

—¿Sabes lo que también da buena suerte? —Esta es la mía, pensé, y antes de que contestara lo besé y él me correspondió.

Perdí la noción del tiempo que seguimos besándonos, pero creo que hasta que apagaron la señal luminosa de los cinturones. Sí, soy un poco exagerada; igual no tanto, o estaríamos en apnea… aunque un poco sin aire sí estaba. Después de ese beso, no me podía morder la lengua más y tenía que sacar el tema.

—Bueno… esto… no sé… los besos… —no me salían las palabras; raro en mí, que hablo por los codos y tengo respuesta para todo.

—A mí me ha gustado. Ha surgido así y no hay que darle más vueltas. No te voy a negar que me gustas, eso ya lo sabes hace tiempo. Hay algo especial entre nosotros, pero, sobre todo, quiero que te sientas bien —explicó elegante.

—Pues voy a ser sincera: desde el beso del otro día no he hecho más que pensar en ello. Estaba deseando volver a besarte y, por supuesto, me gustas… solo que quiero ir despacio.

Llamadme cobarde, pero no quería correr. En seis meses me había separado de mi marido, había tenido varios acercamientos con mi ex… de hecho, casi había vuelto con él. He hecho un mejor amigo y, además, estoy sintiendo algo especial por él… Menuda noria de emociones. También soy insegura, porque le acababa de decir que quería ir despacio en cambio estaba deseando que me volviera a besar.

—Berta, siento por ti muchas cosas, entre ellas respeto y admiración. Quiero seguir pasando tiempo contigo y no tengo prisa, pero tampoco miedo. Date la oportunidad de vivir sin miedo, date permiso para disfrutar más —sonó seguro y valiente.

—Solo puedo decirte que tienes razón. Por eso acepté venir al viaje contigo, por eso te he besado hoy. Por eso te voy a volver a besar —yo también me había envalentonado.

Nos besamos suavemente; después besó mi nariz, me recosté en su hombro y me sentí feliz.

Cuando vuelo, me relaja ponerme música y me alivia el taponamiento de los oídos. Le ofrecí a Sergio uno de mis auriculares y puse una playlist offline descargada en mi móvil. Pero antes le advertí: "Te aviso de que es algo ecléctica; podemos pasar de reguetón a éxitos en acústico. No te asustes y no me lo tengas en cuenta". Me sonrió aceptando el AirPod.

Pulsé *play* y arrancó "Lo saben mis zapatos", de Pablo López. Sergio no dijo nada, pero no paró de mirarme durante toda la canción: «No quiero correr, quiero verte cerca, quiero merendarte al sol, quiero que me abras, no quiero perderte». Demasiadas coincidencias; la letra parecía que estaba poniendo palabras a nuestras emociones. *"Espero que la siguiente sea de Daddy Yanke",* pensé*.*

Creo que ambos nos dormimos; yo al menos sí. Me desperté cuando intervino el comandante para avisar de que en media hora tomaríamos tierra en el aeropuerto de Heathrow. Con el cambio de hora, allí eran las ocho y media de la mañana. Por lo tanto, todo el día por delante para aprovecharlo.

Por comodidad y, ya que íbamos a hartarnos a montar en metro el resto de días, cogimos un servicio de transporte para ir del aeropuerto al hotel. De modo que a las diez de la mañana ya estábamos en la recepción del hotel. Perfecto, porque así podríamos aprovechar el día allí.

Subimos a la habitación para dejar las maletas y descansar antes de ir a turistear, y cuando abrimos la puerta nos sorprendió que la habitación fuera más bonita y grande de lo que esperábamos. Era bastante luminosa, dado que estábamos en un piso alto, pero había un pequeño problema: habíamos pedido dos camas al reservar la habitación y solo había una enorme cama king-size.

—Vaya cagada, voy a bajar a recepción a solucionarlo, a ver qué tal mi inglés oxidado —Sergio trató de arreglar la confusión.

—No seas niño. No pasa nada porque durmamos juntos, somos adultos y la cama es enorme. La habitación es preciosa, espaciosa, ¿qué más podemos pedir? —¿Se me nota que tengo ganas de dormir con él?

—Como tú quieras, no quiero que te sientas incómoda.

—No es la primera vez que duermo con un amigo o amiga en un viaje, no tiene mayor importancia. Cuando estuve en Londres la vez anterior dormimos ocho en la misma habitación, en literas. Era un hostel cerca de la Torre de Londres, los baños eran compartidos y estaban en los pasillos de la planta, y guardábamos el equipaje en unas taquillas. Así que, como ves, este hotel y esta habitación mejoran con creces mi anterior experiencia londinense.

Mi *speech* había sonado realmente creíble, de mujer madura y empoderada, pero la realidad es que estaba acojonada. Dormir en la misma cama, compartir habitación y aseo, estar veinticuatro horas juntos… eran muchas sensaciones nuevas. Se añadía estar empezando a sentir algo por él y el deseo cada vez más intenso de besarle, tocarle y sentirle.

Sacamos las cosas de las maletas y, después de estirarnos un poco en la cama, reanudamos la marcha para visitar las zonas próximas a nuestro hotel y buscar un lugar para comer pronto, por lo que paseamos hasta Trafalgar Square y desde allí hasta la iglesia de St. Paul's, pasando por el mercado de Covent Garden, donde hicimos parada técnica para comer.

Mientras paseábamos, nos hacíamos fotos y fuimos contándonos cómo fue nuestra anterior experiencia en Londres, de la cual ya le había contado una parte.

Mi historia fue divertida: fuimos seis amigos de mochileros. Mateo y yo ya éramos novios; nos alojamos en la habitación compartida del hostel y nos añadieron a dos guiris más en la litera que sobraba, eran las normas del hostel. Nos llovió todo el viaje, yo me calé hasta las bragas, literalmente. Nunca me había mojado

tanto pese a llevar chubasquero, botas de agua y paraguas. Nos tuvimos que secar los calcetines con el secador de manos del aseo de la Torre de Londres.

Sergio se meaba de risa mientras le contaba detalles, como la anécdota de la ducha, en la que yo, al salir de ducharme, empecé a extenderme crema desnuda cuando entró un chico al baño y casi me da un infarto, porque no había caído en que, además de ser compartidos, eran mixtos. Por lo que, a partir del suceso, empezamos a ir escoltadas al aseo.

En cambio, la experiencia de Sergio había sido diferente. Él había estado allí con la excusa de hacer un curso de inglés intensivo de quince días, cuando aún era estudiante universitario. Pero, dado que eran todos españoles, resultó que no aprendió mucho inglés, pero sí a pedir cerveza.

Hombre, además de pedir una cerveza, también alguna fórmula para ligar aprenderías… Porque tú tienes pinta de haber ligado mucho, ¿verdad? —le sonsaqué.

—Soy tímido, aunque no lo parezca. He tardado en atreverme a besarte casi cuatro meses, tú dirás… —dijo tímido.

—Vaya, no sabía que llevabas las cuentas.

—Sí, nuestra primera cita en mi casa fue a finales de marzo. Admito que ese día te hubiera besado, pero era pronto aún. Ya no voy a perder más el tiempo, ahora te voy a dar el primer beso en suelo británico y espero que no sea el último.

Entonces me cogió por la cintura, me acercó a él, rozó su nariz con la mía y me besó. Fue aún más intenso esta vez, porque mi cuerpo se estremeció y deseé que no parara de besarme, pero como soy una oportuna me sonaron las tripas y nos dio la risa.

—Venga vamos a comer que hay que reponer energía, no sea que te tenga que llevar en brazos al hotel. — bromeó

Comimos una hamburguesa en *Shake Shack* que está en el mismo mercado de *Covent Garden* y de postre un helado en *Venchi*.

Recorrimos el mercado y decidimos volver hacia el hotel paseando esta vez por la ribera del río y así ver el Puente de Waterloo.

La verdad es que yo insistí en volver al hotel pronto con la excusa de estar cansada por el madrugón y el vuelo, pero es que quería darle mi regalo. El cumpleaños de Sergio era al día siguiente y yo tenía una sorpresa. Había comprado entradas para el musical del Rey León, ambos la habíamos visto hace tiempo en Madrid por separado y habíamos comentado lo mucho que nos había gustado. De hecho, al volver al hotel pasamos por el teatro donde la estaban representando y volvimos a comentar lo genial que era y que a ambos nos ponía la piel de gallina. Cuando llegamos al hotel, Sergio se desplomó en la cama.

—Creo que sin esforzarme mucho podría quedarme dormido. — admitió.

—Yo también, pero creo que te voy a desvelar un poco, voy a adelantarte mi regalo de cumpleaños. — dije coqueta.

—Creí que tu regalo era aceptar mi propuesta del viaje.

—Sí, ya sé que no hacen falta regalos y blablablá, pero quería que recordaras este viaje aún más. — sonreí y le di una cajita con dibujos de motivos londinenses y dentro las entradas impresas. Lo abrió curioso y sus bonitos ojos verdes brillaron más que nunca.

—¡Joder, qué pasada! — y a la vez me cogió en brazos — No me imaginaba esto, es la guinda del viaje y verlo junto a ti es maravilloso. Eres increíble — y me plantó un beso en los labios que me dejó sin aire.

—Para mañana era imposible por ser sábado, no creo que sean los mejores asientos por la poca antelación, pero por lo visto es un teatro enorme y se ve bien desde cualquier parte. Ahora voy a ducharme, que como puedes ver andamos justos de tiempo. Aprovecha y descansa un rato, me llevará un tiempo arreglarme. — le advertí.

—Ahora no creo que me pueda dormir por la excitación, pero me relajo mientras te duchas.

Salí de la ducha en albornoz y el pelo medio arreglado y me vestí en la habitación, mientras Sergio se afeitaba y duchaba en el interior del baño. Cuando él salió del aseo, yo estaba vestida, maquillándome en la mesa que improvisé como tocador. Estaba guapísimo con una camisa blanca y un vaquero oscuro. Yo llevaba puesto un vestido con escote asimétrico, con un hombro al aire, de un tejido azul noche tornasolado y con las únicas sandalias de tacón que había traído en mi equipaje.

—¡Guau, estás impresionante! ahora entiendo que pesara la maleta. — exclamó

Sergio nunca me había visto así tan arreglada, con look de noche, pues en nuestras quedadas solía usar ropa más casual o de deporte.

—Tú también estás muy guapo y qué bien hueles… — admití. — Por cierto, ¿cómo has hecho para planchar la camisa?

—Un truco. He metido la camisa perchada al baño y con el vapor se quitan las arrugas de la maleta... — confesó ante mi incredulidad.

—¡Qué buena idea! Termino de maquillarme y nos vamos. Hay prisa, llevo tacones y está a diez minutos a pie de distancia.

—No te preocupes, arréglate tranquila. Voy a bajar a recepción y pediré un taxi, para que llegues sana y salva al teatro y evitar que te lleves unas rozaduras de souvenir. Con la excusa, pongo en práctica mi inglés.

Llegamos al *Lyceum Theatre* quince minutos antes de la obra, en un taxi negro típico de Londres. El musical comenzó puntualmente a las siete y media. Ambos entrelazamos las manos, llenos de emoción, y una lagrimilla me resbaló nada más escuchar las primeras notas musicales de la canción del Ciclo de la Vida. No fue la única lágrima. Vivimos la obra con mucha emoción; es cierto que, al ser en inglés, no entendimos todo a la perfección, pero no hizo falta: la magia de la música nos envolvió. Fueron casi tres horas llenas de sentimiento.

Al salir, como no teníamos reserva para cenar, recorrimos la zona hasta encontrar una mesa libre en un italiano; como son mediterráneos como nosotros, siempre cierran más tarde. En Londres es imposible cenar después de las nueve.

Y al terminar de cenar, volvimos paseando al hotel, cogidos de la mano. Como ya refrescaba y había sido previsora, me puse la chaqueta vaquera y Sergio frotó mis brazos con sus grandes manos para producir calor. Estaba siendo una noche perfecta, miré el reloj y solo faltaba un minuto para las doce. Repasé cada segundo de ese minuto para ser la primera en felicitarle.

—Ya es catorce de julio, muchas felicidades… —sin apenas terminar de hablar, fui yo quien le besé. De nuevo me estremecí y un escalofrío recorrió mi espalda.

—Muchísimas gracias, está siendo uno de los mejores cumpleaños de mi vida. Ni en mis mejores sueños lo hubiera imaginado así. En serio, mil gracias. —Ahora fue él quien dejó la última palabra en mis labios.

Subimos al hotel muy acaramelados; Sergio me rodeaba con su brazo derecho. La verdad es que él es tan grande, o yo soy tan pequeña, que me hacía sentir protegida. Agotada de caminar con tacones por suelo británico, me quité las sandalias y me recosté vestida en la cama. Sergio, imitándome, se descalzó y se tumbó a mi lado.

—Voy a contarte las pecas —propuso.

—¿Qué? ¡Qué ideas tienes! —empecé a reír a carcajadas—. Estás loco, no sé quién es más Bridget, si tú o yo.

—Si son más de cien, paro —insistió mientras tocaba la punta de mi nariz y empezaba a contar.

Estaba tan cerca de mí, y era tan abrumador el contacto de su dedo en mi cara, su olor a perfume y la proximidad de su cuerpo, que estaba generando un efecto brutal en mí.

—Para, por favor. Me haces cosquillas, me pones nerviosa… —reí a carcajadas.

Me hizo caso, pero acto seguido nos miramos a los ojos y nos besamos en los labios. Después me besó el cuello mientras aspiraba el olor de mi perfume y posaba suavemente sus manos en mis caderas. Sus grandes manos empezaron a ascender; gemí y los besos pasaron a ser más apasionados. Rozó mis pechos por encima de la ropa y noté su erección. De nuevo paramos, nos miramos y me preguntó si estaba segura. Afirmé con la cabeza: no me salían las palabras, pero estaba deseándolo.

—Voy al baño, creo que tengo preservativos en el neceser. Espero que no estén caducados, hace mucho tiempo… —dijo mientras corría al aseo.

Aunque fueron tan solo unos segundos, me dio tiempo a meditarlo, pero seguía firme en mi decisión, así que continuamos, besándonos aún vestidos, rozándonos discretamente, y nuestra respiración se volvió cada vez más agitada. Estaba disfrutando los besos y las caricias, pero me volví impaciente y le desabroché la camisa. Me encantó tocar su pecho bien formado. Él me desvistió muy despacio, recreándose con cada prenda que me quitaba, con paciencia, sin prisas, como quien desenvuelve algo frágil.

Hicimos el amor suavemente, disfrutándolo y besándonos continuamente. Me preguntó en varias ocasiones si todo iba bien y terminamos a la vez. Con mi cuerpo sobre él, que pese a ser diminuta a su lado dominaba la situación. Al terminar, me tumbé a su lado; me tapé con las sábanas porque sentía vergüenza de estar desnuda por primera vez a su lado, pese a lo que acababa de pasar. Me besó en la frente y me envolvió con sus brazos.

—¿Estás bien? ¿Te arrepientes? —preguntó, preocupado al ver mi timidez.

—Me siento genial, pero soy vergonzosa, solo eso. Me ha gustado mucho; para mí también ha sido especial, un regalo más de cumpleaños… —le contesté mirándole a los ojos.

Después fuimos al baño por turnos; me puse el pijama de Barbie, que provocó su risa, y me acosté. Sergio no había sido tan previsor y se acostó en calzoncillos, lo cual era mejor para mí: así

podía alegrarme la vista y el tacto con su cuerpazo increíble. Dormimos toda la noche del tirón, abrazados, sin despegarnos. Nos despertamos entrelazados; eran las ocho y media. Nos desveló la vibración del móvil de Sergio, supongo que mensajes de felicitaciones. Entraba una luz preciosa entre las cortinas de la habitación.

—Buenos días, preciosa. ¿Has dormido bien? Yo genial, hacía mucho tiempo que no dormía así. Quiero decir acompañado, y es muy agradable.

Me vino al pelo que me dijera eso, porque su comentario la noche anterior —"espero que no estén caducados"— hacía eco en mi cabeza y, cuando se mete una duda en mi cabeza, no para hasta que no la resuelvo.

—Tengo una curiosidad; si quieres me lo cuentas, no quiero ser indiscreta, pero después de lo de anoche… —sembré la semilla de la duda para tantearlo.

—Venga, dispara, que tú no eres de morderte la lengua —dijo atrevido.

—Pues que… —me avergonzaba la pregunta, pero estaba deseando saber—. ¿Hace mucho tiempo que no estás con alguien, o sea, con alguien en la cama? —Sergio empezó a reírse—. No te rías, que me pones más nerviosa. Bueno, no me lo cuentes si no quieres, no soy nadie para pedirte explicaciones. Es por el comentario de los condones caducados…

—Me hace gracia que seas tan vergonzosa después de lo que pasó anoche, y no, no me importa contestarte. Me separé hace cuatro años y, en estos años, no he sido un monje, pero tampoco un Casanova. He salido con varias chicas, pero en la cama solo he estado con dos; soy muy selectivo —aclaró, mientras no paraba de sonreír pícaro.

—Y la última fue hace… —al final la iba a cagar con mi curiosidad.

—Anoche —se burló de mí; estaba claro que no me lo quería contar.

—Ya, qué gracioso. ¿Quieres decir que solo con dos, y yo soy una de esas dos? Venga ya, en estos años te he visto desfilar con varias chicas en las cenas que organiza Inés en su casa —hice un mohín para que se ablandara y confesara.

—Menos una de ellas, Ana, con la que salí casi dos años intermitentemente, solo eran amigas, buenas amigas —confirmó—. Veo que tú también estabas pendiente de mí y me tenías fichado.

—Ja, ja, ja. Bastante fichado. Lo de Ana me lo imaginaba, pero por el resto me dejas de piedra.

—Y, por supuesto, desde que empezamos a vernos en marzo, no he vuelto a quedar con Ana —me contó sin que yo le preguntara.

Sonó su móvil. Era su madre para felicitarle, por lo que le dejé intimidad y me fui al baño con mi ropa para irme preparando. Era un auténtico gustazo y un placer para mis ojos verle recorrer la habitación en calzoncillos mientras hablaba; yo aún reservaba mi intimidad. Después de atender la llamada y terminar de vestirnos, bajamos a desayunar al bufé del hotel, pues teníamos reservado un free tour para recorrer con guía lo más imprescindible de la ciudad.

El punto de salida del tour era *Covent Garden,* y nuestro guía, que se llamaba José, era de León, pero llevaba varios años viviendo en Londres. Paseamos por varios puntos, como *Trafalgar Square,* la *National Gallery* y el Palacio de *St. James*, hasta alcanzar el Palacio de Buckingham justo a la hora del cambio de guardia. Había mucha gente que madruga para coger buen sitio; nosotros lo vimos y escuchamos solo desde lejos, porque el grupo no se podía detener mucho tiempo.

El tour era muy ameno y nuestro guía un crack, que además de ser muy divertido sabía muchísimo de historia y de cultura londinense. Atravesamos St. James's Park para llegar al Big Ben, que estaba en obras, y al Palacio de Westminster, y finalizamos el tour en la abadía de Westminster, que, como no teníamos entradas, no pudimos visitar por dentro. Justo en la abadía, nos despedimos de

José, dándole una buena propina, y buscamos un lugar donde comer.

El paseo había sido muy romántico; permanecimos todo el camino de la mano, haciéndonos fotos juntos y, en alguna de ellas, besándonos. Cuando me propuso el viaje, no hubiera imaginado que sería así, sino como otras salidas o planes que hacíamos por Madrid. De qué manera había mutado nuestra amistad era un misterio, pero estaba siendo muy especial. Nunca en otras relaciones del pasado había sido primero amiga y después pareja, ni siquiera con mi exmarido. Y, pensándolo bien, tiene muchas ventajas. Era una relación cocinada a fuego lento, y esto, hoy en día, es complicado cuando queremos que suceda todo con inmediatez y deseamos las cosas para antes de ayer.

Almorzamos algo rápido en un pub, con un buen par de jarras de cerveza, brindando por nosotros y por futuros viajes. Sergio y yo compartíamos la afición por la cerveza y por probar distintos tipos.

Por la tarde decidimos ir a ver el puente y la Torre de Londres. Estaba bastante lejos del lugar donde habíamos comido, pero nos vino bien para hacer turismo por el famoso metro de Londres. Como no podía ser de otra forma, localizamos la casa de Bridget Jones para hacernos una foto y Sergio insistió en no volver muy tarde al hotel para arreglarnos e ir a cenar por su cumpleaños.

Durante todo el día estuvo atendiendo algunas llamadas y mensajes, algo normal por ser su cumpleaños; no me molestaban en absoluto. La mayoría eran conversaciones rápidas, en las que nunca se apartaba para hablar; seguía con su mano sujetando la mía y me resultó curioso que a todos les dijera que estaba en Londres con Berta de manera natural.

Era insólito para mí, porque hablaba con personas que yo no conocía y, por la forma que tenía de nombrarme, parecía como si ellos supieran quién era yo perfectamente. Es decir, que les había hablado de mí con anterioridad, ya fuera de nuestra amistad o de que sentía algo por mí. En cambio, yo aún no había hablado de Sergio a los míos en esos términos y pensé que al volver tendría que

empezar a hacerlo, porque él ya no se trataba de un amigo con el que iba al cine o a hacer senderismo.

Volvimos al hotel sobre las siete. Me tenía en ascuas, pues aún no sabía dónde íbamos a ir, aunque durante todo el día había intentado sonsacárselo sin mucho éxito.

—Dime dónde vamos, porque a lo mejor no he traído ropa para estar a la altura, o no me gusta la comida que ponen, o tengo alergia —supliqué—. Venga, una pista; no sé por qué eres tan misterioso.

—Eres una rollista. Con lo que te pongas, estarás perfecta. No tienes alergia a nada. Te he visto comer y eres una lima. ¿A qué te gusta todo menos las acelgas?

—Qué rabia que me conozcas tan bien… —mostré mi falso enfado.

—Venga, entra en la ducha ya, así antes lo sabrás. ¿O prefieres que te quite yo la ropa y te meta de cabeza? Bueno, eso mejor no, porque igual llegamos tarde a cenar —bromeó, reprimiendo su deseo.

—Me voy, me voy… Oye, te veo muy suelto… Claro, como llevabas tanto de secano, ahora estás desatado… Perdón, no te quiero vacilar. No te enfades, ya sabes cómo soy —le dije, vacilándole.

—Si lo sé, no te cuento nada… o me invento que cada semana estaba con una. Pero ese no hubiera sido yo, y no me enfado porque sé que es tu sentido del humor. Me voy a cabrear si no te arreglas ya y llegamos tarde.

Como la tarde anterior, después de ducharme, aproveché para arreglarme en la habitación mientras él estaba en la ducha. Sin embargo, él salió del aseo en calzoncillos antes de lo previsto, porque no había metido su ropa dentro, y me pilló aún en ropa interior, maquillándome para no manchar el vestido. Ambos nos miramos de arriba abajo, con ojos de deseo pero también con

contención. Hubiera renunciado a la cena, dondequiera que fuera, por darme un buen revolcón con Sergio.

Esa noche me puse un vestido de encaje de guipur blanco roto, con manga francesa, y las sandalias altas del día anterior. Sergio, de nuevo, estaba guapísimo, con unos vaqueros y una camisa azul. En recepción nos esperaba de nuevo un taxi para llevarnos a cenar. En el trayecto me fue imposible sonsacarle nada. Con mi mala orientación y con que allí se conduce por la izquierda, no sabía ni por dónde iba el taxi. No tardamos mucho y reconocí *Piccadilly Circus* antes de parar. El taxi se detuvo en la puerta de un famoso restaurante de un chef español.

—¡Qué fuerte! —exclamé a voz en grito mientras Sergio pagaba el taxi—. ¿Cómo has conseguido reserva? La lista de espera es de meses y, además, es sábado.

—Uno que tiene sus contactos. ¿Te acuerdas de que hablamos de ir algún día a su restaurante de Madrid? Sabía que te haría ilusión. Espero que te haya gustado mi sorpresa —dijo, bajando del taxi y ayudándome después a bajar a mí, que no despegaba los ojos del letrero del restaurante.

—Gracias; es tu cumpleaños y encima me sorprendes tú a mí. Eres, eres… la hostia —admití con mi mala lengua, fruto de mi incredulidad.

Cenamos de lujo, como no podría ser de otra forma, y rematamos con un cóctel que, unido al vino de la cena, se me subió a la cabeza e hizo que me entrara la risa floja. Sergio se contagió de ella.

Volvimos al hotel en taxi y la pasión se empezó a desatar en el ascensor. Nos comíamos a besos; éramos un enredo de brazos y manos. Por un momento creí que no íbamos a poder parar y que íbamos a hacerlo allí mismo. Al llegar a nuestra planta, no acertábamos a abrir la puerta y, cuando lo conseguimos, lancé mis sandalias por los aires entre risas. Nos desvestimos entre los dos y mi vergüenza de estar desnuda delante de él se quedó en el cóctel. Sergio, de nuevo, corrió a su neceser y volvió agitado, gritando que

era el último, y nos tumbamos en la cama. Fue espectacular, con menos vergüenza y más pasión e intensidad que la primera vez; al terminar seguimos comiéndonos a besos.

—No fuiste muy previsor al solo traer dos condones, ¿no? —advertí.

—Es la demostración de que no pensé que esto iba a pasar. Ni en mis sueños más húmedos —rio—. No sé cuánto tiempo llevarán allí.

—Estoy deseando verte comprarlos en inglés —dije partiéndome de risa.

—Eso quiere decir que quieres repetir, pillina. No te preocupes, yo me encargo: lo escribo en el traductor de Google y le doy al *play* en la farmacia —resolvió.

—Mejor ser previsores; ninguno de los dos pensó que esto pasaría y ya van dos veces. —Claro que quería repetir. Cada día.

Nos dormimos acurrucados y al día siguiente se nos pegaron un poco las sábanas, pero hicimos un esfuerzo por salir de la cama; el día estaba precioso y teníamos que aprovechar para los últimos planes.

Pasamos la mañana en Camden, el barrio más punk y alternativo de Londres, el cual tiene un famoso mercadillo con todo tipo de puestos de ropa, objetos curiosos y comida. Nos rezagamos en algunas tiendas buscando algún recuerdo del viaje para los peques. Como era domingo y hacía buen tiempo, estaba abarrotado e incluso había música en directo en la calle. Como dos buenos cerveceros, nos tomamos las "cañas", pero al estilo British.

Por la tarde, nos pasamos más de media hora en el metro para ir a Hyde Park. La otra vez que visité Londres estaba embarrado y lleno de charcos. Con diferencia, ahora me pareció brutal. El sol brillaba, estaba abarrotado de gente paseando y funcionaba el sistema de barcas como en el Retiro. Aunque alquilaban tumbonas, nosotros preferimos tumbarnos directamente en el césped a descansar y, cómo no, a besuquearnos como quinceañeros.

—Aquí son muy fríos, igual no les gusta que demos el espectáculo —comenté, cortada.

—Por tu color de pelo, podrías pasar por escocesa. Si te dicen algo, contesta en inglés y listo —apuntó Sergio.

—Por cierto, al bajar del metro en *Knightsbridge* he visto una farmacia —susurré, tímida.

—¿No eres una mujer empoderada y feminista? ¿Por qué no has entrado a comprarlos tú? —me cuestionó, y tenía toda la razón.

—No tengo ningún problema en comprarlos, pero dijiste que lo ibas a hacer tú, haciendo gala de tus dotes de inglés. Bueno, tú verás; si quieres, no los compramos… —amenacé.

—Suena a desafío. Yo puedo pasar mucho tiempo sin tener sexo, ya te lo he demostrado.

—Y lo divertida que será esta anécdota del viaje y, además, tener unos preservativos de importación. Venga, los compramos juntos, tonto. Solo quería ponerte a prueba —zanjé el tema, revolviéndome ligeramente, algo escandalosa, sobre él.

No dudamos en comprarlos y aprovechamos para coger el metro, ya que queríamos subir al *London Eye* antes del atardecer para ver las vistas de la ciudad. Es la noria más alta de Europa. Son como unas cápsulas cerradas y, aunque se sube en grupo, nos pareció estar solos. Apoyamos nuestras mochilas en el suelo y Sergio me abrazó por detrás, metiendo su nariz entre mi pelo, aspirando mi perfume y besándome el cuello.

—No voy a olvidar este momento nunca —me susurró al oído.

—Sí, las vistas son preciosas, y con la luz del atardecer aún más.

—Me refiero a estar así contigo, besándote, tocándote y sintiendo tu cuerpo a no sé cuántos metros de altura —añadió en voz baja. Sergio se acercó más a mí, me apretó contra él y yo pensé que menos mal que habíamos parado en la farmacia.

Al bajar del *London Eye*, improvisamos coger un barco que recorre el Támesis y, como ya estaba entrando la noche, resultó muy bonito pasar bajo los puentes iluminados. De vuelta al hotel,

estábamos derrotados, así que subimos unas ensaladas a la habitación.

Tras cenar y ducharnos, nos acurrucamos a ver la tele en la cama; nos dormimos agotados. Podría extrañar que no hubiese sexo. Pero, a veces, dormir así, entrelazada con la persona que deseas y despertar junto a él puede ser muy placentero. Si además tu pareja tiene un buen despertar… mucho mejor, y puedo asegurar que Sergio tuvo un amanecer glorioso.

Capítulo 15

Bye bye London

Como nuestro vuelo salía por la tarde, dejamos las maletas en el hotel para ir a dar el último paseo. Fuimos a Notting Hill; Sergio perjuraba que esa película sí la había visto. Paseamos y fuimos fotografiando las bonitas casas del barrio hasta llegar a Portobello Road que, como era lunes, no estaba su famoso mercadillo en todo su esplendor, que es abrumador los sábados. No obstante, muchas de sus tiendas, así como los puestos de flores, estaban abiertos. Aprovechamos para hacer algunas compras, entre ellas mi preciado té.

—Compra dos cajas de té, una para tu casa y otra para la mía —insistió Sergio.

—Si tú no tomas té y gastas más cápsulas de café que *George Clooney* —contesté sorprendida.

—Es para cuando desayunes en mi casa. Igual soy muy atrevido, pero confío en que pases más noches allí conmigo y que no duermas más en la cama de mi hija.

—Como pase más tiempo allí, vas a tener que cumplir mi fantasía —puse los ojos como platos y le aclaré—. Es una fantasía que tengo desde que fui la primera noche a cenar.

—Me dejas loco. Rezo porque sea dormir en mi cama.

—Bueno, eso también, pero no era lo que deseé el primer día —admití—. No voy a dar más rodeos; te lo aclaro, que si no, entras en parada cardiaca y ya tienes más de cuarenta años. Sueño con redecorar tu casa, añadirle algún toque "Berta". Así que si me dejas, me pasaré por Ikea y haré uno de mis sueños realidad. Lo de dormir en tu cama lo doy por hecho.

Sergio comenzó a reírse a carcajadas y, como siempre, me contagió, porque Sergio ríe con todo el cuerpo, sobre todo con los ojos, que le brillan a rabiar; su boca carnosa, que deja ver sus bonitos dientes y, cuando lo hace, se le marcan algunas arrugas de expresión que le hacen aún más interesante. Sergio ríe incluso con las manos, porque cuando ya no puede más, se las lleva a la cara.

Después de comer volvimos al hotel a recoger las maletas, ya que habíamos quedado con el transfer para ir al aeropuerto. En el camino íbamos callados, con las manos entrelazadas, dejando atrás la ciudad que había marcado el inicio de nuestra relación, porque ahora sí éramos algo más que amigos. Ya en el aeropuerto, mientras esperábamos a embarcar, seguíamos taciturnos, nostálgicos, mirándonos, pero cruzándonos escasas palabras, y eso es raro porque ambos somos muy charlatanes.

Embarcamos a nuestra hora y, cuando estábamos acomodados en nuestro asiento, yo ya esperaba nuestra tradición de la buena suerte para volar: manos agarradas y súper beso. En ese momento, Sergio me interrumpió y, de su mochila de mano, donde llevaba la cámara y la tablet, sacó un paquetito de regalo.

—Espero que te guste. Es solo un detalle, pero me encantan las sorpresas y regalar.

—Oh, gracias, no sé qué decir. Hemos venido a celebrar tu cumpleaños y me regalas tú a mí —abrí la cajita y era una pulsera de plata de la que colgaba un elegante *charm* con forma de moneda. En una cara ponía London y en la otra un skyline simulando la ciudad—. Gracias de nuevo, es un recuerdo precioso. No sé cómo has hecho para comprarlo sin enterarme.

—Fue en *Camden*. Lo hice rápido, lo vi y sentí que era perfecto para tu muñeca. Me he dado cuenta de que, salvo el té, no has comprado nada para ti —tomó mi mano, me puso la pulsera y continuó—. Vamos a despegar, dame la mano; ya sabes, da buena suerte.

—Bésame, que da aún mejor suerte —le exigí, y nos besamos apasionadamente. De manera que el señor que se sentaba en

nuestra fila, en el asiento del pasillo, que además era un poco mirón, carraspeó para que parásemos. No nos importó; en cambio, nos provocó la risa.

—Eres una desvergonzada, has venido a suelo británico y no haces más que escandalizar a la población en lugares públicos —me censuró Sergio sin parar de besarme.

Tras el despegue, y aunque un poco más habladores, seguíamos tristones. En mi caso, se debía a un bajón de ánimo después del subidón que me había dado el viaje juntos. Había sido un chute de energía positiva; me sentía de nuevo querida, deseada, con una nueva ilusión, pero también con una enorme incertidumbre sobre qué pasaría ahora al volver a nuestra vida y a nuestra rutina diaria. Esto había sido como un oasis, un paréntesis de cuatro días en nuestra vida que ahora seguía donde la habíamos dejado antes. Pero ¿qué le pasaría a él? Necesitaba preguntárselo.

—Sergio, ¿qué te pasa? Estás muy callado y pensativo. Sé que es la típica pregunta que hacemos las chicas, pero ¿en qué piensas?

—En muchas cosas. En que no te voy a ver en quince días, en que ahora vuelves a tu vida, en que hoy te vas a reencontrar con Mateo —confesó con amargura. Me gustaba que fuese tan reflexivo.

—Todo eso es cierto. Mateo estará en casa esperándome con los niños y se irá a casa de sus padres. Comienzan las vacaciones con mis hijos y estoy deseando estar con ellos. Pero por Mateo no te preocupes; ya tenía claro antes del viaje que no quería volver con él. Ahora ya no hay ninguna duda. Cuéntame cuáles son tus planes, seguro que algo podemos encajar —le rogué para tranquilizarlo.

—Me voy a Córdoba quince días también con mis hijos. Hace más de un mes que no veo a mi familia y, aunque estoy deseando verlos y estar con los niños, te voy a echar de menos muchísimo. Quiero continuar esto en el mismo punto en que lo dejemos hoy.

—Por supuesto. ¿Sabes que estamos en el siglo XXI y que existen los móviles? Podemos hablar a diario. Incluso hay una cosa que se llama videollamada. ¿Qué te parece? —me burlé.

—Muy graciosa. Hablando de móviles y tecnología, ¿me das permiso para enseñarles a mi familia las fotos del viaje? Aunque les he hablado de ti, tengo dos hermanas y ya sabes cómo sois las mujeres, necesitarán verte en fotos.

—Y… ¿qué les has contado de mí? —le dije sorprendida, a la par que asustada.

—Pues la verdad, que estaba conociendo a alguien especial. Que me gustas mucho y que me iba de viaje contigo. Todo bueno —me tranquilizó—. Por cierto, ¿te importa que publique alguna foto del viaje en redes?

—Bueno, es que lo de las redes… ¿no te importa que no salga yo en las fotos que subas? —su cara se entristeció y traté de aclararlo, pero no sonaba del todo bien mi explicación—. Es que mi gente no está tan al corriente de lo nuestro y me gustaría contárselo yo antes, a mi manera, y no que vean por casualidad una foto en Facebook o Instagram. Pero a tu familia puedes enseñarle las fotos que quieras, por supuesto; es ley de hermanas dar el visto bueno a los ligues de tu hermano, yo al menos así lo hacía.

Sergio estaba muy serio mientras yo hablaba. Deduje que mi contestación rotunda a no publicar fotos conmigo no le había gustado, por lo que me contestó algo seco:

—No eres un simple ligue para mí, del que vacilar. A lo mejor sí que yo soy eso para ti y por eso me escondes.

Menuda cagada, Berta, a ver cómo arreglas este primer enfado. Eres psicóloga.

—Veo que te has enfadado. No quería decir eso, solo que soy cuidadosa con las redes sociales. A veces se pueden malinterpretar cosas; me gusta más el cara a cara. Claro que voy a hablarles de ti. No te enfades, por favor, no quiero que este maravilloso viaje lo terminemos así. Yo también estoy triste de que se acabe y de separarnos. Perdona por ser tan tajante con lo de las redes. Voy a poner los ojitos de gato de Shrek a ver si surte efecto…

—Lo entiendo. Es que yo, cuando estoy con alguien, lo doy todo. Estoy feliz de estar juntos y por eso quería compartirlo, porque, en realidad, ya lo saben los que más me importan. Estos meses lo han notado, han notado cómo crecía lo nuestro. Por favor, no me pidas perdón; yo tampoco quiero que la despedida se amargue.

Dicho esto, me quité el cinturón y me eché en sus brazos. Empecé a comérmelo a besos y a hacerle cosquillas con mis rizos. Miramos de reojo al señor del asiento contiguo y de nuevo nos dio la risa.

—Para, vas a escandalizar al pasaje. Hasta la azafata viene para acá a regañarnos… Cómo te voy a echar de menos, loquita.

Nos recostamos acaramelados y de nuevo le ofrecí mis auriculares para escuchar música juntos el resto del viaje. Llegamos a Madrid a las diez de la noche; parecíamos dos almas en pena, recorriendo la terminal, arrastrando las maletas, dejando atrás el viaje, pero llevándonos recuerdos preciosos con nosotros.

En el coche se instauró un silencio denso, que no dejaba respirar. Ambos soltamos más de un suspiro. Sergio condujo concentrado, a pesar de que conocía el camino de memoria. No encendimos la radio. Yo no podía más con ese odioso vacío.

—Sergio, ¿qué pasa? ¿Qué nos pasa?

—Nada, nada. Lo que te he dicho antes: me duele separarme, me mata dejarte ahora con Mateo, solo es eso —dijo tajante.

—De Mateo no te preocupes, en serio. No creerás que voy a alternaros, y espero que tú no seas de esos tampoco. Ahora te vas a tu tierra y ojos que no ven… Y además soy muy escrupulosa. Vergonzosa y escrupulosa —sentencié.

—Lo que somos es tontos, pero muy tontos. Estamos perdiendo el tiempo que nos queda juntos debatiendo dudas imbéciles. Ya estamos llegando, así que voy a parar a dos calles de tu casa para llenarme de tus besos y abrazos para quince días. Después te dejo en la puerta y me voy; prefiero no cruzarme con Mateo, puede ser una situación un poco violenta —me encantó su cambio de actitud.

—¡Cómo mola! Vamos a enrollarnos en el coche. Me haces sentir más joven —me carcajeé.

Sergio recuperó su risa, esa que me vuelve loca, y también la serenidad en la cara. Y sí, nos enrollamos en el coche. Fueron mil besos intensos, abrazos y caricias tan íntimas que tuvimos que parar para no hacerlo allí mismo. Tal como me advirtió, me ayudó a bajar la maleta y, cuando me vio entrar en casa, se alejó con el coche para no encontrarse con Mateo.

En casa me esperaban Mateo y los niños. Mi ex y yo nos dimos un par de besos en la mejilla y enseguida corrí a abrazar a mis hijos y saqué los regalos de la maleta.

—Esta noche dormimos juntos los tres, que empiezan las mami-vacaciones —así dejaba claro que no había espacio para que Mateo se quedara a dormir—. ¿Mañana madrugas o tienes libre aún? —le pregunté.

—Mañana ya trabajo y es tarde. Me voy. Espero que lo hayas pasado bien en Londres. ¿Cuándo os vais a la playa? —preguntó escueto.

—En un par de días, lo que tarde en preparar maletas. Mis padres ya están en Denia esperándonos —contesté breve.

—Pues mañana me paso a despedirme. Cuando os vayáis, me traslado a casa, si no te importa —propuso.

—Sí, genial. Aquí estarás mejor, con la piscina y el jardín, y así la casa no está vacía —tenía muchas ganas de que se fuese y no me hiciese más preguntas.

Mateo se fue y yo me metí en la cama con mis hijos. Cuando estaban dormidos, vibró el móvil. Era Sergio.

Sergio

Te echo de menos en la cama. Qué rápido se acostumbra uno a dormir acompañado.

Berta

Sí, por eso no estoy sola. He invitado a los dos ratones a dormir conmigo.

🗨️ Sergio
Uf, menos mal que lo has aclarado.

🗨️ Berta
Qué tonto eres. Así le ha quedado claro a Mateo que no tenía hueco.

🗨️ Sergio
Confío en ti. He estado en tu lugar y también en el de él. Mi ex enseguida conoció a otra persona.

🗨️ Berta
¿Cuándo te vas a Córdoba?

🗨️ Sergio
Mañana recojo a los niños y nos vamos directos. El día 1 tengo que estar incorporado en el trabajo. Estarás deseando pisar la playa.

🗨️ Berta
Como lo sabes, aunque ya te echo de menos. Llámame o escríbeme, y mañana ten cuidado con el coche.

🗨️ Sergio
Llámame tú también. Yo lo haría cada día, cada momento, pero no quiero ser pesado. Ahora duerme, que estarás agotada; no hemos parado.

🗨️ Berta
Sí, ha sido intenso, en todos los sentidos. Un mini-viaje bien aprovechado. Estoy deseando planear otro juntos. Ahora, a descansar.

🗨️ Sergio
Muy intenso. Yo también quiero repetir.

🗨️ Berta
En tu cama la próxima vez 😘

🗨️ Sergio
Donde tú quieras. Sueña bonito 😘😘

Capítulo 16

Separados

Al día siguiente volvió Mateo a despedirse de los niños y, como era evidente, a indagar sobre mi viaje, del que no me apetecía hablar precisamente con él. Sabía que se había quedado con las ganas. Aprovechó que los niños salían a jugar al patio para sacar el tema y, cuando quiere, puede ser muy irónico e hiriente.

—¿Qué tal por Londres? ¿Lo has pasado bien con tu amigo? —ironizó, cargando la palabra con un tono impertinente.

—Muy bien, la verdad. —Primera bala esquivada.

—De puta madre, entonces. No sabía que Sergio era gay, no tiene pinta de serlo —intentó herirme sin éxito.

—¿Y qué pinta tienen los gais? ¿Y los homófobos? ¿Me lo explicas? —Nunca me he caracterizado por callarme, y menos ante injusticias o faltas de respeto.

—Berta, no te pongas a la defensiva… Es solo un amigo, ¿no? —siguió intentando desquiciarme.

—No, no es solo un amigo. O sea, sí, es muy buen amigo, buena persona y, desde ahora, más que un amigo para mí. Espero que con esta conversación te queden claras tus dudas, porque aquí se zanja el tema.

—Me alegro de que estés bien acompañada. Así también puedo decirte que yo me he reencontrado con alguien estas vacaciones —insistió, intentando ponerme celosa sin éxito.

—No necesitaba saberlo, pero me alegro. Así queda más claro que lo nuestro no tiene cabida como pareja. Lo único que te pido es discreción con los niños y que, si es posible, no duerma aquí. Ese fue nuestro trato. No lo olvides.

—De acuerdo. Espero que Sergio tampoco se acueste en mi cama entonces. —Bufé mientras me daba la espalda.

—Bueno, me despido. Pasadlo bien, tened cuidado con el coche. Por favor, llámame cuando lleguéis.

—Mateo —lo frené—. No quiero que terminemos así. No lo merecemos. Ahora estamos irritados y nuestras palabras son como puñales afilados. ¿Por qué no hablamos más calmados a la vuelta?

—Sí, mejor —recapacitó y bajó el tono—. Voy a despedirme de los niños. Cuídate.

Se acercó y me dio un único beso en la mejilla.

Al día siguiente estuve revuelta. La conversación con Mateo había sido tan ácida que me había dejado un mal sabor de boca para iniciar las vacaciones. Menos mal que estar con mis hijos lo compensaba todo. Me di cuenta de que había elegido un buen padre, pero no un buen marido.

Otra cosa que me daba la vida era preparar las maletas con ropa de verano. Aunque preparar tres maletas es un auténtico estrés, qué gusto da meter prendas ligeras, colores vivos, lino, sandalias… Me encantaría vivir en un sitio donde pudiera usar ese tipo de ropa todo el año y solo necesitar una chaqueta —o una "rebeca", como diría mi abuela— cuando refresca un poco.

Pensé mucho en Sergio, deseando que me llamara para decirme que había llegado bien y así alegrarme el día con su voz. De momento, me conformaba con recordar sus besos y caricias; cómo lo añoraba. El día anterior pensé que había exagerado cuando habló de echarnos de menos. "Son menos de quince días", le dije. Pero tenía toda la razón.

A las nueve de la noche ya teníamos las maletas hechas. Estaba preparando algo de cena cuando Sergio me llamó.

—Hola, Bridget… ¿Qué tal estás? —Me encantaba que siguiera llamándome así de vez en cuando—. He llegado hace unas horas, pero ya sabes: organizar maletas, saludar a la familia… Hasta ahora

no he tenido un rato de intimidad para llamarte. Por cierto, los niños te mandan recuerdos. Les han encantado los regalos.

—Hola —respondí con cariño—. Cómo echaba de menos tu voz. Qué ganas tenía de hablar contigo.

—¿En serio? ¿No me lo dirás solo para regalarme los oídos?

—Ya te he dicho mil veces que la sinceridad es mi fuerte. No quiero preocuparte, pero hoy he tenido una conversación molesta con Mateo cuando vino a despedirse. Le encanta esparcir mierda y luego dejarme hecha polvo. Cuando se pone así, es mejor pasar de él. —Le conté por encima la conversación, sin entrar en detalles para no angustiarlo.

—En fin… Si se siente mejor pensando que soy gay, allá él. No voy a entrar en una guerra absurda ni a medírmela con nadie. Mateo me caía bien, sentía empatía por él. Ojalá recapacite y no te haga daño. Y por supuesto, que no intente entrometerse ni dificultar lo nuestro —me calmó.

—Qué bien hablas. Aunque tu acento está más marcado —me reí.

—Me pasa en cuanto estoy un rato en casa con mi familia. Por cierto, mis hermanas, después de darme un beso, lo primero que han hecho ha sido preguntar por ti. Cómo eres y si tenía alguna foto. Espero que no te moleste. Dicen que eres guapísima, que pareces una muñeca. Mi hija también se ha unido para dar fe.

—Ay, mi niña… No me molesta, pero diles que soy una muñeca diabólica, que no se fíen —bromeé.

—Diabla… De nuestros encuentros entre las sábanas no les he dado detalles, no te preocupes —se echó a reír, y yo con él. Podía casi sentir su risa; hubiera dado lo que fuera por un achuchón suyo.

—Tengo que dejarte. Vamos a cenar y mañana salimos temprano; los niños viajan mejor así. Quiero llegar pronto para comer con mis padres. Mañana te llamo, cielo.

Ups. Se me escapó. No suelo usar apelativos cariñosos tipo "gordi", "cari" o "mi amor". Pero estaba pensando que era un cielo, y

el subconsciente me traicionó. Sergio no dijo nada.

—Pienso constantemente en ti, en los besos que voy a darte a la vuelta, en los planes que tenemos pendientes… No me olvides.

—Me has quitado las palabras. Y cuidado, que las cordobesas son más guapas que las madrileñas con pinta de escocesas. Te mando un beso virtual. Te dejo, vamos a cenar.

—Eres mi pecosa favorita. Mil besos, preciosa.

Las vacaciones con mis padres y los niños transcurrieron tranquilas, de la playa a la piscina. Mi hermano se pasó unos días a visitarnos con su mujer y sus hijos. Ya que estábamos todos juntos, aproveché para hablarles de Sergio.

Mientras los niños correteaban por el patio, los mayores poníamos la mesa y mi padre encendía la barbacoa. No sabía cómo sacar el tema, pero era buen momento, ya que estaba Manuel, mi hermano, mi gran escudero. Solo nos llevamos dos años y estamos muy unidos. Mi hermano me apoyó mucho cuando me separé de Mateo, pese a ser su amigo.

—Bueno, quería deciros algo. No sé cómo, aunque seguro ya os lo imagináis. Estoy saliendo con alguien, se llama Sergio —solté sin pensar mucho las palabras.

—¡Vaya novedad! ¿Es el chico con el que has ido a Londres, no? —dijo mi hermano, muy resuelto—. Andáis todo el día juntos como Zipi y Zape, de rutas y cañas.

—Sí, pero Zipi y Zape eran hermanos, como tú y yo. Lo que quiero decir es que Sergio y yo somos amigos especiales, bueno, más que amigos —aclaré.

—Hija, ¿no crees que es un poco pronto? ¿Tienes claro que lo de Mateo es definitivo? ¿Que no vais a volver? Porque se os ve tan bien… —intervino mi madre, conciliadora. Mi madre adoraba a Mateo.

—Mamá, Mateo y yo hemos cerrado una etapa. Creo que él está conociendo a otra persona y yo me siento muy bien con Sergio. Me cuida, me hace sentir cómoda, tenemos el mismo sentido del humor

y la misma manera de afrontar la vida. Es lo que necesito. Si es pronto o tarde, eso ya se verá. No he dicho que me vaya a vivir con él, solo que nos estamos conociendo.

Mi padre no dijo nada. Es de pocas palabras; solo se giró y me miró condescendiente. Mi hermano, como era de esperar, me apoyó. Me dio la razón y me dijo que estaba contento de verme feliz, que Sergio me estaba haciendo mucho bien y que hiciéramos una quedada informal para conocerse. Tras oír a mi hermano, mi madre y mi cuñada querían ver fotos de él, pero mi padre siguió sin decir nada. Saqué el móvil y les mostré unas fotos de Londres, en las que posábamos juntos.

—Uy, está muy bien, ¿no? —bromeó mi cuñada—. No te fijas en uno feo, ¿eh? ¿Cuántos años tiene?

—Acaba de cumplir cuarenta y uno. Fuimos a Londres por su cumpleaños. Es divorciado y tiene dos hijos de once y ocho años —expliqué.

—Pues parece más joven. ¡Y tiene dos hijos de once y ocho! Y tú otros dos niños. Madre mía, qué líos… —mi madre estaba un poco exaltada. Yo fruncí el ceño por los comentarios, y por fin mi padre intervino y zanjó el tema.

—Venga, dejad los cotilleos. Yo lo que quiero, hija, es que te trate bien y, como has dicho, de momento sois amigos especiales. Aún tenéis que conoceros. No tengas prisa y no te olvides ni de tus hijos ni de tu carrera —puntualizó.

Fin de la conversación. El patriarca ha emitido su sentencia. Cómo le encanta dejar todo en suspense y luego soltar su frasecita para dejarnos mudos. Casi lo agradecí, porque no me sentía muy cómoda con el tema.

Sergio y yo hablábamos todas las noches y nos poníamos al día. Durante el día nos mensajeábamos y nos mandábamos fotos. No solo eran conversaciones sobre lo que hacíamos; también eran tiernas, de lo que nos añorábamos y, como no somos unos monjes, también algo picantes. En una conversación me dijo que, a la vuelta, me iba a hacer un traje de saliva, y es que Sergio tiene hasta gracia

diciendo estas cosas. No me resultó grosero porque su tono es dulce y divertido a la vez. Incluso me lo imaginé besándome entera, y algo palpitó dentro mis braguitas de Hello Kitty.

Cuando faltaban tres días para volver a Madrid y vernos, empecé a recoger —porque hay que ver cómo los niños esparcen todas sus cosas, e ir encontrándolas es casi un *escape room*—. En ese momento de estrés, Sergio me mandó un WhatsApp con un enlace de YouTube; era un videoclip.

Sergio

Ábrelo, escúchalo. La puso Alejandra en el coche y me acordé de ti.

Rápido reconocí la voz de Pablo Alborán. Ya había escuchado la canción antes, pero no me había detenido en su letra: «¿De qué está hecho tu corazón? Dime que no está vacío, que yo tengo el mío lleno de ilusiones contigo». En el estribillo decía: «Te busco en cada amanecer y en el último rayo de luz; desarmo mi cuerpo otra vez, me invento un nuevo tabú". "Boom. Este hombre me vuelve loca", pensé y respondí rápido al mensaje.

Berta

Me encanta. Tú sí que me desarmas.

Sergio

Tranquila, se me dan bien los Lego.

Berta

Tienes respuesta para todo. Y cómo te gusta hacer *playlists*.

Sergio

Es que yo pienso que el amor tiene banda sonora.

Dejó de escribir y me llamó.

—Hola, te estaba contestando…—dije.—Es que lo que te voy a decir no te lo puedo decir por escrito —pausó. Cogió aire y lo soltó —. Te quiero, Berta.

No soy de las personas a las que les da miedo decir "te quiero" si lo sienten. De hecho, quiero a mucha gente y se lo digo a menudo: a mis hijos cada día, a mis padres, a mi hermano, a mi cuñada y a mis sobrinos, a mis amigas —a las que adoro— e incluso

a Mateo, aunque ya de otra manera. Así que una frase tan bonita, cargada de un sentimiento tan puro, merecía una respuesta.

—Yo también te quiero, Sergio —lo dije bien alto, sin dudar.

—¡Bien! —exclamó. Estoy segura de que estaba saltando, sonriendo y feliz—. Recuerda, solo tres días para vernos.

Los últimos días de las vacaciones fueron geniales. Coincidieron con el inicio de las vacaciones de Elisa, y como ella también veranea en Denia, pudimos estar juntas y ponernos al día. Quedamos en la playa, todos juntos, como en un sketch de Los Morancos en vacaciones. Toda la familia de Elisa y mi familia al completo. Aunque eran días muy divertidos, se agradecía que fuesen pocos porque era agotador.

Mi padre se agobiaba con tanto *urraqueo*, como él lo llama. Nos sentábamos tanto chicas como chicos en primera línea de playa, con las sillas, a hablar como cotorras. Mi hermano, el peor.

Desde jovencitos jugábamos a un juego: uno de nosotros enunciaba esta frase: "El primero/a que pase con bañador de color tal será tu novio/a". El enunciado lo dice todo. Pondré un ejemplo: "Manuel, la primera que pase con bañador verde será tu novia". Como es obvio, puedes tener suerte o no. Es muy chorra, lo sé, pero lo inventamos mi hermano y yo en plena pubertad. Qué esperáis. Ese día me tocó como "novio" un señor con bañador slip de competición, color azul, algo pasado de moda, que pasaba de los setenta y muchos, y provocó, como era de esperar, la risa en todo el grupo de urracas.

—Seguro que a "tu" Sergio le quedaría mejor este tipo de bañador, ja, ja, ja —rio mi cuñada, poniendo énfasis en el "tu".

—Creo que me estoy perdiendo algo —dijo Elisa—. *Family*, quedaos con los niños mientras Berta y yo nos ponemos al día. Vamos a dar un paseo por la orilla para ponernos morenas. No os asustéis si tardamos; igual llegamos hasta Jávea y volvemos.

—Berta como mucho se pondrá roja como guiri. ¿Y tú, Elisa? ¿Andar? No me hagas reír. Te veo más bien con un botellín en mano

en el siguiente chiringuito —bromeó mi hermano.

Realmente nos fuimos a pasear. Yo con mi pamela para no quemarme y poblar aún más mi cara de pecas, y Elisa con una riñonera iridiscente hortera con el móvil y dinero para tomarnos unas cervezas.

Aprovechó para sonsacarme todo. Al llegar de Londres había sido todo tan rápido que apenas le pude dar detalles. Le conté las situaciones más románticas del viaje y que nos habíamos liado. Le expliqué la tensa discusión con Mateo y que él también estaba conociendo a alguien. Admití que Sergio y yo estábamos en plan moñas, con el "cuelga tú, no tú", y que ya nos habíamos dicho "te quiero".

—Joder, Berta. Me sorprende que hayas puesto el turbo. Habéis pasado de amigos a estar *on fire.* Y ¿qué tal folla? Porque tiene pinta de empotrador —soltó sin vergüenza ni remordimiento. Elisa siempre hace preguntas así. A mí me da un poco de corte hablar de esos temas, pero a ella es a la única a la que le permito que me los pregunte. Luego yo le doy la información que me parece.

—Bastante bien —admití—. Pero ponte en nuestro lugar. Yo solo me he acostado con Mateo desde los veintiún años, y él solo con otra chica en estos cuatro años separado. Así que fue genial. Muy bonito, dulce, pero aún un poco tímidos. Pero todo va tomando forma. ¡Ay, qué corte! No te quiero contar más. Que me gusta mucho y punto.

—O sea, que tenía amor guardado para ti y te lo está dando todo. Bien, bien, me hago cargo. Cambiando de tema: ¿Qué va a pasar en la fiesta de los cumpleaños de verano este año? ¿Vas a invitar a Sergio? Si coincide con Mateo, igual acaban a tortas.

Elisa me preguntaba esto porque entre julio y septiembre cumplíamos años Elena, Elisa, mi hermano y yo. Cada año elegíamos una fecha y hacíamos una celebración conjunta. Lógicamente, dábamos por hecho que mi hermano invitaría a Mateo, que además seguía siendo de la pandilla.

—No lo he pensado. Pero claro que voy a invitar a Sergio, también es mi cumpleaños. Seguramente lo hablaré con Mateo. Si decide no venir porque se siente incómodo, problema solucionado. Si quiere venir, le pediré que haya paz y respeto, como hasta ahora. Por Sergio no habrá problema, no quiere líos. Pero imagínate que Mateo trae a la novia nueva.

—¿Y a ti cómo te sienta que esté conociendo a alguien? —preguntó Elisa, preocupada.

—Si te refieres a si estoy celosa o me da rabia… no, no siento nada. Me alegro incluso —me sinceré.

—Entonces eso significa que has superado la separación y que te estás enamorando de Sergio… lo que pasa es que… —dudó, pero yo la obligué a continuar— …que lo has encontrado muy pronto. Espero que no sea un chico puente, porque por lo que cuentas es un buen tipo.

Arrugué la nariz ante la expresión "chico puente" y Elisa no dudó en explicarse.

—Es la relación que tienes entre dos parejas importantes. Por ejemplo, entre un ex y otro que va a ser definitivo. El pobre chico puente tiene que superar al ex y luego se queda tirado cuando llega el definitivo.

Era cierto que quizá era muy pronto para iniciar una relación seria, pero me sentía tan bien al lado de Sergio que no me apetecía pensar más allá, solo disfrutar. Lo que sí tuve claro es que lo del chico puente, o acueducto, o como se llame, no se lo iba a contar a Sergio.

Capítulo 17

Vis a vis

Sergio y yo volvimos el mismo día. Lo primero eran los niños: llevarlos con los ex, despedirnos y volver a pasar quince días sin verlos. Un verdadero bajón, pero amortiguado con la ilusión de reencontrarnos. Quedamos en su casa. Sergio me propuso que me quedara allí esa quincena, por lo que preparé una maleta y las cosas del trabajo.

Al vernos, nos cogimos con más ganas que unos presos en un vis a vis: besos, caricias, achuchones, *te quieros* y sexo, claro. Qué reconfortante sentirme entre sus enormes brazos, era como estar en casa. Por fin dormimos en su cama.

—¿Qué te parece mi cama? Es cómoda, ¿verdad? —insinuó.

—Mucho. Tu habitación parece una auténtica suite de hotel: con la televisión en la pared, el baño y el vestidor. No sé cómo no he dormido antes aquí. Te va a costar echarme —le advertí.

Compartir esos días juntos fue increíble y me permitió descubrir más sobre él. No tenía idea de que fuera tan buen cocinero y de que su buen humor fuera de serie. Ni que fuera un amante espléndido, un melómano empedernido y dependiente de su café matutino, además de ser muy detallista, capaz de dar sin esperar nada a cambio.

Él descubrió de mí que era maniática del orden y la limpieza, que necesitaba dos alarmas para despertarme y que me gustaba bailar a escondidas y cantar en el coche. Descubrió que era una besucona y que me encantaba ver la televisión desde la cama entre sus brazos. Juntos perdimos la vergüenza a vernos desnudos, ganamos intimidad y nos soltamos en artes amatorias.

Pese a que ambos teníamos que trabajar, al terminar la jornada nos veíamos en su casa y hacíamos vida de pareja. Entre semana

salíamos a hacer deporte juntos, a cenar, al cine, y poco a poco fuimos presentando a los amigos que no estaban de vacaciones. Nos perseguíamos por la casa para hacer el amor en cualquier sitio, salvo en las habitaciones y en el baño de los niños, que estaban vetados. Ambos éramos muy pasionales y fogosos.

Mi cumpleaños es el quince de agosto, justo un día y un mes después del suyo. Antes de irse de vacaciones, le había pedido a Mateo que ese día los niños estuvieran conmigo, pese a que era su periodo. Mateo cumplió.

Le expliqué a Sergio la situación y lo comprendió perfectamente. Nosotros lo celebraríamos en la intimidad el catorce, para lo que reservé mesa en un restaurante oriental cerca de la Plaza de los Mostenses. Después tomamos una copa en un local cercano y volvimos a su piso para continuar la celebración tomando un cóctel en su ático, donde me dio mi regalo.

Mi regalo fue una maleta nueva color turquesa para nuestro próximo viaje. No estaba vacía: dentro había un neceser a juego, con productos de aseo para dejar en su casa, un perfume y un cepillo de dientes eléctrico. Cuando creía que ya había terminado de abrir regalos, en el fondo de la maleta apareció un sobre con un vale por un viaje aún por elegir y una caja muy bonita que me daba curiosidad y miedo. Con las manos temblorosas la abrí y descubrí una copia de las llaves de su casa.

—Para que vengas cuando quieras y pases sin llamar —me dijo besándome en el cuello—. Te quiero, Berta.

—Te has pasado… me encantan los regalos… ahora tendré que recompensarte… —me insinué, ronroneando.

—Berta, no quiero que basemos nuestra relación en el sexo. Lo nuestro va más allá, ¿verdad?

—¿Me lo dices en serio? Pues claro que no. No es una recompensa para ti, sino parte de mi regalo. ¿O no recuerdas nuestra primera vez en tu cumpleaños? Esto ya es un clásico.

Él rio, me cogió en volandas y me llevó directo a su cama para comerme a besos y hacerme el amor apasionadamente.

Apenas unos minutos después de las doce sonó mi teléfono. Era un mensaje de mi hermano que por poco no nos pilla en pleno acto. A Manuel le encanta felicitarme el primero y, si puede, cogerme dormida.

Manuel

¡Felicidades, pecosa! Te haces vintage. Te acercas a la menopausia. Espero que no estés dormida. Mañana nos vemos en casa de papá y mamá para celebrarlo.

Berta

No estoy dormida. Gracias, yo también te quiero. Espero que tu regalo sea proporcional a lo capullo que eres.

Manuel

Te voy a adelantar un regalo: Mateo no viene al multicumpleaños. Así que dile a Sergio que relaje el esfínter. Supongo que lo tienes al lado.

Tras leer los mensajes, se lo conté a Sergio, que ya conocía la situación y había decidido venir aunque estuviera Mateo.

—Uf, me he quitado de encima a un duro enemigo y ahora me toca lidiar con el hermano mayor pelirrojo.

—Jajaja, mi hermano es rubio. Yo soy la única exótica en casa. Vais a congeniar, él también está deseando conocerte.

—Voy a adelantar mi vuelta de las vacaciones para estar en tu fiesta. Te invito a que vengas unos días con los niños a Málaga. Es una casa grande y lo pasaríamos genial —me propuso.

Su familia tenía una casa en Fuengirola. Esa quincena la pasaría allí con sus hijos, salvo el último fin de semana que volvería para la fiesta. Yo tenía planeado ir a la casa rural de una amiga. Su propuesta era atractiva, pero me aterraba juntar a los niños o coincidir con su familia. No quería hacerle daño tras haber pasado esos días juntos y después de que me regalara las llaves. Así que no le di un no rotundo.

—Sergio, no te prometo nada. Lo estudiaré. Es mucha logística; los peques aún no entienden algunas cosas.

No dijo nada, pero su gesto dejó claro que no le convenció mi respuesta. Aun así me abrazó y nos dormimos acurrucados, como cada noche. A la mañana siguiente, de nuevo, otra despedida.

—Me revienta tener que despedirme otra vez. Es como un *déjà vu.* Si tú quieres te llamaré todos los días. Todo me recordará a ti; echaré de menos hasta tu olor en las sábanas. No sé qué perfume usas, pero perdura todo el día, incluso después de los lavados.

—Llevo más de diez años usando Chance de Chanel —le indiqué.

—¿Por qué lo dices? ¿Para qué lo compre y perfume la casa? Sería un ambientador un poco caro.

—Nooo, yo había pensado dejarte unas bragas, pero si quieres te dejo un vaporizador de viaje.

El humor, que ambos compartíamos, alivió la despedida.

Me preparé para volver a casa, llevándome lo justo y dejando sin querer parte de mis cosas en su piso. Pensaba volver. Volver a su vida, a su casa, a su cama. Nos despedimos en la puerta.

—Te quiero… no me olvides, no te pases con el Valdepeñas —dijo besándome.

—*I'm yours* —respondí, y aclaré—. Es una canción de Jason Mraz. Luego te mando el enlace. Significa "soy tuya".

Cuando llegué a mi casa, Mateo y los niños me esperaban con mil dibujos por mi cumpleaños. Mateo me había traído una orquídea blanca. "Tómalo como una bandera de la paz". Hacía tiempo que no tenía un detalle así. Nos dimos un abrazo, me pidió perdón y lo invité a tomar el aperitivo. Hablamos de los niños mientras ellos jugaban felices.

Mateo me explicó que no vendría a la fiesta porque quería darme mi espacio y que ese fin de semana llevaría a los niños a su pueblo para que yo tuviera la casa libre. Intuí que su novia era de allí, pero no pregunté.

—Hoy lo celebro en casa de mis padres. ¿Quieres venir? —lo invité, enternecida.

—Te lo agradezco, pero sería incómodo. Y pase lo que pase, te sigo queriendo. Estoy rehaciendo mi vida, pero hay cosas que me duelen. No quiero repetir lo de la última vez —admitió arrepentido.

—Tranquilo. Todos tenemos derecho a ponernos en modo gilipollas alguna vez. Yo también tengo varias versiones: la bruja, la borde, la simpática, la comprensiva.

—Gracias por entenderme. Y… espero que no suene raro, pero como supongo que Sergio vendrá a la fiesta, no me gustaría que se quedara a dormir aquí.

—Eso ya lo hablamos hace meses. Nada de traer parejas a casa. Es la casa de nuestros hijos, que no se nos olvide —zanjé con pena la conversación.

Capítulo 18

372

Trescientos setenta y dos kilómetros, según *Google Maps*, nos separaban, pero no los recorrí. Tenía varias razones. La primera, mis propios miedos. No sabía cómo explicárselo a mis hijos, cómo decirles que ahora duermo con otro hombre que no es papá. No quería enfrentarme aún a esa dura prueba.

Las otras razones eran, más bien, problemas de logística. Los primeros días estaríamos en casa y, como volvería unos días antes para preparar la fiesta y que los niños se fueran al pueblo con Mateo, la visita al pueblo de Elena se quedaba en tan solo una semana, y la verdad es que me apetecía mucho estar con ella y que los niños disfrutaran allí.

Elena tiene una casa rural enorme con piscina, algo alejada del pueblo, pero con todas las comodidades. En agosto no la alquila para disfrutarla con amigos y familia. Como es soltera y sin hijos, invita a todos a pasarnos por allí, así que siempre nos juntamos unos cuantos conocidos.

Ese año también coincidimos con su última conquista, un chico más joven que ella pero con muy buena mano para los niños. Creo que por cercanía de edad. Lo sé, es una maldad la mía, pero Elena lleva toda la vida metiéndose en mis asuntos; seguro que, si fuese al contrario, ella hubiese dicho algo parecido o peor. Según Elena, su nuevo novio era un semental porque tenía los leucocitos jóvenes. Todas las teorías de Elena sobre el sexo son disparatadas y para nada basadas en la biología o la fisiología. Un verano nos explotó la cabeza diciendo que, si practicas sexo oral con un inglés, mejoras el idioma. En fin, es un caso aparte por resolver, pero es mi amiga y la quiero como es.

Ese verano sentía un poco de envidia cuando veía a las parejas darse cariñitos en la piscina. En esos momentos llamaba a Sergio o le mandaba un mensaje. Uno de los días en que estaba especialmente mimosa, y además me había tomado un par de mojitos, todo sea dicho, me vino a la mente lo tristón que se había quedado Sergio al decirle que no aceptaba su invitación a Fuengirola. Así que le escribí:

Berta

Te echo de menos. Pero en cuatro días volvemos a Madrid y tenemos la gran fiesta.

Sergio no me contestó. Pasó un buen rato y, como me sentía un poco culpable, insistí.

Berta

¿Supongo que escuchaste la canción que te envié? ¿Te ha gustado? Te voy a mandar otra.

Le adjunté un enlace al vídeo de YouTube del tema *Bésame* de David Bisbal y Juan Magán. Al momento se marcó el doble *check* azul de WhatsApp. "Contesta, por favor", supliqué, "no te hagas rogar". En la pantalla rezaba un: *Sergio escribiendo…* ¡Bien!

Sergio

Creía que no te gustaba el flamenquito.

Berta

Jajaja, llevan poniendo la canción en bucle cada día y, cuando la bailamos, parece que estamos borrachas en la Feria de Abril.

Sergio

Me hace gracia la letra: «dame el *location*, nena, yo te sigo».

Berta

¿Vendrías?

Sergio

¿Tú quieres?

Compartí mi localización exacta.

Sergio

¿Hay sitio para tres?

Berta

Si no lo hay, lo hacemos. Tengo un plan: los niños pueden dormir en una habitación con literas que no está ocupada y nosotros en mi dormitorio ¿Para cuándo vienes?

Sergio

Podemos ir el jueves por la mañana; pasamos allí el día y el viernes volvemos juntos a Madrid.

Berta

Perfecto. ¿Estás menos enfadado?

Sergio

No lo estaba. Pero siempre te sales con la tuya, eres una comecocos.

Berta

No te vas a arrepentir, lo vais a pasar fenomenal.

Me vine arriba. La culpa la tenían los puñeteros mojitos de Elena, que llevan de todo. A quién se le ocurre. Es de primero de ligar: «no hay que escribir al chico que te gusta ni a tu ex cuando has bebido de más». Ahora tenía que contárselo a mis amigas, hacer hueco en la casa y contarles un cuento chino a los niños. Me acababa de meter en un buen lío.

Mis amigas se lo tomaron muy bien. Elena estaba deseando ver a Sergio en bañador y rápidamente me ayudaron a organizar las habitaciones. Como Elena es una trolera profesional, les contó a mis hijos que venía un amigo con sus hijos y que iban a hacer una fiesta de pijamas en la habitación de las literas. Mis hijos se pusieron como locos y no pararon de preguntar cuándo llegaban los otros niños.

Cuando Sergio llegó el jueves con sus hijos, fuimos discretos en el reencuentro e hicimos las presentaciones pertinentes.

—Martina, Jorge —así es como se llaman mis hijos, aún no os los había presentado—, este es mi amigo Sergio y sus hijos, Alejandra y Marcos. Los niños con los que vais a hacer la fiesta de pijamas esta noche —presenté, guiñando un ojo a Sergio, que me siguió la bola.

—Hola, chicos. ¿Qué tal las vacaciones? Teníamos muchas ganas de conoceros. Mamá no habla mucho de vosotros —intervino Sergio hábilmente.

Mis hijos, que son un amor, se integraron rápido. Los hijos de Sergio actuaron como hermanos mayores durante todo el día, cuidando y jugando con ellos en la piscina. Mientras, Elena se pasó el día pavoneándose y haciendo bromitas picantes a Sergio. El pobre flipaba, aunque yo ya le había advertido sobre ella.

—Ves, no ha sido para tanto; se caen bien y está saliendo todo a las mil maravillas —se reafirmó Sergio, mientras me acariciaba la mejilla a escondidas, tumbados en el césped, observando a los niños bañándose en la piscina.

—Pero reconoce que ha sido mejor así que veranear juntos una semana sin conocerse previamente.

La hermana de Elena preparó una súper-paella y pasamos el día en la piscina. Por la noche tocó barbacoa y mojitos. Elena estaba agotando las existencias de ron y hielo de la pequeña tienda del pueblo.

La noche se alargó para todos, incluidos los niños, que se acostaron tardísimo pero encantados de dormir juntos en las literas. Los más pequeños, mis hijos, en las camitas de abajo, y Alejandra me ayudó poniendo mil cojines en la cama de Jorge por si se caía. Después me acompañó al baño para lavarnos los dientes, pero yo intuía que me quería decir algo.

—Gracias, Ale. Eres un sol, qué bien los cuidas. Te quiero mucho, pequeña —la besé en la cabeza.

—Ya eres la novia de mi padre. He visto una foto en la que os dabais un beso en Londres —me dijo sin preámbulos.

—Sí —admití—. ¿Te molesta?

—¡No! Me encanta. Estaba deseándolo. ¿Me prestarás tu ropa? Mamá también tiene novio. Creo que se van a casar porque van a tener un bebé. ¡Madre mía, cuántos hermanos!

Tras lavarme los dientes y dar las buenas noches a los niños, me fui a la habitación y Sergio ya estaba allí, acostado con una camiseta y un pantalón corto para dormir. Pensé que estaba siendo muy discreto porque él acostumbraba a dormir en calzoncillos. Yo llevaba un mono pijama azul celeste.

—Tus hijos tampoco son pelirrojos —sonrió, tocando mi pelo—. Aunque eso ya lo sabía por las fotos. Me ha gustado conocerlos; son adorables. Creo que me voy a comer con patatas a Martina.

—El pelirrojo es un gen recesivo —expliqué—. Hablando de hijos… Acabo de flipar con la conversación que he tenido con tu hija en el baño: ¡tu exmujer está embarazada y se casa!

—No eres la única sorprendida; yo también me he enterado por Ale. Ya sabes que mi ex es así de comunicativa. Sale con ese chico desde hace más de tres años; él no tiene hijos y ella siempre había querido tener más —se aproximó más a mí—. No quiero hablar más de ella, me importa un bledo. Ven aquí.

Me hizo hueco a su lado y nos abrazamos entre las sábanas. Cuánto había echado de menos dormir a su lado. Me daba miedo hacerlo esa noche, con la amenaza de que un hijo desvelado entrara por la puerta, así que fui franca:

—No quiero sexo esta noche; o sea, sí quiero. Me muero de ganas, pero creo que no puedo con los niños al lado.

—¿Crees que he venido hasta aquí solo por eso? A mí también me da corte. Se debe escuchar todo a través de estas paredes. Además, me da miedo tu amiga Elena —ambos reímos—. Seguro que está alerta para ponerme nota.

—Conociendo a Elena, es posible que tenga un chisme que mide los gemidos y lo pegue a las paredes. Mañana te dice los decibelios que has alcanzado y te puntúa el polvo.

Estábamos cansados, pero hablamos un rato, nos besamos, nos abrazamos y nos acariciamos hasta que nos quedamos dormidos. Al día siguiente nos preparamos para volver a Madrid. Elena no nos dejó ayudar a limpiar nada de la casa. Tenía un servicio de limpieza

de la casa rural que vendría al final de las vacaciones para hacer una puesta a punto. Pobres, se iban a hartar de tirar botellas.

Capítulo 19

Fin de fiesta o la fiesta del fin

El viernes a mediodía llegamos a Madrid. Aunque íbamos en dos coches, Sergio y sus hijos vinieron hasta la puerta de mi casa para despedirnos. Los niños no cesaban de abrazarse unos a otros y mis hijos insistían en invitar a Ale y Marcos a pasar a casa y enseñarles sus juguetes, sus habitaciones y la piscina. Sergio les ponía impedimentos, se le notaba incómodo, supongo que por las normas que teníamos Mateo y yo respecto a llevar parejas a casa.

—Déjalos que pasen —insistí—. Venid, os enseño la casa. Sergio, tú también, cierra el coche y pasad.

Mis niños corretearon de arriba abajo, haciendo su propio tour mientras yo hacía lo propio con Sergio.

—Me gusta mucho, es una casa preciosa, ¿la has decorado tú? Tienes muy buen gusto —alabó.

—Ya sabes que me gusta el orden, y decorar, en el fondo, es ordenar —indiqué. Pero cuando llegamos a mi dormitorio, casi no quiso ni pasar a verlo. Alejandra nos interrumpió para preguntarme si le enseñaba mi armario, mi ropa y mis zapatos, y Sergio aprovechó para salir de la habitación y, de nuevo, meter prisa a sus hijos.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué tienes tanta prisa?

—No me siento cómodo aquí y menos si llegase Mateo —me dijo muy serio.

—Creo que no es eso. Te he contado que Mateo viene esta tarde. No te entiendo. ¿No querías que los niños se conocieran y le diéramos naturalidad?

—Es cierto —admitió—. No es eso. Me duele ver vuestra habitación, vuestra cama.

—Me sorprendes, yo duermo en tu cama, voy a tu casa.

—Mi ex nunca vivió allí, antes vivíamos en otro sitio —aclaró—. Ella se quedó con el otro piso y yo me compré el ático. En cambio, vosotros seguís compartiendo cama, casa, aunque sea por turnos. Lo sé, no tiene explicación, pero me siento mal, prefiero irme.

—Lo siento —su respuesta me ablandó—. No lo sabía. No era mi intención hacerte daño. Mañana vas a venir a la fiesta y también te pensaba mostrar mi casa, es lo normal cuando viene un amigo por primera vez.

Pero ante la tensión que se generó, Sergio llamó a los niños para marcharse y, ya en la puerta, concretamos la hora de la fiesta y se fue sin apenas despedirse. Me quedé preocupada. Desde que rechacé su invitación para ir a Fuengirola, Sergio estaba más frío, pensativo. Sabía que algo rondaba su cabeza.

¿Y si estábamos yendo muy rápido? ¿Y si era el chico puente que dice Elisa? ¿Y si se arrepiente de haberme dicho "te quiero"? ¿Y si soy yo la chica puente de los cojones? Puñeteros "y si"… me estaban torturando. Teníamos que hablar a solas e intentar volver al punto donde lo dejamos en Londres o a donde lo continuamos en los anteriores días de convivencia en su casa.

Esa tarde, Mateo llegó puntual a recoger a los niños. Quería llegar pronto a su pueblo, dado que los niños estaban agotados de tantos viajes, y allí. Al irse, se despidió de mí con un beso en la mejilla y me deseó que lo pasáramos bien en la fiesta, pero que no desparramáramos mucho y que atara a Elena si hiciera falta. Era la primera vez que Mateo no estaría en esa fiesta. También me rogó que Sergio no durmiera en casa. "Sí, papá", le dije yo. Lo tenía grabado a fuego. Las advertencias y ausencia de Mateo, y mi comedura de cabeza por la seriedad de Sergio, eran como mezclar Coca-Cola con bicarbonato. Sentía que iba a explotar.

El sábado por la mañana quedamos los cumpleañeros, Elena, Elisa, mi hermano y yo para comprar la comida y la bebida. Lo llevamos a mi casa y adornamos el jardín. Después nos dimos un

baño, comimos juntos y tratamos de echarnos un rato en el sillón, pero con Elena y su hiperactividad, a veces es difícil.

—Manuel, hijo, ¿cuántos cumples? —preguntó Elena, sin esperar respuesta—. Lo digo porque cada día estás más bueno. Te pido por favor que no te pongas ese bañador verde flúor más veces delante de mí. Haces que pierda la cabeza.

—Elena, tú nunca has tenido mucha cabeza. Tenemos la misma edad, somos quintos, íbamos juntos al instituto. ¿No lo quieres recordar o es que ya vas pedo con un solo vasito de tinto de verano? —vaciló Manuel.

—Ah sí… algo recuerdo… —murmuró Elena—. Creo que íbamos a la misma clase, cómo olvidarme. ¿Nos liamos una vez, no?

—En tus sueños. No sé qué te pasa, desde que tienes un novio que acaba de hacer la comunión estás cada día más niñata —contestó mi hermano lanzándole un cojín y haciéndome enfadar porque no me gusta que desordenen.

Mi hermano y mis amigas son un capítulo aparte. Han pasado media vida juntos; Elena y Elisa han dormido mil veces en mi casa y Manuel nos ha visto pasear en ropa interior delante de él mil veces, pero siempre están igual. Se quieren, pero les encanta picarse. Elena y Manuel son amigos desde el instituto. Mateo jugaba con mi hermano al fútbol y por eso le conocí. Todos formábamos parte de la misma pandilla.

—Pues vas a flipar con Sergio, nosotras ya le conocemos. Está muy bueno y te va a hacer sombra —dijo Elisa de repente, pues parecía ausente o medio dormida hasta ese mismo momento.

—Venga —intervine incómoda—. Callaros ya. Me quiero echar un poco para estar fresca esta noche. Dejad el tema de Sergio y no os paséis esta noche con él, que aún no os conoce mucho. No quiero que le asustéis.

Después de la fallida siesta, Manuel se fue a su casa para arreglarse y recoger a su mujer; Elena, Elisa y yo nos arreglamos en mi casa. Ellas se surtieron de mi armario y Elisa, como buena

peluquera, nos peinó y maquilló, dejándonos monísimas. Como era de esperar, una vez solas empezaron los interrogatorios y las confesiones.

—Berta, te noto rara. ¿Te pasa algo con Sergio? —me preguntó Elisa—. Has tratado de esquivar hablar de Sergio en todo momento.

—No lo voy a negar. A él le pasa algo y necesitamos charlar sobre ello, pero no encuentro el momento —confesé, y le supliqué —: ¿Me podíais dar coartada para escaparme durante la fiesta y hablar con él?

—Cuenta con ello —dijo Elena—, y si tienes que echar un polvete rápido para solucionarlo, pues mejor —ya volvía la Elena de siempre.

A la hora prevista, llegaron los invitados y, después de las presentaciones, sacamos el picoteo y la bebida. Como en cada fiesta, Manuel ejerció de DJ y, dado que a Sergio le encanta la música, no dudó en arrimarse a él. Mientras, yo les observaba en la distancia; me gustó verlos charlar animados y cómodos. Para mí era muy importante que mi hermano y mi chico se llevaran bien, puesto que estaba acostumbrada a salir con un amigo de mi hermano y eso siempre me había dado ventaja.

Durante la fiesta lo pasamos muy bien. Seguimos con nuestros bailoteos como cuando éramos adolescentes y con las payasadas de Elena, que, pese a lo que todo el mundo piense, no le hace falta beber: es su naturaleza, es la alegría de la huerta. En esta fiesta prohibimos las pruebas gráficas. Y lo explico: nos hacemos fotos, pero para consumo propio, es decir, que las pasamos por el grupo de WhatsApp del cumpleaños en el que estamos solo los invitados, pero está prohibido publicarlas en redes.

Cuando ya estábamos tomando unas copas, todos integrados, jugando a lanzar una moneda a un vaso de chupito, como en el instituto, le hice un gesto a Elena para que me diera cobertura.

—Queda poco hielo y bebida, Sergio, ayuda a Berta a subirlo del garaje —ordenó Elena.

—A sus órdenes —contesté, y a continuación le susurré a Sergio — Es una mandona, pero ya le cogerás cariño. —Bajamos juntos al garaje; obvio, no me hacía falta ayuda, pero era buen lugar para hablar tranquilos.

—¿Te lo estás pasando bien? ¿Te caen bien? ¿Qué tal con mi hermano? ¿Te pasa algo? —le acribillé a preguntas nada más estar solos.

—Por favor, las preguntas de una en una, que no estás haciendo una entrevista. ¿Qué te pasa? Estás muy nerviosa —me tranquilizó cogiéndome de los hombros.

—Sí, estoy atacada. Sé que algo ronda tu cabeza y no lo sueltas —le contesté, cogiéndole las manos.

—¿Me estás psicoanalizando o me lees la mente? Vamos allá —hizo una pausa dramática—. Vamos por orden. Me lo estoy pasando genial. Todos me caen bien, son un poco locos como tú, por lo tanto, me gustan. Tu hermano incluido. —De nuevo hizo una pausa, me besó suavemente en los labios y continuó—Venga, respira, tranquila y no te preocupes tanto por mí. Ha sido estupendo que me incluyeras en este plan.

—Y lo que me tienes que decir… —insistí.

—Qué lista eres. Iba a esperar otro momento… —balbuceó unos segundos, pero retomó el discurso con fuerza—. Pero, dado que tienes el corazón en la boca, te lo voy a decir. Te acuerdas de que te di una copia de las llaves de mi casa, ¿no? —asentí asustada y confusa—. Ya te he dicho que te echo mucho de menos cuando no estamos juntos. Y en Fuengirola he tenido tiempo para pensar y analizar lo bien que estuvimos conviviendo. Bueno, al grano. ¿Qué te parece si las semanas que tienes que pasar fuera de casa por la custodia compartida, te vienes a vivir conmigo?

Silencio en la sala. No sabía qué contestar y me quedé callada demasiado tiempo.

—No hace falta que me contestes ahora, supongo que tienes que madurarlo, no hay prisa —a Sergio le temblaba la voz.

—Necesito algo de tiempo, ¿subimos con los demás? —contesté cortante. Ni siquiera le besé, me aparté para coger el hielo y él me siguió y volvimos con los demás.

Durante el resto de la fiesta intenté no pensar en la propuesta y seguí divirtiéndome con mis amigas. No hice mucho caso a Sergio; además bebí demasiado. Quería desconectar y admito que me estaba comportando como una niñata egoísta.

Era muy tarde y los invitados empezaron a marcharse; nos fuimos despidiendo. Cada uno se fue a su casa y ya nos encargaríamos los cumpleañeros al día siguiente de recoger. Sergio se quedó el último y, cuando estábamos solos, me acerque a él. Quería besarlo; estaba algo perjudicada y algo caliente. Me abalancé sobre él torpemente; él me devolvió el beso sin pasión y me separó.

—Me voy, es muy tarde —me dijo seco.

—Vale, vámonos juntos. Mañana vuelvo a recoger.

—No —dijo rotundo y me quedé cortada—. Me voy solo. ¿Qué coño haces? ¿No me has hecho ni puto caso desde que hablamos en el garaje y ahora quieres venir a mi casa a echar un polvo?

—No me hables así —también saqué mi carácter—. Estás enfadado porque no he aceptado tu proposición a la primera y ahora me castigas. Sabes que no se trata de sexo. No quiero complicar las cosas; sabes que no puedes quedarte en casa a dormir, si no te habría propuesto que te quedaras.

—En fin, Berta —dijo más tranquilo—. Vas a tu bola. Madura. Creo que soy bastante comprensivo con tu situación, pero tú me das una de cal y otra de arena. Me haces daño con estos giros. Además, no puedes venir a casa. Está mi hermana con los niños, ha venido a verme. Como no me has hecho ni caso, no he podido contártelo. Te iba a invitar mañana a comer para que la conocieras, pero mejor olvídalo.

Sergio me dio un beso en los labios y cerró la puerta tras él. Yo me sentí una cobarde, no supe replicarle. Me quedé sola, subí a mi

habitación, me desvestí y me acosté en mi cama, arropada con mis miedos.

Capítulo 20

El final del verano

Dejé pasar ese fin de semana, no le escribí ni le llamé, tampoco él a mí. No se trataba de un pulso sino de dejarnos espacio, bueno, puede que también fuera un pulso. Ambos estábamos dolidos, eso estaba claro, él porque había rechazado su proposición y yo por su brusquedad, aunque esto último quizá estaba deformado por las copas de más.

Entró septiembre, ese mes tan tristón: la vuelta al cole, el final del verano, la larga espera por delante hasta el próximo puente. Nuestra historia de amor parecía la de Grease, estupenda durante el verano y que se fastidia al terminar este. Quería hablar con él, lo deseaba, pero sabía que me preguntaría si había tomado una decisión y aún no tenía la respuesta.

Entonces llegó Sergio y sus canciones. Recibí un mensaje con un enlace, lo abrí: era un video de Pablo López al piano durante un concierto. Lo vi por completo, llorando casi desde el primer verso, y a los cinco minutos recibí un nuevo mensaje.

Sergio

Me pasa como al tío de la canción… «debería haberte atado a la pata de la cama, para que no huyeras de ese hotel, debería haber sido y no fue».

Berta

Quiero verte, lo que nos digamos que sea en persona, por favor.

Sergio

Estoy en casa, escuchando la canción en bucle y comiendo helado con cuchara sopera como tú me enseñaste, no te saco de mi cabeza.

No contesté, estaba en casa de mis padres, tratando de leer, pero no me concentraba. Llevaba unos shorts vaqueros y una camiseta nadadora, sin sujetador. Sin dudarlo y con lo puesto, en un

impulso cogí el coche y en diez minutos estaba ante la puerta de su piso abriendo con mis llaves.

Sergio estaba en la terraza, no tenía mejor aspecto que yo. Comía helado compulsivamente tal y como me había dicho. Me miró sorprendido, soltó la tarrina en la mesa y me abalancé a sus brazos. No dijimos nada, me llevó abrazada a él como un koala hasta la cama, me desnudó y yo a él e hicimos el amor sobre las sábanas. Al terminar, exhaustos, nos abrazamos y nos miramos a los ojos. No podía apartar la mirada de esos ojos verdes intensos en los que me gustaba perderme.

—Vas a decir que tenemos que hablar —solté, al fin.

—Sí, de nuevo me lees la mente.

—Yo primera. Sé que es lo típico, como dice la canción: «no eres tú, soy yo», pero estoy hecha un puto lío. Ha ido tan rápido —y me refiero a todo lo que me ha sucedido en menos de un año—. Separarme, conocerte, enamorarme, tu propuesta, que no sé… Creo que en este mismo momento me viene grande —suspiré.

—Ya te dije que no tengo prisa, que era solo una idea para que lo valoraras —me dijo rozando sus dedos en mi mejilla.

—Lo sé. Pero siento que esperas mucho de mí. Quieres que tome decisiones que tú ya tienes tomadas y que asuma cosas en las que tú ya tienes experiencia —me liaba con las palabras—. Joder, tú hace cuatro años que te separaste y yo ni uno. He pasado de estar casada a tener un novio formal en un chasquido de dedos. No me ha dado tiempo a estar conmigo misma.

Su mirada se oscureció; mis palabras no le gustaron en absoluto.

—Pues yo creo que tienes mucha suerte, eres una tía con una flor en el culo —me dijo con tono borde, y yo puse cara de no entender nada—. A mí me ha costado cuatro años encontrarte. Imagina si tú hubieras estado cuatro años sola, teniendo citas con gilipollas o relaciones esporádicas con tíos que te putearan o se rieran de ti o solo quisieran echar un polvo o aprovecharse de ti.

Estoy seguro, conociéndote, de que estarías quemada. En cambio, en menos de un año estás a gusto con alguien que te quiere y te respeta. Y tú reaccionas con miedo y sales corriendo. No sabes lo que quieres y, además, eres una cobarde.

—Vaya —empecé a apartarme de sus brazos y a buscar mi ropa —. Ya veo que también eres psicólogo. —Salté de la cama.— Tienes razón. Admito que la culpa es mía, necesito tiempo —zanjé.

—Qué pena… porque a mí me tienes atrapado. Siento que eres la pieza que me falta, pero no te puedo meter a la fuerza en el puzle de mi vida —me susurró compungido, intentando alcanzar mis manos para que no me alejara de la cama.

—Esto no es un adiós, Sergio. Quiero que nos sigamos viendo, solo necesito un poco de espacio para pensar. Te quiero más de lo que crees y por eso quiero hacerlo bien. Tomar decisiones meditadas, sin dudas, completamente convencida. Siento ser tan cerebral. —Me acerqué a besarle de nuevo y se incorporó después de la cama.

Una vez vestida, se me ocurrió ayudarle a recoger un poco la habitación e incluso hice tiempo pidiéndole agua. No quería irme, pero debía hacerlo y no demorarlo más, porque cada minuto nos hacía daño. Cuando estaba en la puerta, nos volvimos a besar, nos abrazamos siendo uno y, mirándome a los ojos vidriosos, me dijo: "Tengo pendiente terminar de contar tus pecas y ya sabes que soy muy tenaz". Después me besó en la nariz y acarició mis bucles.

Me fui, dejándole atrás y queriéndole mucho, pero a la vez con ganas de mirar hacia delante y afrontar mis miedos sola, aunque con una carga enorme de recuerdos juntos.

Los días que prosiguieron fueron un auténtico infierno. Reanudé el trabajo con rutina, ayudé a Mateo con la preparación de la vuelta al colegio de los niños y, encima, coincidía con los días que pasaba en casa de mis padres.

De nuevo, tirada en mi cama de adolescente, me martirizaba pensando en lo a gusto que estaría en la cama de Sergio, a su lado, abrazándome, viendo la tele o escuchando las playlist que tenía para

cada situación y a las que yo me estaba aficionando a añadir canciones. Seguíamos en contacto mediante mensajes, pero cada vez más espaciados.

A la vuelta al trabajo, para colmo, el patriarca me convocó junto a Darío a una misteriosa reunión. Solo los tres, en su despacho. Y, sin preámbulos, nos anunció su prejubilación y nos recordó que nos teníamos que organizar para el viaje del proceso selectivo en Ávila. Lo más sorprendente vino al final: justo a punto de abandonar su despacho, como si careciera de importancia, nos exclamó: "Chicos, voy a intentar que mi puesto sea para alguien que ya forma parte de la empresa y vosotros sois los candidatos principales".

Empiezan los Juegos del Hambre, pensé para mí, y aunque a mí no me hacía especial ilusión, al comentarlo con mi familia y amigos me animaron a luchar por el puesto. Y empecé a retarme. Sería perfecto que yo, una feminista convencida y luchadora, rompiera el techo de cristal y llegara a ser la jefa del área de Recursos Humanos en una empresa donde la mayor parte son hombres.

Ese mismo día, tras el anuncio, bajé a comer al restaurante de abajo. Normalmente suelo llevarme comida de casa o comer en casa y teletrabajar, pero ese día decidí quedarme para preparar cosas del viaje. Cuando estaba esperando el primer plato, vi asomarse a Darío a la sala mientras el camarero le decía que no había mesas libres. Al verle, le hice un gesto para compartir la mesa.

—Gracias, quiero comer algo rápido y volver a subir —dijo mientras se acomodaba en la mesa y elegía entre los platos del menú—. ¿Cómo llevas lo del viaje? —continuó—. Si quieres, ahora después de comer ultimamos algunas cosas.

—Me apetece el viaje poquísimo, pero es lo que toca —me sinceré.

—Bueno, al menos rompemos con la rutina y la desidia de volver de vacaciones. ¿Qué tal han ido?

Me sorprendió la pregunta, porque Darío y yo nunca hablábamos de cosas personales. En la oficina yo solo hablaba de mis cosas en el office con Clarita y Carol.

Nos contamos, sin dar muchos detalles, nuestras respectivas vacaciones mientras nos servían la comida y después, como suele pasar entre colegas, tuvimos conversaciones típicas de psicólogos: la charla de por qué elegir trabajar en el mundo empresarial y no en la clínica.

—A mí me encanta lo de hacer perfiles psicológicos, creo que hubiera sido buen criminólogo —me confesó.

—Aún no es tarde. Y perdona por la pregunta, ¿cuántos años tienes? —según lancé la pregunta, me di cuenta de lo indiscreta que había sido y de que estaba abriendo una puerta personal. "Treinta y uno", me contestó. Yo continué—. Pues estás a tiempo. A mí me gusta este sector, aunque también hubo un momento en que me llamó la atención la clínica o la criminología, sobre todo cuando ves series americanas —ambos reímos.

—Voy a intentarlo contigo —propuso sin que yo le diera permiso —. Tú aparentas ser una mujer decidida, segura de ti misma, pero a la vez eres frágil. Guardas miedos que no compartes y que forjan esa inseguridad. Has pasado recientemente por una ruptura o te han hecho daño en el plano emocional. Pero eres capaz de reponerte gracias a la fortaleza que tienes.

—Ya veo que la gente de la oficina es muy cotilla y te han puesto al día —contesté molesta.

—No creas. Eres muy misteriosa; solo poca gente sabe de ti por aquí. Sé que te has separado y que tienes dos hijos, pero poco más —me tranquilizó—. Te he observado y me he fijado en que has vuelto de las vacaciones más triste, te queda holgada la ropa porque has perdido peso y haces un gesto tocándote el dedo anular, donde antes tenías un anillo.

—Muy observador —cambié de tema; este chaval se estaba pasando de listo—. Voy a pedir la cuenta, quiero terminar arriba e irme pronto a casa.

—Sube ya si quieres. La cuenta está pagada, en agradecimiento por haber compartido la mesa y la charla conmigo. Apenas conozco a nadie y eres de las únicas personas que ha sido amable conmigo.

—Gracias, la próxima en Ávila invito yo —me sentí mal por haber contestado tan borde. Al parecer solo quería charlar con alguien de la oficina.

Esa semana hicimos el viaje relámpago a Ávila. Cogimos el tren por la mañana temprano y volvimos por la noche. A cambio, al día siguiente el patriarca nos dejó teletrabajar. La experiencia del viaje con Darío no fue mala; hablamos casi todo el tiempo de trabajo y, como le había prometido, le invité a comer en un restaurante del centro que ya conocía, aunque luego el patriarca me lo devolvió, considerando que era parte de la dieta del viaje.

Septiembre estaba dando sus últimos coletazos. Yo seguía hablando con Sergio mediante mensajes, pero no nos habíamos visto. Le echaba muchísimo de menos, aunque ambos estábamos liados con los respectivos trabajos y con los periodos en los que nos tocaban los niños, y ninguno daba el paso de concretar una cita para vernos en persona. Supongo que no quería meterme presión, sabiendo que era mi quincena con los niños en casa, y quería respetar mi espacio.

Capítulo 21

Otoño revoltoso

Era el último viernes de septiembre, acababa de comenzar el otoño, pero aún hacía buen tiempo. Ese día recibí un misterioso e-mail de Darío y, como siempre hacía, lo leí con acento argentino, pese a que ya sabía que era madrileño.

Buenos días, Berta:

Dado que le debo una invitación y hoy, por ser viernes, salimos antes, querría saber si le importaría acompañarme a comer. No me he traído comida y estoy harto de los poco saludables sándwiches de la máquina de vending. En caso de ser afirmativo, puede contestar a este mail para confirmar en el restaurante que seremos dos.

Gracias por su atención.

Darío Jiménez

Buenos días, Darío:

En mi táper hay unos restos de albóndigas de mi madre que bien pueden ser reemplazados. Aunque la deuda no es tal, porque la cuenta de Ávila, finalmente, la pagó el jefe. No obstante, acepto su propuesta para contribuir a que deje de comer comida rápida.

Gracias.

Berta Alonso

A lo que me contestó con un:

Perfecto, nos vemos a las 14:30 en el parking de la segunda planta del edificio.

Durante todo el día estuve rumiando haber aceptado. Parecía que estaba tonteando con Darío y no era mi estilo. Pero es que la noche anterior había visto una publicación de Sergio en Instagram con sus amigos y amigas jugando al pádel, y me había dado un poco de rabia ver cómo sonreía en la foto y no estar yo a su lado. Lo sé, esa reacción era un poco tóxica. Pero necesitaba salir de la rutina y dejar de pensar en él. Así que creí que no había nada de malo en

comer con un compañero y, a las 14:30, estaba en el parking cuando llegó Darío.

—Ponte la chaqueta, que te va a hacer falta —me advirtió.

—A esta hora no hace frío —respondí; la llevaba en el brazo porque la había usado por la mañana, que sí refrescaba.

—Ya —rio—, pero es que vamos en moto.

—¿En moto? —me sorprendí—. No me habías dicho nada.

—Cuando no vengo en metro a trabajar es porque vengo en moto; mi coche está en Sevilla. ¿Te da miedo? —preguntó con sonrisa maliciosa.

—¿Miedo yo? Es que no he montado en moto desde hace mil años y, además, seguro que no tienes dos cascos —me excusé.

—¿Qué te apuestas a que sí? Los cascos los tiene a buen recaudo el conserje del parking y, además, tranquila, no conduciré deprisa para que te sientas segura.

Menos mal que los viernes se puede ir a la oficina con ropa informal y llevaba unos jeans con botines. Habría sido un espectáculo verme con falda y tacones en moto.

Darío condujo unos cuarenta y cinco minutos por la A1 hasta Patones de Arriba, un precioso pueblo de Madrid, y eligió un restaurante muy bonito, decorado de manera rústica pero muy chic. Por supuesto, no me dejó pagar, pero aclaramos que daríamos por zanjadas las invitaciones. Me resultó novedoso y chocante ir en moto y tener que abrazarle, y durante la comida pareció una cita, porque por primera vez no hablamos de trabajo, sino de cosas de nuestra vida personal.

Me contó que se fue a Sevilla por amor y que, al terminar su relación, había dejado allí su coche porque lo compartía con su exnovia y a ella le hacía más falta, aunque él prefería las motos y sentir la velocidad en su cuerpo. Me explicó que ahora vivía solo en un estudio alquilado en el Pinar de Chamartín, bastante cerca de nuestra oficina. En cambio, yo me mostré más hermética. Le

escuchaba, asentía y solo le conté algo de la separación y de mis hijos, detalles que ya sabía.

Después de dar un paseo por el pueblo, insistió en llevarme a casa, pero le dije que era suficiente con dejarme en Chamartín para coger el tren, ya que mi cuerpo no estaba acostumbrado a montar en moto y sabía que tendría agujetas de la tensión todo el fin de semana. Le hice reír con mi exageración y me dejó en la estación después de darme dos besos muy cariñosos y desearme un feliz fin de semana.

Esa tarde, ya en casa, vi una publicación en la que habían etiquetado a Sergio. Estaba de *afterwork* tomando cañas con un grupo de amigos y, entre los acompañantes, reconocí a Ana, la chica con la que tuvo una relación de dos años antes de estar conmigo.

Casi se me cortó la digestión, maldecí todo lo que me rodeaba y deseé que a Ana se le pegara un trozo de papel higiénico en el zapato al salir de un baño y que lo arrastrara por todo el local sin que nadie le avisara. Deseé que hiciera mucho aire y se le pegara el pelo al *lipgloss*. Deseé que tuviera un moco en la puerta de la nariz y siguiera hablando con Sergio como si nada… pobre chica, no me había hecho nada, pero me moría de celos. Sin dudarlo, muy pasiva agresiva, le di "me gusta" a la foto.

Tras ese fin de semana, de nuevo me tocaba volver a casa de mis padres, por lo que esperaba que Sergio me propusiera algún plan. Llevábamos todo el mes de septiembre sin vernos y le notaba cada vez más distante. A mediados de la semana decidí llamarle yo; puede parecer arrastrado, pero fui yo la que pidió tiempo muerto y necesitaba escuchar su voz para saber si había pasado página o seguía echándome de menos.

—Hola, Berta, me has leído el pensamiento, te iba a llamar. —me contestó cariñoso y eso me sacó una sonrisa.

—Ah, ¿sí? ¡Qué bien! Pues era para saber cómo estás —estaba súper tensa y creo que mi voz me delataba—, ¿todo bien?

—Todo lo bien que se puede. Los niños están revoltosos con la vuelta al cole y creo que les está afectando el embarazo y la boda de

su madre. Tiene un lado positivo para mí, y es que, como está muy nerviosa y estresada, están pasando más tiempo conmigo. —explicó y cogió aire para añadir—. Me preguntan mucho por ti, pero no sé qué decirles.

Quería sonar indiferente con él. Ser altiva y dejarme querer, pero no me salió. Mi claridad no me lo permitía y, con él, no me nacía ser falsa. "Diles que les echo de menos y también a su padre".

—Ellos a ti también. Por cierto, Alejandra tiene el mismo gusto que tú para los perfumes. Está gastando el que dejaste en casa. —bromeó, pero ni rastro de un "te echo de menos", "vamos a vernos" o un simple "cómo estás". Como me olió raro, dejé de dar rodeos y fui a por todas.

—Puede quedárselo y el resto de cosas que tengo por allí. Si te molestan, mételas en una bolsa, ya veré cómo… —no me dejó terminar mi argumento, pues notó mi tensión.

—No me molesta nada tuyo. Todo lo contrario, lo que me molesta es no verte. Estoy intentando ser fuerte, pero te echo de menos. —soltó, y cómo me alegré de oír esa frase, aunque en todo lo bueno siempre hay un pero—. La distancia está siendo jodida, pero necesaria para poner todo en su sitio. Te iba a llamar para decirte que voy a irme unos días de viaje con unos amigos.

No me lo podía creer, pero siendo yo quien había echado el freno, qué podía esperar, ¿que se quedara en casa llorando por mí? No sabía qué decir, estaba a punto de llorar. Me animé: "Venga, Berta, no llores, sé dura".

—Oh, gracias. —disimulé—. Te llamaba por si te apetecía vernos, pero, en fin, no pasa nada, ya a la vuelta. Ah, y para recordarte que tengo la copia de las llaves de tu casa.

—Jo, yo también quería verte. Es que esto ha surgido de repente. Un amigo que iba al viaje no puede y me lo han ofrecido. Cambiando el nombre del vuelo, voy yo por él. Nos vamos a Múnich, es el Oktoberfest. Pero, si quieres, te llamo a la vuelta y nos vemos. Y, por favor, no digas tonterías sobre las llaves.

No pudimos hablar mucho más. Tenía un nudo en la garganta y, mostrando poco interés, puse una excusa para colgar. En ese momento, solo me apetecía ver a mis amigas y desahogarme con ellas. Sin dudar un segundo, les escribí al chat de grupo.

Berta

Chicas, este finde convoco aquelarre, estoy hecha un lío y una mierda.

Elisa

Este no puedo, tengo bautizo familiar, pero puedes pasar por la peluquería cuando quieras y me cuentas.

Nosotras nos manteníamos al día de nuestras desventuras, por lo que ya sabían del paréntesis con Sergio. Les había confesado que me había hecho "caquita" al pedirme que fuéramos más en serio y después me había enfadado al verle con amigos y con su ex en los *stories* de Instagram. Por supuesto, sabían de mis no citas con Darío, sobre lo que Elena me había recomendado que me lo tirara para olvidar al empotrador de Sergio y Elisa me había aconsejado que era una absoluta mentira eso de que un clavo saca a otro clavo.

Elena

Cuenta por aquí…

Berta

No es nada en particular, solo que quiero veros y ya está.

Elisa

Pues nos vemos el finde que viene. Organizamos una escapada de cena y bailoteo.

Elena

Solo chicas, ¿eh?

Berta

Confirmado, próximo sábado, girls' night.

Me vino bien postponerlo porque justo era cuando Sergio andaría por ahí de cerveceo en Múnich, bien rodeado de rubias teutonas.

El día antes de que Sergio volara, me subía por las paredes. Qué asco de redes sociales, qué puta manía de compartirlo todo. Uno de sus amigos subió una foto en una cervecería, etiquetando a Sergio.

En el grupo también estaba Ana, su exnovia. En la descripción de la foto rezaba: "Las próximas cervezas en tierras alemanas". Deduje, por tanto, que ella también iba al viaje y Sergio no me había dicho nada, por lo que estaba enfadadísima. Para ponerle a prueba, busqué una canción que le removiera las entrañas y se la envié unas horas antes de que cogiera el vuelo.

Berta

Te mando esta canción para que la añadas a tu playlist para el vuelo. Espero que te guste y que tengas buen viaje**.**

La canción era *Mirando al cielo*, de Huecco y Rozalén. Es una canción preciosa y su letra tiene miga… dice cosas tales como: «Tus manos traviesas nunca se olvidan, tu boca impaciente sobre mi piel, y qué hago aquí mirando al cielo, a diez mil kilómetros de tus besos, besando banderas abriendo fuego, cavando trincheras y te echo de menos».

Sabía que no le iba a dejar indiferente porque Sergio le da mucha importancia a la letra de las canciones. No me contestó en ese momento, pero sí más tarde.

Sergio

Gracias por la canción, me encanta. Justo voy a despegar, voy a escucharla como sustitutivo de nuestra tradición antes de despegar. Te veo a la vuelta. Besos

Pensé que le había conmovido, pero seguía revuelta con el pensamiento de que se iba de viaje con su ex y ni siquiera me había atrevido a preguntarle si iba con ella o no. ¿Y si la chica puente había sido yo para ahora volver con ella?

Tenía que relajarme, pero mi cabeza iba a mil por hora. Era la típica exnovia tóxica que tanto había criticado, pero no lo podía evitar. Calculé lo que tardaría en llegar el vuelo a Múnich, sumé el tiempo en el aeropuerto y en llegar al hotel, y esperé una llamada o al menos un mensaje para decirme que había llegado bien, pero no hubo suerte. "Estará tan contento con sus amigos y su 'amiga' disfrutando de una *weißbier*", pensé.

Con toda mi rabia dentro, quedé con mis amigas y en la cena les puse al día de todo. Hablamos de la foto, de Ana, de la canción y de

la ausencia de noticias de Sergio. No daban crédito a lo absurdamente tóxica que me había vuelto, pues hasta había comprobado que no había sucedido ningún accidente aéreo.

—Pues llámalo tú —me lanzó Elisa—. Sé sincera. Dile que estás preocupada. Vamos, la verdad: que te parece raro que no te haya escrito.

—¡Una mierda! Eso es de arrastrada… Pide otra botella de vino —dijo Elena haciendo gestos a la camarera.

Entonces a Elisa se le ocurrió una de sus ideas:

—¿Y si le llamo yo con mi móvil? Me hago la loca y le digo que no te localizo, que si está contigo.

—¡Que noooo!, que se va a notar —gruñó Elena, enfadada.

—Una mierda, que soy muy buena actriz —replicó Elisa, altiva.

—Chicas, no empeoréis las cosas —medié yo, más tranquila y con un poco más de cordura que en las últimas horas—. No quiere hablar conmigo, está claro. Yo le dejé y ahora está haciendo su vida, y yo tengo que hacer la mía. Lo que pasa es que esta actitud no me pega de él.

Seguimos cenando y, cuando Elisa fue al baño y volvió, le dijo algo a Elena al oído. Yo estaba algo achispada del vino, pero me mosqueé.

—Eh… ¿qué pasa? Decidme.

—Elisa le ha llamado, pero tranquila, no ha hecho el ridículo. Está apagado —informó Elena.

—Berta, seguro que hay una explicación —me tranquilizó Elisa.

—Se está vengando, chicas, y esta es la única explicación: cuando alguien apaga el móvil es porque no quiere ser molestado y punto. Y punto final. Pedimos la cuenta y nos vamos a bailar —sentencié.

Tras pagar la cuenta, nos fuimos a un club de moda del centro y, aunque estaba abarrotado, Elena siempre conoce a alguien que nos cuela o nos invita a algo. Es increíble; solo espero que no todos

hayan sido ligues suyos. Me vino fenomenal estar con ellas, hacía un montón que no salía de noche sola, con amigas, y nos hartamos de bailar y de brindar…

En la barra había un grupo de chicos que nos miraba durante toda la noche, y no era de extrañar, porque estábamos dando un poco la nota, pero eso a nosotras nos daba igual. Uno de los chicos, el que estaba de espaldas y del que estábamos comentando que tenía un buen culo, se dio la vuelta, me reconoció y me saludó.

—¡Berta! Este es el último sitio donde pensé que te iba a encontrar.

Mis amigas no podían cerrar la boca. Era Darío; ellas no lo sabían y esa noche estaba más guapo que nunca. Tenía un par de botones de la camisa desabrochados y los vaqueros parecían cosidos a su cuerpo. Llevaba el pelo travieso peinado hacia arriba con su característico remolino y una media sonrisa que dejaba ver sus dientes.

—Los sábados suelo ir a la biblioteca o a la filmoteca nacional, pero ya ves, hoy me he dejado llevar… —ironicé—. Yo tampoco te esperaba ver aquí.

Le presenté a las chicas para que salieran por fin de dudas y nos unimos a su grupo. Como la música estaba muy alta, teníamos que hablarnos al oído para entendernos, y Darío y yo conversamos más que un día de oficina, mientras Elena se lo comía con los ojos.

—Berta, está buenísimo, no me lo habías descrito así —me tentó Elena—. Por favor, mi niña, date un homenaje. Él también te está comiendo con los ojos. Nena, imagínate que lo dejas pasar y Sergio se está tirando a su ex en Múnich.

—Paso. ¿Tú no sabes el dicho de que donde tengas la olla no metas la…? —rechacé su idea—. No me hagas más sangre con lo de Sergio. Eres como el diablillo de la mala conciencia sobre mi hombro; no vas a conseguir tentarme.

A las cuatro de la mañana, todo el grupo estaba en el punto de exaltación de la amistad y la alegría después de varias copas y

muchos bailes, pero yo consideré que era el momento de parar y empezar a pensar en volver a casa. Elisa, que es más responsable, estaba conmigo. Elena y los chicos insistían en irse a otro garito. A mí me palpitaban los pies por los tacones y estaba un poco mareada, así que decidí salir fuera para llamar a un taxi. Dentro se quedó Elisa para intentar convencerlos y Darío me acompañó al exterior.

—Yo he bebido y no he traído hoy la moto, si no te llevaría a casa —me ofreció.

—Gracias, pero ni de coña me monto yo contigo en la moto después de verte con un gin-tonic —le dije, agarrándome de su hombro para sacar y meter de nuevo el pie del zapato derecho y que me circulase la sangre.

—Otra opción es que compartamos taxi.

—Pero si cada uno vivimos en una punta de Madrid —no entendía nada.

—Me refería a coger un taxi juntos a mi casa —se reafirmó.

—Mira, Darío, me caes bien, pero igual me has malinterpretado cuando hemos salido a comer juntos o esta noche, en la que hemos intimado más —lo miré con ojos melosos mientras seguía apoyada en él, repitiendo el gesto con el otro zapato.

Llegó un taxi. Como mis amigas no salían, se lo cedí a Darío. Se montó en el asiento trasero y me ofreció su mano para que lo acompañara. Le negué con la cabeza y, en ese mismo momento, el diablillo rojo de mi conciencia me susurró al oído: *Sergio–Múnich–cerveza–Ana…* No sé por qué, en el último momento me colé en el taxi y, en piloto automático, escribí un escueto mensaje a mis amigas: *«Todo bien, he cogido un taxi, mañana hablamos.»* Yo también apagué el móvil.

No me dijo nada, solo sonrió. Pero qué sonrisa… Yo estaba como un flan. Tomar una decisión así, tan loca, sin pensar, no era propio de mí, pero me dije a mí misma, para autoconvencerme: "Qué coño, Berta, disfruta de la vida. Has cortado con Sergio, él se ha ido con

su ex de viaje, ha apagado el móvil y probablemente se la esté tirando en el hotel. ¿No deseabas disfrutar de tu soledad? ¿No querías no atarte tan rápido a alguien, conocerte a ti misma? Pues venga, ¡viva la vida loca!"

Llegamos a su barrio, Darío pagó el taxi y me llevó de la mano a su estudio. Era la penúltima planta. En el ascensor nos miramos y me entró la risa. Acercándose peligrosamente a mí me susurró casi en la boca:

—¿De qué te ríes?

—No sé, estoy nerviosa. Yo no he hecho esto nunca.

—¿Esto? ¿El qué, soltarte la melena? El lunes ya te pones de nuevo las gafas de jefa seria, pero hoy sé una pelirroja mala —rozó sus labios con los míos sin llegar a besarme, sin dejar un centímetro entre nuestros cuerpos.

Qué poder de convicción, con esa seguridad en sí mismo, ese tono de voz ronco, sexy y sugerente, dejando inacabadas las frases. Qué bueno está, esos ojos de gato y esos labios carnosos…

El ascensor paró en su planta. Darío abrió la puerta en un segundo; lo seguí y, tras acceder al estudio y cerrar la puerta, comenzó a besarme con euforia contra ella. Me besó con pasión y cerró de un portazo con nuestros cuerpos. Su boca, su lengua, mi lengua, su cuerpo, sus manos recorriéndome y sus ojos siguiendo lo que hacían sus manos, sus oídos escuchando mi respiración cada vez más acelerada.

Estaba tan pegado a mí que ya notaba su erección. En ese momento me tomó en brazos y me sentó sobre la barra de la cocina. Siguió besándome con pasión y buscó con sus manos la cremallera del vestido. Empecé a sentir vértigo o quizá mareo por las copas unidas a la velocidad del taxi, o la conciencia sucia que se activó y me dijo: "¿Qué coño estás haciendo, Berta?"

—Para, Darío, para —repetí—. No puedo o no quiero, no sé… Lo siento.

—No pasa nada —paró al instante—. Solo tú decides. Pasará lo que tú quieras, cuando tú quieras.

—Yo no soy así —me cubrí la cara con las manos—. Qué vergüenza. Me voy, me tengo que ir. Ayúdame a coger un taxi —le supliqué.

—Me da miedo que te vayas sola tan tarde —me tranquilizó—. Por favor, acepta al menos quedarte aquí. Te preparo mi habitación y yo duermo en el sillón. Descansamos un poco, bajamos el alcohol y mañana te llevo a casa.

Acepté su propuesta, porque la verdad es que estaba acobardada, mareada y abrumada por la situación. Fue muy amable: me preparó su cama y me dejó una camiseta grande para dormir. Pidió permiso para darse una ducha, supongo que para bajar el calentón, y salió del baño con ropa deportiva limpia. Como en las películas, se fue al salón con unas sábanas y una almohada.

Me sentía fatal entre sus sábanas. Me decía a mí misma qué narices hacía ahí. Casi me había acostado con mi compañero de trabajo por despecho y rabia. No sé qué me había llevado a tomar esa decisión, pero no paraba de pensar en Sergio, cuánto lo quería y que no podía estar sin él. "¿Por qué estamos así? ¿Soy tan inmadura como él dice? No entiendo cómo ha pasado página tan rápido si quería que viviéramos juntos." Di mil vueltas en la cama hasta que caí rendida.

A la mañana siguiente, Darío me despertó dando unos golpecitos en la puerta.

—Buenas tardes, Bella Durmiente.

—¿Buenas tardes? ¿Qué hora es? —pregunté aturdida.

—Las doce… ¿tienes hambre? En la cafetería de abajo sirven un *brunch* buenísimo: reponemos energía y te llevo a casa —propuso.

—¿En moto? Llevo la ropa de anoche, no me desmaquillé y no me veo con vestido y tacones en moto. Mejor llamo a un taxi.

—Te llevo en coche. Mi vecino me deja el suyo, me llevo bien con él, me debe algún favor. Pero venga, desayuna conmigo al

menos, es mi manera de pedirte perdón —suplicó. Acepté y le pedí unos minutos para mí en el aseo.

Entré al baño a recomponerme un poco. Me lavé la cara con agua y jabón y eliminé todo rastro de maquillaje. No tenía muy buen aspecto pero al menos no iría con pinta de fulana trasnochada. Le robé un poco de enjuague bucal, me volví a vestir con el vestido de la noche anterior y bajamos a desayunar. Fue menos incómodo de lo que pensaba. Hablamos de lo que había pasado anoche y le echamos la culpa al alcohol, muy típico.

—Mira, Berta, no voy a negar que me gustas, pero no fueron las formas; se me fue de las manos —admitió, cabizbajo—. Te pido mil perdones. Si te parece, lo dejamos como una anécdota. Por cierto, con la cara lavada estás guapísima, pareces una niña —me hizo sonrojar y esbocé un «gracias» vergonzoso. Le supliqué que lo que casi había pasado quedara entre nosotros. Rio y añadió—: Por supuesto, quedará entre nosotros, entre el gofre hipercalórico que te estás zampando y mi tostada de jamón.

Como me había prometido, me llevó a casa. Al llegar, corrí directa a mi habitación sin dar explicaciones a mis padres, rumiando: "¡Joder, tengo treinta y seis años!" Encendí mi móvil y entraron casi cien mensajes de mis amigas y varias llamadas perdidas de un número desconocido.

Capítulo 22

Black Monday

Al menos todo lo sucedido ese fin de semana me sirvió para tomar una decisión: volar de casa de mis padres y buscar una habitación en un piso compartido para los días que no me tocaba estar en casa con los niños. Mis padres se mostraban un poco hartos de que yo alterara sus rutinas, no les gustaban mis entradas y salidas y yo me sentía muy mayor para vivir con ellos y volver a darles explicaciones.

El domingo por la tarde les confesé todo a mis amigas. Fliparon con lo sucedido porque no era mi manera de ser e incluso Elena, con lo liberal y loca que era, se alegró de que hubiera frenado a tiempo y no me hubiera acostado con Darío.

Pero el lunes ya fue otra historia. Volver a cruzarme con Darío por los pasillos y compartir despacho con él resultó una situación muy heavy. Se presentó tan tranquilo, natural y simpático como siempre, con ese encanto suyo que parece venir de fábrica. Para rematar, apareció con churros para desayunar, como si fuera nuestro héroe mañanero. Y aquí va mi pequeña maldad: yo creo que lo de los churros no fue generosidad… fue nostalgia. Seguro que todavía andaba lamentándose de no haber podido "mojar el churro" el sábado.

Pasé toda la jornada en la oficina, renunciando ese día a teletrabajar, ya que no tenía a los niños a mi cargo, y a mitad de la mañana recibí un mail con remitente desconocido. Uno de tantos que recibo; la mayoría suelen ser currículums, y lo primero que pensé es que el candidato debía elegir un dominio más profesional porque era "losetodo". Lo abrí y, para mi pesar, no era una demanda de empleo, sino una amenaza directa.

Querida Berta:

Por lo visto, te divertiste mucho el sábado con tu compañero Darío. Os vi coger un taxi juntos. También sé que pasaste la noche en su casa; hacéis buena

pareja. Por lo que pude observar, eres muy golosa. El próximo día llévate ropa de cambio para no volver a casa con la ropa del sábado noche; eso no es digno de una señora de tu nivel. Y, además, te gusta montar en moto abrazadita a él, ¿verdad?

Solo te escribo para que sepas que lo sé todo, que os he visto y tengo pruebas fotográficas. Cuéntaselo a Darío y andad con ojo porque me puedo ir de la lengua… y vuestra buena reputación en la empresa puede esfumarse en un segundo.

Pronto tendrás más noticias mías.

Esto es lo último que me faltaba: un chantaje. Toda la vida cultivando mi carrera profesional sin un tachón, y por una equivocación todo se podía ir a la mierda. Avisé a Darío de que tenía que hablar con él en privado sobre un candidato y le conté todo.

—¿Qué hago? Mejor dicho —rectifiqué—, ¿Qué hacemos? Deberíamos denunciarlo.

—¡NO! —contestó rotundo—. Nos meteríamos en un lío. Tendríamos que ir a declarar y dar muchas explicaciones. Entre nosotros no ha pasado nada. Igual es una broma, no le des importancia. Y, si tiene una foto juntos, eso no prueba nada. Además, no te ha pedido nada a cambio, ¿no? Bórralo y olvídalo.

—Pero nos vio y nos ha seguido durante varios días. Me da miedo —confesé—. Creo que deberíamos contárselo al jefe. Explicarle que somos amigos y que alguien con mucha maldad lo ha malinterpretado. Seguro que hay una forma de rastrear de dónde viene ese mail.

—Berta, calma —me tranquilizó, ofreciéndome un abrazo—. Estamos juntos en esto. Vamos a pasar de él. Nos vio, se ha creído espía y nos está gastando una broma de mal gusto. Deberías irte a casa a descansar y mañana ya lo verás con otros ojos.

Me quedé más tranquila, confiando en su criterio, ya que Darío se mostraba más sereno. Recogí mis cosas en la oficina y me dirigí a la estación como cada día. Unos minutos antes de tomar el tren, sonó mi teléfono y vi en la pantalla el nombre de Sergio y su foto. Era lo que me faltaba para rematar el día.

—Mira, Sergio, no tengo el chichi para farolillos, ¿eh? —le dije sin saludar—. ¿Qué pasa? ¿Qué quieres?

—Perdona —sonó avergonzado por mis palabras—. Solo te llamaba para explicarte lo que ha pasado en el viaje.

—¿En serio? Un poco tarde —disparé e inicié un discurso sin dejarle intervenir—. No tienes que darme ninguna explicación. Ya me has dejado claro que no somos nada y que puedes follarte a quien te dé la gana. Mañana le devuelvo las llaves de tu casa a Inés para que no tengamos que vernos, y las cosas que me dejé en tu piso, mételas en una bolsa y tíralas. ¡Ah! Y, por cierto, mi perfume, ese que tanto te gusta, que se lo eche Ana en el coño si quiere…

—¿Ana? —consiguió interrumpirme—. ¿Qué tiene que ver Ana en esto? Me imaginaba que no te había gustado lo del viaje y que no te llamara, pero estás paranoica… —como yo balbuceaba y le interrumpía constantemente, Sergio levantó la voz—. ¿PUEDES DEJARME HABLAR SOLO UN MINUTO? No sé de dónde has sacado lo de Ana. Me fui a Múnich con cuatro amigos y, en el aeropuerto, me robaron la mochila de mano con el móvil, la cartera y toda mi documentación. Después de solucionar lo del robo, volviéndome loco en una comisaría denunciando ante un alemán cuadriculado de dos metros, te intenté llamar mil veces con el móvil de un amigo, pero estaba apagado y desistí. Ha sido un viaje gafado; el resto del tiempo prácticamente lo he pasado en el consulado consiguiendo el pasaporte para poder volar de vuelta y cabreado conmigo mismo porque creía que no cogías el teléfono porque lo estaba marcando mal de memoria.

—Perdona, había malinterpretado todo —me disculpé avergonzada—. Es que, como os vi en unas fotos juntos antes del viaje, pensé que… bueno, no importa. Es que he tenido un mal finde y un lunes peor. Lo siento de veras, pero ahora necesito llegar a casa y relajarme —estaba a punto de llorar y estallar en mil pedazos —. Hablamos cuando esté más tranquila.

Colgué el teléfono, me tapé la cara con el bolso y subí al tren que acababa de llegar lo más digna posible. Durante el trayecto,

recibí un WhatsApp de Sergio con un enlace a un vídeo de YouTube. Se trataba de la canción "Perdón", de David Bisbal, y añadió un mensaje:

Sergio

Por si sirve de ayuda para que me perdones.

Y yo me sentí sucia y una mala persona. Había sido borde, cruel; había echado a Sergio de mi vida a patadas para, después, comportarme como una exnovia tóxica y celosa. Y, casi a la primera oportunidad, me había liado con otro solo para hacerle daño. Desde mi separación había planeado un pequeño cambio de vida y de rutinas, vivir nuevas experiencias, conocerme a mí misma. Pero nunca estuvo en mis planes ser tan rastrera. Sergio no se merecía eso.

Capítulo 23

A mi bola y ejerciendo de espía

En el mes de noviembre finalmente me mudé a una habitación en un piso compartido con otras dos chicas. Me costaba tan solo trescientos euros, que era lo que me podía permitir para mantener una economía saneada. Era algo temporal y suficiente para pasar allí las dos semanas que no me tocaba estar en casa con los niños, por lo que solo trasladé lo imprescindible.

Mis compañeras, Lidia y Andrea, eran dos amigas estudiantes de último año de trabajo social y psicología y, pese a que eran mucho más jóvenes que yo, pronto congenié con ellas. Me recordaban a Elena y a mí: una más formal y responsable y la otra más alocada. Nosotras también hicimos el experimento de vivir juntas después de la universidad, pero duramos tres meses. Elena es una gran amiga, pero un desastre como compañera de piso.

Mis nuevas compañeras no eran asiduas a organizar fiestas. Lo máximo era invitar a sus amigos a beber algo, y me incluían en el plan para que no me sintiera aislada. Si estaba libre, compartía una cerveza con ellos, me reía con sus historias de veinteañeros, pero pronto me sentía fuera de lugar. Les dejaba el salón y me escondía en mi habitación.

Mi habitación era grande, luminosa, con muebles de líneas sencillas en tonos claros. Una cama mediana, un escritorio, un armario y estanterías, a lo que añadí una pequeña televisión para hacerme compañía. Me recordaba a cuando dormía en casa de Sergio, abrazada a él viendo series. Llené la estancia de fotos de mis hijos, y discretamente dejé una foto con Sergio, besándonos con el puente de Londres al fondo. Cuando sentía nostalgia, la miraba y parecía que mis órganos internos se retorcían. "Lo que pudo ser y no fue", como dice la canción.

Durante ese tiempo Sergio y yo seguíamos en contacto mediante mensajes y algunas llamadas. Hablamos tranquilamente sobre el malentendido del viaje a Múnich, y mantuvo el relato casi inverosímil del robo del móvil y la coincidencia de la aparición de Ana en las fotos. Sergio seguía solo, volcado —en este orden— en sus hijos, el deporte y el trabajo. Siempre me decía que contara con él y que respetaba mi decisión de estar sola.

En efecto estaba sola, pero no en el sentido negativo. Tenía el apoyo de mis hijos, mi familia, mi trabajo y mis amigas. No en ese orden, sino todo a la vez. Eran mis pilares. No quería amor ni mucho menos sexo. Estaba siendo como debía haber sido hace meses: necesitaba reubicarme y saber qué quería.

En mi trabajo estaban iniciando la selección de quien ocuparía el puesto de Andrés, mi jefe, es decir, el patriarca. Él quería dejarlo solucionado antes de que finalizara el año, y todo el mundo daba por hecho que la decisión estaba entre Darío y yo.

Mi proyecto "calidad vs cantidad" tenía partidarios y detractores, y eso podía marcar la selección. Darío y yo nos seguíamos llevando muy bien. Charlábamos más y salíamos a comer y de *afterwork* con el resto del equipo de vez en cuando. Nunca mencionamos nada de aquel sábado. Pero fuera de la oficina, me tiraba la caña siempre que podía. Le encantaba coquetear. Yo evadía sus indirectas y directas: no quería malos entendidos ni rozar la tentación. El correo amenazante se había quedado como algo aislado… hasta que unos días antes de la entrevista con el comité de jefes recibí otro correo:

Querida Berta,

No crea que he olvidado lo que vi y lo que existe entre el señor Darío Jiménez y usted. Puede que a los señores importantes que le van a entrevistar les gusten las fotos. Estaba usted muy guapa y sonriente ese sábado y en el video se la observa muy animada, bailando sexy junto al señor Jiménez. Al ver ese video podrían pensar que mantienen sexo apasionado en la sala de reuniones o en los baños de la planta 23, donde baja usted frecuentemente cuando los de su planta están ocupados.

No se olvide de mí. Seguiremos en contacto.

Al terminar de leerlo, me quedé sin aire. De nuevo busqué la complicidad de Darío. Él se mantenía tranquilo, pensaba que era un sinsentido, que no tenía claro qué pretendían. Por primera vez me animó a que respondiera preguntando qué quería o si exigía algo a cambio de su silencio.

A mí me sonaba todo muy raro. Conocía demasiados detalles: tenía que ser alguien muy cercano, de la empresa. Pero confiaba en mi equipo, y no tenía lógica que quisieran perjudicarme. Lo único claro era que pretendían desestabilizarme antes de la entrevista. No hacía falta ser Freud. No iba a contestarle ni a entrar en su juego, pero sí iba a iniciar mi propia investigación.

Al día siguiente recibí otro correo similar. Tampoco respondí. En cambio, hablé con Clara, la persona en quien más confiaba, y le pedí que me ayudara. Le conté por encima lo de los correos —sin mencionar aquella noche—, explicándole que insinuaban que entre Darío y yo había algo. Le rogué que estuviera atenta. Clara insistió en que lo denunciara, pero no antes de la entrevista. Me jugaba mucho.

Llegó la entrevista y mantuve la calma. Al fin y al cabo soy psicóloga, y después de todo lo que había pasado ese año, no podría conmigo ni un tranvía. Salí conforme, segura de mí misma y de mi valía. Y justo ese mismo día, a última hora de la mañana, Clara me avisó de que tenía algo. Me propuso ir al baño del hall de la entrada, no al de nuestra planta.

Allí me puso al día de sus pesquisas. Me contó que Darío y Charlie, el nuevo administrativo, se habían hecho muy amigos y se veían fuera del trabajo.

—Clara —repliqué—. Eso no es sospechoso. Es normal: tienen la misma edad, los mismos gustos, trabajan codo con codo y llegaron casi a la vez.

—¿Y que Darío tiene novia en Sevilla? —contraatacó.

—Será su exnovia. Eso es lo que me contó —respondí.

—Según su versión —dijo, haciéndose la interesante—. Porque no, siguen juntos. Nunca lo dejaron. Carol le ha escuchado hablar con ella. Darío decía que se olvidara de Triana, que quería algo sencillo y, si no, no se casaría. Que se estaba adaptando muy bien a Madrid.

Me quedé blanca. Si eso era cierto, Darío había intentado acostarse conmigo teniendo novia y estando a punto de casarse seguía coqueteando. Algo olía mal. Así que le confesé a Clara todo, incluida la noche loca, para que me ayudara a atar cabos. Y vaya si los ató.

—Ay, bonita, qué ingenua eres —me dijo dándome un golpecito en la frente—. Darío no se encontró contigo por casualidad en ese club. Charlie le dijo que estarías allí porque él te dio *flyers* para que fueses con tus amigas, ¿no te acuerdas?

—O sea, que fue un plan para seducirme. Él me vio mal y se aprovechó. Pero ¿cuál era su objetivo? ¿Quitarme el puesto? —pregunté, sabiendo la respuesta.

—No hay duda. Darío es más listo que el hambre. Probablemente sabía lo de la jubilación antes que tú y por eso vino a Madrid. Quería eliminarte del proceso, que parecieras inestable, incapaz de asumir el puesto, llena de problemas personales y que querías seducir a un compañero más joven.

—Pero sin pruebas… ¿qué hago? —me lamenté—. Solo me queda ir con la verdad por delante o jugársela yo a él.

—Exacto —me animó—. Cuéntale todo al patriarca. Confía en ti. Te quiere casi como a una hija.

Sin dudarlo, escribí a Andrés pidiendo una reunión personal. Me llamó preocupado y me presenté en su despacho con la verdad por delante. Le relaté mis sospechas, aunque carecía de pruebas. No dudé en contarle el acercamiento de Darío, el coqueteo, las amenazas y cómo me convenció para no denunciar. Lo narré serena, segura de no haber hecho nada malo.

—Me dejas sin aliento —dijo levantándose y sentándose en el borde de la mesa—. Esto es muy grave, Berta. Voy a hablar con informática para que averigüen desde dónde enviaron los correos. Si han sido tan torpes de hacerlo desde aquí, están acabados. Te diré algo en cuanto lo tenga. Y descuida: con todas las pruebas, te acompañaré a denunciar.

No tardaron ni un día. Los correos salían del servidor de la empresa, exactamente del ordenador de Charlie. El patriarca lo llamó a su despacho y, cuando lo confrontó, cantó todo. Era un niñato: solo lo hizo porque no quería que yo fuese su jefa, y se había calentado tras una noche de copas con Darío queriendo gastarme "una broma". La broma fue cuando ambos fueron despedidos con un expediente disciplinario por acoso.

No hizo falta denunciar: la empresa actuó de oficio. Pensé en todas las mujeres que han sufrido acoso laboral, incluso las que han perdido la vida por ello. Sentí que había ganado una pequeña batalla por todas ellas y por las que vendrán. No volví a cruzar una palabra con Darío. Un lobo con piel de cordero. El Scar del Rey León.

Tardé tiempo en quitarme el asco de recordar que Darío me había tocado, besado, y lo poco que faltó para acostarme con él. Sentí alivio con su despido. Me había hecho sentir débil, y comprendí que todo había sido orquestado e inducido y que yo había caído. En la trampa como una tonta.

Cuando todo pasó, me sentí reconfortada, empoderada, con las riendas al fin de mi vida. Ya nada me podría parar. Era la Capitana Marvel, caminaba con el paso firme de Beyoncé y nunca más sería una Cenicienta.

Capítulo 24

Tocando del cielo

Antes de las vacaciones de Navidad, en mi trabajo se celebra un cóctel en las mismas instalaciones. No tenemos la clásica cena de Navidad y, después del encuentro, los compañeros más afines quedamos para cenar. Aunque este año no hemos organizado nada tras lo sucedido con Darío y Charlie. Todo el equipo se ha resentido.

Al iniciar el cóctel, es costumbre que intervengan los diferentes jefes de área, entre ellos el patriarca, para felicitar a los empleados. Este año, Andrés se despide, pues inicia su prejubilación. Durante su discurso, se notaba su emoción en cada palabra, aunque trató de disimular contando algunas anécdotas. Antes de dar paso al último brindis, tenía un as guardado en la manga.

—Es un orgullo para mí dar el relevo a mi sustituto —hizo una pausa de tensión para después exclamar— Berta Alonso, que tras mi jubilación pasará a ser la nueva jefa de Recursos Humanos, y para la que pido un enorme aplauso.

Se me dilataron las pupilas y casi tiro la copa de vino blanco que sostenía en la mano. Todos mis compañeros rompieron en aplausos e incluso se escuchó algún silbido. Pero el patriarca les hizo callar rápido para proseguir.

—Berta ha demostrado que es una excelente trabajadora estos años, siempre esforzándose, con plena pasión y dedicación a su trabajo. No solo eso: además es buena compañera y, a nivel personal, posee unos valores excelentes, siendo sincera, comprensiva y empática. Por diferentes razones, sé que este año no ha sido el mejor para ella, pero ha continuado al pie del cañón cada día. Este año que comienza sí va a ser el suyo. —Tras unos segundos y un gesto con la mano hacia Carol—. No puedo seguir hablando porque me emociono. Felicidades, Berta.

En ese momento entró Carol con un enorme ramo de flores y me lo entregó entre lágrimas.

Mi año, ojalá —pensé—, pues este que ahora finaliza ha sido una jodida montaña rusa, con sus momentos malos, aunque con muchos buenos. En esos momentos, justo en ese instante de victoria y alegría, solo Sergio aparecía en mi pensamiento. Sabía que se sentiría muy orgulloso de mí al enterarse. Entre felicitaciones, besos y palmadas en el hombro, y aun sosteniendo las flores, me escapé al pasillo y le llamé.

—Lo siento, sé que estarás trabajando —le dije nada más oír su voz.

—No importa, me encanta oírte, pero… ¿pasa algo? ¿Estás bien? —se preocupó. Hace bastante que no hablábamos.

No había reunido las fuerzas, pese a salir victoriosa, para contarle lo de Darío. Primero, porque le dolería mucho lo que me habían hecho, y segundo, no sabía cómo contarle que casi nos acostamos por despecho. La amiga que nos presentó, Inés, me había verificado la historia del robo, ya que su marido estaba con él en ese viaje, y yo me sentía una estúpida por haber dudado de él.

—Quiero que seas el primero en saberlo —introduje—. Soy la nueva jefa de Recursos Humanos.

—¡Qué bien! —gritó—. Sabía que lo conseguirías. Estoy tan orgulloso de ti, pecas.

Qué reconfortante, pensé. Aunque no siguiéramos juntos, seguía siendo especial para él.

—Ahora tengo que dejarte, dentro sigue la fiesta. Me acaban de nombrar capitana y no puedo abandonar el barco. Si quieres, te llamo para vernos y celebrarlo. Ya sabes que mis amigas y mi hermano festejan todo, así que algo haremos.

—Cuenta conmigo —confirmó—. Tengo muchas ganas de verte. Habrá que regalarte una pluma Montblanc como una jefa seria.

Sergio rio, y lo hizo como solo sabe hacerlo él. Su risa era un regalo y me la contagió. Hacía tiempo que no me reía así,

ampliamente y enseñando todos los dientes. Estos meses había regalado sonrisas sociales, baratas, pero una sonrisa auténtica solo la lograba él.

Capítulo 25

Don´t stop me now

La jefa, el título de la fiesta, se le ocurrió a mi hermano. Él siempre ha mantenido que yo llegaría alto, pues ya de pequeña le ordenaba sacar el lavavajillas en cuanto terminaba, le gritaba que colocara la ropa y para que tardara menos en la ducha, pese a ser yo la pequeña de la casa.

Me pusieron al entrar de fondo *Don't stop me now*, de Queen, que es una de mis canciones favoritas. Habían hecho camisetas en mi honor con ese lema y me compraron una corona y un cetro de mando como el de la reina de Inglaterra. Convocaron a tanta gente que tuvieron que alquilar un local. Acudieron mis compañeros del trabajo, mis amigos de la universidad, toda la familia y mi pandilla de amigos al completo.

Por supuesto, vinieron Mateo y Sergio; cada uno se situó en una punta del local. No se cruzaron ni se miraron, pero no mostraron tensión, dado que ambos iban en calidad de amigos y se sentían muy felices por mi ascenso.

No veía a Sergio desde septiembre. Estaba como siempre: sonriente, cariñoso y sociable con todos y tan, tan guapo, que reventaba. Se le notaba nervioso por la presencia de Mateo y de mis padres, a los que aún no conocía; pero Inés, que es muy diplomática, hizo las presentaciones pertinentes.

Nada más llegar, se acercó a mí a darme la enhorabuena y me rodeó con sus enormes brazos, en un abrazo que duró una eternidad. Me sentía dentro de una cueva entre ellos, aspirando el olor de su cuerpo, y en ese preciso instante me sobraban todos los que habían venido a la fiesta. Me recordó a nuestro primer abrazo, y si no fuera porque estaban mis padres, mis hijos y Mateo, le habría besado hasta borrarle los labios.

—Enhorabuena, preciosa. Estás guapísima como siempre, pero un poco más flaca; me da miedo romperte —dijo mientras me achuchaba.

—Digamos, por resumir, que ha sido una época algo convulsa. Ya sabes… tensión laboral, mudanza, muchos cambios y novedades —derivé la conversación—. Muchas gracias por venir, me hace especial ilusión que estés aquí.

—Estaba deseando verte, aunque tenía miedo de no pintar nada aquí, pero tu hermano me incluyó en el grupo de WhatsApp desde el principio y no podía rechazar la invitación.

—Gracias, de verdad. —Me tenía que morder la lengua para no hablar de más. Me moría de ganas de volver a notar el sabor de sus labios, de darle un abrazo eterno, de perderme entre su cuerpo, pero tenía un sentimiento de culpabilidad enorme por mi error con Darío.

Mis amigas me decían que no tenía de qué preocuparme, que solo había sido un fallo y que, si frené, es porque sentía aún algo por Sergio y eso era lo más importante. Pero yo me culpaba y me boicoteaba a mí misma. ¿Tendría algún día valor para contárselo? ¿Me perdonaría? ¿Querría de nuevo estar conmigo? Y, sobre todo, ¿seguía sintiendo él algo por mí o ya era demasiado tarde?

Después de estos meses separados, entendí mejor aquellas palabras que me dijo cuando lo dejamos. Que tenía suerte por haberme enamorado sin pasar por un vía crucis de relaciones insustanciales, egoístas y tóxicas. Y ahora, por fin, admitía que me había enamorado de Sergio y no lo había querido ver, siendo yo misma la que se había puesto trabas y barreras para ser feliz. Primero había sido mi amigo, mi confidente y compañero, para pasar a ser mi amante, mi pasión y mi amor. No se merecía que después le hubiese hecho daño y casi le hubiese traicionado en un arrebato de cólera y despecho.

Charlamos un rato de mi mudanza, del ascenso, de los niños y de sus anécdotas del viaje a Múnich. Después, educadamente, me

pidió que atendiera al resto de invitados, que no me preocupara por él, que no me quería acaparar.

—No pasa nada, te lo debo por la última fiesta. No me porté bien contigo, la lie un poco… como se suele decir, la lie parda —confesé.

—Eso ya es agua pasada. No hay que ir para atrás ni para coger carrerilla. Hay una cita que dice que «la mejor manera de predecir el futuro es creándolo». No recuerdo de quién es; lo vi escrito en un texto hace años, cuando mi vida era un caos, y lo puse en práctica.

—Muy sabio, lo googlearé… me gusta —dije grabando la cita en mi mente. Continué mi camino, saludando y agradeciendo a los invitados su asistencia, más aún dado que era víspera de Nochebuena.

Entre todos los invitados me regalaron un trono inflable para poner sobre mi silla del despacho, con una anotación que rezaba: "Que a nadie le quepa duda de quién manda ahora". Y después del regalo humorístico, me obsequiaron con un pack de balneario con masaje relajante, un nuevo maletín de "jefa seria" y un altavoz inteligente. No tuve dudas de que este último era idea de Sergio.

Me obligaron —y digo bien obligaron— a dar un discurso con el cetro y la corona puestos. Con mucho sentido del humor inicié con un «me llena de orgullo y satisfacción» y terminé con un «agradecida y emocionada», coreado por mis amigas.

La fiesta estaba prevista para terminar sobre las once, que era la hora límite para abandonar el local, pero los invitados empezaron a despedirse a partir de las diez, dado las fechas que eran. Sergio fue uno de los primeros en irse. Se acercó a mí, nos separamos del grupo y me explicó que le tocaba estar con los niños en Nochebuena y Navidad, igual que a mí, y que al día siguiente viajaría temprano a Córdoba para unirse al resto de la familia.

—Vuelvo el treinta. Me gustaría que nos viéramos a la vuelta y habláramos más despacio. ¿Qué te parece? —me propuso, cogiéndome la mano deliciosamente.

—Claro —respondí, temblorosa—. Estoy de vacaciones hasta el día dos de enero. Pasadlo muy bien; debe de ser bonita la Navidad en tu tierra.

—La pasamos en familia. No hacemos nada del otro mundo, pero nos gusta juntarnos todos. —Me soltó la mano y continuó—. Pásatelo bien estos días, te lo mereces. Ya sabes, disfruta y no te autoexijas tanto.

Nos dimos un abrazo enorme y me susurró al oído:

—Me sigue volviendo loco tu olor, aunque vaporizo el perfume que olvidaste… pero no huele igual que sobre ti.

Me sonrojé, pero debido a la culpabilidad por lo que "casi" había sucedido con Darío, me desinflé; me dio un bajón y no supe qué contestarle ni qué hacer, y solo pude darle un beso en la mejilla.

Antes de marcharse, Mateo me confirmó que estaba saliendo con alguien que veraneaba en su pueblo. Yo no quise conocer más detalles. No soy morbosa y me pareció bien que tuviese pareja. Le seguía queriendo, pero ya no de una manera romántica, y me alegré de que rehiciera su vida. Supe que podríamos ser buenos amigos después de todo.

Elisa también aprovechó su despedida para decirme que tenía que hablar con Sergio y que recordara la famosa frase: quien no arriesga, no gana.

—¿No crees que significa algo que haya venido hoy? —me recalcó—. Te sigue queriendo, eso está claro. Al menos podrías intentar volver a ser amigos. Sergio te hacía mucho bien. No sigas empeñándote en estar sola: tú no eres la loca de los gatos; eres sociable por naturaleza, te gusta amar a los demás y ser amada. Con él tenías eso. Te completaba. No sabes cómo te brillaban los ojos cuando estabais juntos; este verano tenías el guapo subido.

La fiesta terminó, recogimos los regalos y los recuerdos y me fui a casa de mis padres. Me quedé allí con los niños hasta el día veinticinco; así dejaba el piso libre a mis compañeras, que querían hacer una fiesta.

Capítulo 26

Mi regalo de Navidad

El día de Navidad la pasé con mi familia al completo en casa de mis padres. Los niños andaban como locos jugando con sus regalos y nosotros tomando café y dulces en el sillón. Era mi primera Navidad sin Mateo; me habían pasado mil cosas ese año, pero mi familia, que estaba al tanto de todo, no sacó esos temas. No querían disgustarme y a mí no me gustaba estar todo el día removiendo el pasado. La verdad es que la mayor parte de las cosas estaban superadas y me habían servido para hacerme más fuerte, y eso me hacía sentir orgullosa.

Al final de la tarde llegó un mensaje de Sergio. La noche anterior me había hecho una breve llamada para felicitarme la Nochebuena, la cual me había hecho mucha ilusión. No esperaba un nuevo mensaje.

Sergio

Hola Bridget, te va a parecer un poco raro, pero ya que tienes el nuevo altavoz te voy a mandar una cosita para que lo complementes.

Berta

Hola, ¿soy Bridget de nuevo? Hace tiempo que no me llamabas así.

Sergio

Lo siento, quizá demasiadas confianzas entonces.

Berta

No, me gusta que vuelvas a hacerlo. Solo tú me llamas así.

Sergio

Me alegro. Voy a enviarte el regalo ahora.

Berta

Jo, lo siento, yo no te he comprado nada y no creo que merezca ningún regalo.

Sergio

Eso no importa, me encanta regalar. Además, lo ha traído Papá Noel; échale la culpa a él. A través del enlace llegarás a tu regalo.

Berta

Qué incógnita… ¿puedo con el móvil?

Sergio

Espero que sí. Feliz Navidad, Bridget.

Berta

Igualmente.

El regalo era tan sencillo como emotivo: una playlist compartida llamada "Berta" que Sergio había elaborado con canciones que formaban parte de nuestra historia de amor o que le recordaban a mí. Canciones que habíamos escuchado y compartido, y que seguían un orden lógico. Como no tenía los auriculares en casa de mis padres, tan solo pude ver el listado, pero no escucharlo. Tendría que hacerlo luego, en la soledad de mi apartamento. Pero nada más revisarlo le escribí, emocionada.

Berta

Me encanta. Es el mejor regalo que me han hecho. Ahora no puedo escucharlas, pero estoy deseando llegar a casa para hacerlo.

Sergio

Me alegro. Es una lista abierta y colaborativa, por lo que puedes añadir más canciones si quieres…

Berta

Eso está hecho. Gracias, muchas gracias…

Después de ese regalo, el más bonito y personal que había recibido nunca, me invadía la nostalgia. Como estaba visiblemente afectada, me apetecía irme a casa. Puse como excusa que estaba cansada y que tenía que preparar las maletas para que los niños viajaran con Mateo al pueblo para pasar la Nochevieja. Y una vez en casa, cuando los niños estuvieron acostados, escuché mi playlist.

Cada canción me hacía brotar las lágrimas y me llevaba a cada momento de nuestra relación al que se refería. Sergio sí que sabía

cómo llegar a mi corazón.

Antes de dormir añadí una canción de Rozalén y Estopa, que se llama Vivir y que dice en una estrofa: *"He puesto el contador a cero, solo así se aprende a valorar"*. Era muy tarde, pero Sergio debía de estar despierto porque, al momento de llegarle la notificación de canción añadida, me contestó: "Poner el contador a cero… me gusta la idea".

Capítulo 27

Comiendo helado con gafas

El día treinta de diciembre, Mateo vino a recoger a los niños. Yo tenía un bajón horrible, me dolía pasar esa fecha separada de ellos, me rompía por dentro. No quise llorar delante de ellos, pero cuando se fueron sufrí el berrinche más grande de mi vida.

No podía soportar estar en casa y ver su ropa, sus juguetes, ni oler su colonia de bebé. Era, sin duda, el peor momento de la separación. No me apetecía ni celebrar la Nochevieja. Estaba tan mal en casa que me fui al piso compartido con las chicas.

Las chicas estaban tiradas en el sillón, resacosas, pues llevaban empalmando varias fiestas y estaban para el arrastre. Pese a que alguna celebración había sido allí, estaba todo bastante recogido y limpio. Me juraron que no había habido altercados, que no se habían pasado con los ruidos y que mi habitación había sido clausurada. La colección de botellas de cristal acumuladas en la terraza para reciclar hablaba por sí sola.

Estaban las dos en pijama, zapeando y decidiendo qué ver en la tele porque se les había caducado la suscripción de Netflix y no tenían dinero para renovarla. Habían preparado palomitas, dulces y refrescos, y cuando me vieron entrar taciturna por la puerta me invitaron a sentarme con ellas.

—¿Qué pasa, Berta? ¿También estás de resaca? —preguntó Andrea.

—Sí, de resaca emocional. ¿Queréis mi clave de Netflix? Lo que ponen en la tele estos días es deprimente.

—No, venga, vamos a ver algún clásico. Seguro que ponen *Pretty Woman* o algo parecido —propuso Lidia.

—Como queráis. De todas formas, os daré la contraseña; compartir es vivir.

—Mirad —exclamó Andrea—. Empieza El diario de Bridget Jones. Esta mola, déjala.

Qué casualidad. En ese momento, se me invirtieron todos los órganos internos. Intenté verla, pero al llegar a la escena en la que Bridget Jones está comiendo helado y cantando *All by Myself* en pijama, ya no pude más. Me disculpé con las chicas, me levanté del sillón y me fui a mi habitación. Definitivamente, hoy no era mi día; como era obvio, era el menos indicado para ver esa película y acordarme de mi primera cita con Sergio. Era la estocada final.

Me tumbé en la cama, me puse música para no escuchar la película. No elegí la playlist de Sergio —pues esa decisión hubiera rozado el masoquismo— sino un listado aleatorio de canciones que me gustan, y por casualidad sonó Con las ganas, de Zahara: «Me moriré de ganas de decirte que te voy a echar de menos…».

No pude aguantar más y rompí a llorar desconsoladamente. Me sentía muy sola sin mis hijos y echaba de menos a Sergio. Si al menos estuviéramos juntos, él me consolaría y me comprendería. En un acto instintivo añadí la canción a la playlist compartida, sin ninguna intención consciente.

Después del momento dramático, decidí darme una ducha para relajarme. Tras la ducha me sentí mejor y aproveché para hacerme *skincare* y masajearme con crema. En ese momento escuché el timbre y pensé que serían amigos de las chicas. La verdad es que no me apetecía que tuvieran jarana esa noche. Mi plan era tomarme un Cola Cao con galletas en pijama, ver algo en la tele menos nostálgico y acostarme pronto. Pero desde el salón me gritaron las chicas:

—¡Bertaaaa, un tío buenorro está en la puerta preguntando por ti!

Serán desgraciadas, han pedido unas pizzas y quieren que haga el ridículo delante del repartidor, así que contraataqué:

—¡Iros a la mierda, capullas, estoy en la ducha!

A lo que ellas insistieron:

—¡Bertaaaa, que es en serio, sal ya, coño! Dice que viene a contarte las pecas.

Entonces salí del baño corriendo con mi albornoz de corazones, el pelo aún mojado y descalza. Fue impactante ver a Sergio en la puerta, las chicas en pijama flipando y yo temblando. No me lo pensé dos veces: salté hacia él, me enrosqué en su cuerpo, me abrazó con todas sus fuerzas y me besó. No un beso cualquiera: un beso de película. Y mientras las chicas coreaban un «¡ohhhh!», yo lo arrastré a mi habitación para dejar de dar la nota.

Ya en mi dormitorio, nos abrazamos, nos comimos a besos, nos dijimos que nos queríamos mil veces. Estábamos de acuerdo en que vivir separados estaba siendo difícil y que nos echábamos muchísimo de menos. Le confesé que quería ser su Lego para que me ayudara a montar mis piezas y también ser la pieza del puzle que le completaba. Nos dijimos tantas cosas, y todo tan sincero.

Teníamos toda la noche por delante para hablar de lo sucedido en estos tres meses. No podía más con ese peso, así que le expliqué todo lo que había pasado en el trabajo; me vacié y expié mi culpa. Cuando llegué a lo sucedido con Darío, Sergio rompió a llorar y también se sintió culpable. Yo no entendía por qué, pero admitió que había intentado darme celos y que lamentaba haber ido a ese viaje; también lo había hecho por despecho. Después, abrazados, sintió alivio de que no hubiera pasado nada entre Darío y yo.

Fue una noche de amor, de comprensión y de ternura. Nos volvimos a reconocer, besándonos, acariciándonos y oliéndonos. En un momento, no podía más: deseaba sentirlo dentro de mí y, para no romper la tradición, hice una *bridgetada* de las mías. Salí en bata a pedir preservativos a mis compañeras, que aún estaban en el sillón, cuchicheando lo que había sucedido y deseando interrogarme al respecto.

—¿Es Sergio? Dios, está buenísimo —confirmó Andrea.

—No hagáis ruido, cabrones, que luego suben los vecinos y nos echan mala fama a nosotras —dijo Lidia.

—Eso no es mala fama, tontas, eso es envidia. Por favor, no me hagáis pasar más vergüenza; dadme eso que os he pedido.

Tras hacer el amor, seguimos besándonos, recordando momentos y haciendo planes. Se nos hizo tardísimo y nos acurrucamos para dormir pegados, sin un centímetro de separación entre ambos. Cuando estaba casi dormida, me giré hacia la mesilla donde tenía el móvil y observé que parpadeaba una notificación. Pensé que era un mensaje de Mateo sobre mis hijos y, al desbloquear el móvil, vi que era una canción añadida por Sergio, probablemente antes de venir, cuando yo estaba en la ducha. Era No puedo vivir sin ti, de Coque Malla. Busqué la espalda de Sergio, lo rodeé de nuevo y le susurré: «Yo tampoco puedo vivir ya sin ti».

Epílogo

Me encanta viajar y me encanta el asiento de ventanilla para ver Madrid desde el cielo. Hace aproximadamente dos años que hicimos nuestro primer viaje a Londres y aún hoy hacemos nuestro ritual de la buena suerte para despegar: entrelazamos nuestras manos y nos besamos. Llevo en mi muñeca derecha la pulsera que me regaló en nuestro primer viaje a Londres y en mi dedo anular brilla mi alianza recién estrenada.

Hoy iniciamos nuestra Luna de miel. Volamos con destino a Bangkok y estaremos casi un mes recorriendo Tailandia, Vietnam y Camboya para acabar relajándonos en Lombok, una isla de Indonesia.

Efectivamente, Sergio y yo nos hemos casado, en segundas nupcias como diría mi abuela, pero plenamente enamorados. No era algo que estuviera en mis planes, pero a Sergio le hacía especial ilusión celebrarlo y, la verdad, es que ha sido muy romántico. Organizamos una celebración con los más íntimos en la casa rural de Elena, a mitad de camino entre Córdoba y Madrid.

Sergio llevaba un traje de chaqueta azul Klein y camisa blanca sin corbata. Estaba guapísimo, bueno, es que es guapísimo. Sus bonitos ojos verdes brillaban más que nunca y no paró de sonreír toda la celebración y, como es muy emocional, se le escaparon unas lágrimas cuando me vio aparecer.

Ante la atenta mirada de Sergio y ante la sorpresa de todos los asistentes, me presenté con un original traje de pantalón capri, cuerpo de encaje con flores bordadas y sobrefalda de la misma tela. Llevaba unas sandalias plateadas, un ramo de calas y el pelo suelto ondulado, no muy largo.

Mis amigas se encargaron de adornar toda la finca y encargamos un catering. Fue una celebración íntima, así que en la casa había espacio para que los invitados durmiesen allí y pasamos

juntos todo el fin de semana. Nosotros pasamos la noche de boda en un hotel cercano con spa para tener más intimidad.

La ceremonia fue muy emotiva y divertida, en la que intervinieron nuestros amigos y familiares. Un amigo de Sergio amenizó la fiesta con un monólogo que nos mató de risa y nuestra banda sonora, más ampliada durante estos dos años, amenizó toda la fiesta.

Pronunciamos nuestros votos mientras sonaba una de nuestras canciones favoritas, *Shallow*, de Lady Gaga y Bradley Cooper. Los votos estaban compuestos por las letras de nuestras canciones favoritas. Y sonaron así:

Sergio:

«Recuerdo que al llegar ni me miraste, fui solo uno más de cientos y, sin embargo, fueron tuyos los primeros aleteos. Llevas años enredada en mis manos, en mi pelo, en mi cabeza.

Has colgado tu bandera, has traspasado la frontera, eres la reina y siempre reinarás.
Berta, nosotros seremos lo que tú quieres que seamos. Yo soy el que te ama, el que te da las ganas y desganas. Yo soy el que te cuenta las pecas. Yo soy el que te arropa cuando estás durmiendo y te quedas helada.

Por fin, encontré una mujer más fuerte que nadie a quien conozca. Ella comparte mis sueños, y llegó el día de compartir hogar.

Y ahora… Bésame, como si fuera ahora la primera vez. Rompe el tiempo, niña, bésame y entre mis brazos yo por siempre te amaré. Te haré sentir que estás sola entre la multitud de ahora y haremos el amor como si el día tuviera treinta horas.

Te amaré hasta que tengamos 100 años, pero mi corazón sentirá como a los 40. Y estoy pensando en cómo la gente se enamora de formas misteriosas, quizás solo el roce de una mano; bueno, en mi caso, yo me enamoro de ti cada día y solo quería decirte lo enamorado que estoy.

Y solo queda decirte que no puedo vivir sin ti, que no hay manera, y que no puedo estar sin ti, no hay manera».

Berta:

«Sergio, ya sabes que sola otra vez no sé vivir, sola otra vez sin amor, no; que mi soledad y yo, sin ti, no nos llevamos bien. He aprendido tanto este tiempo y esta vida me ha ofrecido una nueva oportunidad, sé bien qué es vivir, no hay tiempo para odiar a nadie.

Ahora sé reír. Gracias a ti. Que eres mi amante amigo, tú que me ayudas cada día a levantarme, tú que me haces esta vida soportable, tú que me has hecho ser feliz a cada instante, tú que adivinas mis deseos sin hablarte y yo tengo mi corazón lleno de ilusiones contigo.

Te busco en cada amanecer y en el último rayo de luz. Desarmo mi cuerpo otra vez y me invento un nuevo tabú, pues quiero que aparezcas, quiero verte cerca, quiero merendarte al sol.

Ahora tengo mucho más: rojo, negro, par o impar, por fin la suerte trae un as. Mis cuentos no hablaban de historias hechas de casualidad, nadie me dijo que el destino daba esta oportunidad. Si hubo un tiempo para mí, ahora es para los seis.

Muerdo el agua por ti, te deslizas por mí y jugamos a ser dos gatos que no se quieren dormir. Te besaré como nadie en este mundo te besó, te amaré con el cuerpo y con la mente, con la piel y el corazón, y no voy a dudar más, no hay necesidad de complicarse, tenemos poco tiempo, este es nuestro destino, soy tuya».

Después de estas palabras y con los asistentes llorando, intercambiamos anillos y dimos el sí quiero con el "No puedo vivir sin ti" de Coque Malla acompañado de Annie B Sweet, y abrimos el baile con *Thinking Out Loud* de Ed Sheeran, la canción de nuestro primer beso. No era porque haya sido la mía, pero creo que es la boda más bonita en la que he estado.

Pero el camino hasta este punto tuvo sus curvas; no todo es perfecto ni sale a la primera, eso ya lo aprendimos Sergio y yo cuando volvimos, pero desde el día que me fue a buscar y me

encontró en albornoz y con los pelos revueltos, ya no nos volvimos a separar.

Sin pensar, me trasladé a su piso al día siguiente. Pasamos juntos la Nochevieja más romántica de nuestra vida y el resto de la quincena que no me tocaba estar en casa con los niños. Pero con el tiempo, cambiar de casa cada quince días fue haciéndose más difícil. Comencé a sentir que la casa que había compartido ya no era mi hogar, pero deseaba estar con mis hijos a toda costa. Por otro lado, Mateo cada vez tenía más responsabilidad en su empresa, tenía que viajar a menudo y tenía mucha dificultad para conciliar con la vida personal, aunque seguía deseando la custodia compartida tanto como yo.

Le propuse que me comprara mi parte de la casa. Al principio no quiso, porque eso significaba romper definitivamente el cordón umbilical que le unía a mí. Pero finalmente aceptó y, con este dinero y la venta del ático de Sergio, compramos un piso más grande. Un dúplex con una gran terraza y espacio suficiente para cuando estuviéramos los seis: Sergio y yo, con nuestros cuatro niños.

Mateo llegó a un punto en que no podía más y accedió a que los niños vivieran con nosotros, pero como seguíamos siendo civilizados y adorábamos a nuestros hijos por encima de todo, no hubo necesidad de cumplir turnos rígidos. Ahora él vive con su chica en nuestra antigua casa; ella no tiene hijos pero adora a los míos, y cuando los niños están allí siguen sintiendo que es su casa y no que van de visita.

Los hijos de Sergio vienen a menudo a casa y pasan largas temporadas. La relación con su ex no es que haya mejorado, porque siguen sin soportarse, pero ahora que ella tiene un bebé necesita más ayuda y, aunque parezca insólito, yo le caigo bien. Así que contacta más veces conmigo que con Sergio para comentarme cosas de los niños.

Mateo siempre quiso tener tres hijos. Yo me negaba, y ahora tengo una familia numerosa. Sergio y yo hemos descartado tener más hijos. Nos gusta nuestra familia tal y como es. Aunque, de

broma, fantaseamos con jugar al azar genético para tener un churumbel pelirrojo, con pecas y con sus ojazos. Con nuestros cuatro hijos nos sentimos completos; ambos adoramos a los hijos del otro y ellos se quieren como hermanos desde el primer día. En casa todos tienen su espacio y nadie es menos. Es increíble cómo los niños naturalizan estas cosas y se adaptan mejor que los adultos, sobre todo si se crían en un ambiente de amor, respeto y tolerancia. Somos una familia completa, peculiar, diferente, pero en nuestra casa se respira amor, mucho amor.

Cuando se pone gracioso me llama Bridget con su acento cordobés y aún sigue intentando contarme las pecas. Nunca lo consigue, me hace cosquillas, me río, se equivoca en el conteo, le beso y ya os imagináis cómo terminamos cuando nos ponemos así. Ambos somos muy apasionados, nos deseamos y eso se nota; a veces es difícil con tanto niño en casa, pero sabemos cómo encontrar nuestra intimidad en la nueva casa, que es enorme.

Por cierto, de la decoración de esta casa me he encargado yo, aunque hemos rescatado la televisión gigante del piso de soltero y no falta Alexa, un poco aburrida de que le solicitemos oír nuestra playlist, la banda sonora que acompaña los momentos importantes de nuestra vida.

Porque, como dijo Sergio, *el amor tiene banda sonora.*



El primer agradecimiento es para mis lectores, porque sin su empuje yo no habría tenido el valor de rescatar y reeditar esta historia.

Esta historia comenzó como un relato de reflexión sobre la familia, las separaciones y las segundas oportunidades. Se me fue de las manos —o mejor dicho, se me pasó de palabras— y nació esta novela, que durante meses guardé en un cajón digital, hasta que una amiga me animó a autopublicarla. Era febrero de 2020 y no sabíamos que, en marzo, una pandemia mundial nos iba a encerrar en casa.

Así fue como tuve todo el tiempo del mundo, suficiente para que una persona inquieta como yo se aburra, se suba por las paredes y, un día, harta de todo y maldiciendo al COVID, sacara del archivo la historia y, con los pocos medios de los que contaba, intentara publicar un libro.

Una loca valiente que, sin conocimientos del mundo editorial, se lanzó a la aventura. Me empapé de información en blogs de autoedición, me metí de lleno en redes que antes no manejaba, me agregué a grupos de autores autopublicados y, como pude, di a luz

la primera edición —sin apenas pulir— de *El amor tiene banda sonora*. Con muchos defectos, fallos y errores, pero con mucha ilusión.

Una primera portada con una ilustración de un conocido; una primera corrección hecha por otros compañeros autores; sin lectores beta y una primera maquetación hecha por mí. Ahora os presento *El amor tiene banda sonora 2.0*. He querido conservar lo original todo lo posible, puliendo solo algunas cosas para que mantenga su tono fresco y joven de primera novela. Seguro que sigue teniendo errores, pero eso también es parte de su gracia.

Gracias a Samuel, África y Patricia, lectores cero y amigos, por su apoyo siempre, no solo en el mundo de las letras sino también en el personal y afectivo.

Gracias a Janmi, de nuevo, por obrar magia con su portada.

Gracias a mis padres, que siempre presumen de hija escritora, aunque yo me muera de vergüenza.

Gracias a mis ratones, que se ilusionan con tener una mamá escritora y siguen sorprendidos por mis tecleos… y por lo que me hacen tirarme de los pelos cada vez que no ponen una tilde.

Gracias, Fer. Aún no te sigue gustando leer y no puedo cambiarte. Pero sé qué haces el esfuerzo por leerme y que, tras hacerlo, me he convertido en tu escritora favorita… y en la única.

Gracias a mis brujillas, que son mi alegría. La vida nos unió por casualidad cuando más nos necesitábamos. Nos apoyamos y no dejamos que ninguna se caiga. Porque al suelo solo bajamos para perrear.

Este libro sigue siendo para todas las mujeres que forman a Berta: fuertes, inteligentes, empoderadas, libres, luchadoras y enamoradas. Y para todos los hombres como Sergio, que respetan y saben amar a las mujeres.

Dedicado a todas las personas que saben amar; que saben dar y recibir amor; que saben decirlo, demostrarlo e incluso cantarlo.



Mónica de la O, nacida en Madrid, es terapeuta ocupacional y formadora. Desde joven se sintió atraída por el teatro y la escritura, participando en diversos talleres. Sin embargo, encaminó su formación hacia el ámbito sociosanitario, solapándola siempre con su pasión por contar historias y utilizando esa faceta creativa dentro de su profesión.

Hasta hace pocos años fue una escritora en la sombra o, mejor dicho, en la caja: textos acumulados en una caja de cartón que nunca vieron la luz. Poesías, artículos, cartas y pequeños relatos que nadie llegó a leer.

Un día, uno de esos relatos brotó, maduró y creció tanto que terminó cayéndose del árbol. Fue entonces cuando se atrevió a compartirlo con los demás, permitiendo que sus lectores soñaran con su historia, imaginaran a sus protagonistas, les pusieran rostro, acento e incluso se enamoraran de ellos.

En mayo de 2020, en pleno confinamiento provocado por la COVID-19, autopublicó su primera novela, *El amor tiene banda sonora*. Un año después llegó su segunda novela, *Y no pregunto, afirmo*, y en 2023 publicó *Despejando la incógnita*.

De la mano de Henko dio el salto al mundo editorial, siendo esta la primera vez que escribe un proyecto junto a otro autor, su compañero y amigo Samuel Camacho, el otro culpable de que *Pero esta historia es tuya* saliera a la luz.

En esta edición, Mónica de la O ha reeditado *El amor tiene banda sonora*, el libro que ahora tiene en sus manos.

Siga el código QR para conocer algo más sobre la autora.